
HARLEQUIN
Bianca
EL PODER DEL DESEO
LINDSAY ARMSTRONG

El poder del deseo

El guapísimo millonario australiano Angus Keir había salvado a su familia de la más absoluta ruina, y Domenica sabía que estaba en deuda con él. Pero algo la enfurecía: parecía que Angus, que había forjado su inmensa fortuna desde la nada, la despreciaba por pertenecer a una clase social privilegiada.

Al principio, Angus creía que Domenica era una esnob de clase alta, pero rápidamente descubrió que era una mujer apasionada.., ¡y que la deseaba! Su infancia había sido muy difícil, y esto le hacía evitar a toda costa los compromisos, de modo que su deseo de poseer a Domenica le planteaba una difícil disyuntiva...

Capítulo 1

LA finca se llamaba Lidcombe Peace. Eran cien hectáreas en Razorback Range y estaba a solo dos horas en coche al sur de Sidney, en dirección a las Southern Highlands.

La casa estaba construida en la cima de una colina y tenía unas vistas impresionantes. La rodeaban unos amplios porches de piedra y tenía las paredes de color crema y el tejado de madera. En un día de verano como ese, parecía languidecer elegantemente al sol.

La chica que lo esperaba en el porche también era elegante y, para Angus Keir, era como si perteneciera a esa finca tan prestigiosa, lo cual era así; o había sido. Se imaginaba que se trataba de Domenica Harris, cuyos padres habían construido la casa actual, aunque los terrenos pertenecían a la familia desde hacía mucho tiempo.

Domenica, que era hija de Walter Harris, un eminente académico e historiador y de Barbara, una mujer muy bien relacionada, había tenido una educación privilegiada y había ido a los mejores colegios, según había descubierto Angus en su investigación sobre la familia. El motivo por el que lo estaba esperando a él para darle las llaves de la fin ca era que, después del fallecimiento del padre, se había comprobado que la fortuna de la familia Harris estaba muy menguada y tenían que vender Lidcombe Peace.

Él había esperado que lo recibiera una muchacha afligida, no alguien tan sereno y encantador como ella; sin duda, la chica más encantadora que había visto jamás.

Era alta, tenía el pelo oscuro, la piel pálida y un pequeño hoyuelo que interrumpía la perfecta línea del mentón. Tenía los ojos de un azul profundo con unas pestañas increíblemente largas y el pelo le caía como una cascada de seda hasta debajo de los hombros.

Llevaba un sombrero de paja y una carpeta en la mano e iba vestida con un traje de color rosa claro que le llegaba hasta debajo de las rodillas y tenía botones de arriba abajo. La gasa resaltaba, en vez de ocultar, una figura casi perfecta y unas piernas larguísimas. Los zapatos planos combinaban perfectamente con el vestido.

Por un momento, Angus Keir se encontró pensando en la forma de los pechos y en la suavidad satinada de la piel en los rincones más secretos de ese cuerpo delicioso.

En ese momento, ella se dirigió hacia él y le tendió la mano.

-¿El señor Keir? Soy Domenica Harris. ¿Qué tal está? Pensaba haber mandado a mi abogado para que cumpliera este trámite, pero luego pensé que debía de hacerlo yo misma. Bienvenido a Lidcombe

Peace y que pase muchos años felices aquí.

Angus Keir entrecerró ligeramente los ojos. Lo había dicho todo con un tono culto y musical que encajaba perfectamente con su aspecto, pero no había mostrado ni asomo de pena, y se preguntaba por qué esa ausencia de pena le molestaba en cierta forma que no entendía.

-¿Qué tal está, señorita Harris? -contestó él mientras estrechaba la mano de Domenica, que le pareció firme y profesional-. Es muy amable por tomarse tantas molestias. Espero que no le resulte muy penoso.

Domenica Harris lo analizó minuciosamente. Ese hombre y ella, a través de un agente inmobiliario, habían librado una especie de batalla por el traspaso de la propiedad de Lidcombe Peace. Si al final había aceptado la oferta, que era inferior a la que había pedido, aunque fuese una cifra considerable, era solo por el hecho de tener que vender parte del patrimonio familiar rápidamente para evitar ver la quiebra de su madre.

Por lo tanto, se había formado una imagen de Angus Keir como negociador implacable y mucho mayor. Sin embargo, no pasaba de los treinta y cinco años, era alto, tenía el pelo moreno y corto y llevaba un traje gris cortado a medida, una camisa azul y una corbata azul marino. Su estatura le haría resaltar en medio de la multitud, tenía los hombros anchos y las caderas estrechas, transmitía la sensación de agilidad y elegancia.

No obstante, su característica más notable eran unos ojos de color gris humo. Unos ojos a los que no se les escaparía nada y menos la figura de ella.

-Supongo que soy realista -dijo con frialdad-. Había que deshacerse de algo y esta casa era una especie de lugar de vacaciones que ya no nos podíamos permitir. Mi padre, que la había heredado de su madre, era quien la disfrutaba más, pero ya no está con nosotros.

-Tiene un nombre curioso -murmuró Angus.

Domenica sonrió.

-Mi abuela se apellidaba Lidcombe y su rosa favorita era la rosa Peace -señaló con la mano los arbustos de rosas que había por todos lados-. Todas son rosas Peace. Respetamos sus preferencias en cuanto a las rosas, aunque la casa se construyó después de su muerte.

-Son preciosas -comentó él-. Intentaré hacer lo mismo. ¿No echará de menos pasar aquí sus vacaciones o tener un lugar de retiro cerca de la ciudad?

Domenica introdujo una llave en la maciza puerta doble y la abrió.

-Un poco -reconoció-, pero en estos momentos estoy muy ocupada, no puedo pensar en las vacaciones -dijo con una sonrisa amarga.

-¿A qué se dedica?

Ella lo miró y entró en el vestíbulo.

-Diseño ropa de niños. Tengo una marca propia y está despegando. Tengo más pedidos de los que puedo atender, y estoy pensando en entrar en la ropa deportiva de mujer.

Angus se sorprendió. La había imaginado como a una chica encantadora que se dedicaba a la vida social. Pensó que debería haber investigado algo más sobre Domenica y su familia.

-Perdone mi curiosidad, pero me estaba preguntando por qué había negociado con usted en vez de con su madre, que es la propietaria de la finca.

Domenica dejó el sombrero sobre una preciosa mesa de caoba.

-Mi madre y mi hermana Christabel son unas personas maravillosas, señor Keir, pero no están familiarizadas con el mundo de los negocios. Como tampoco lo estaba papá -una sombra de tristeza cruzó su rostro-. No sé de dónde he heredado unos cuantos genes prácticos y realistas, y ellas prefieren que me ocupe de todo; tengo un poder notarial de mamá. Aquí está el inventario -continuó secamente-. ¿Tiene una copia?

Lo miró con sus impresionantes ojos azules.

-Sí, aquí la tengo -sacó unos papeles doblados del bolsillo interior de la chaqueta.

-Como sabrá, en la venta se incluía casi todo el contenido, pero usted accedió a que nos quedáramos con algunos recuerdos personales.

-Sí.

-Muy bien, entonces creo que podríamos comprobar ahora el inventario de lo que va a permanecer aquí y firmarlo para que luego no haya desacuerdos.

Angus la miró con seriedad y comprendió qué era lo que lo había molestado antes. Le gustaría tener cierto poder sobre esa muchacha serena, fría y absolutamente extraordinaria, dominarla de alguna forma, aunque solo fuera notar que ella lamentaba profundamente tener que abandonar la casa que le pertenecía a él. ¿Por qué?, se preguntaba. ¿Para que le sirviera como cebo y que ella volviera?, ¿como excusa para llegar a conocerla? Llegó a la conclusión de que ese era el motivo.

En ese momento se dio cuenta de que Domenica lo observaba con curiosidad.

-Creo que es una idea muy buena, señorita Harris. Si hay algo que quiera quedarse que no esté en el inventario, dígamelo. Estaré

encantado de complacerla.

Domenica levantó las cejas realmente sorprendida.

-Es muy amable, pero creo que todo está bien -dijo ella lentamente, como si no le creyera del todo.

-Entonces, ¿empezamos por aquí?

Tardaron más de una hora y, aunque ya la había revisado antes y las casas tampoco significaban mucho para él, Angus sintió una sensación de triunfo al pensar que esa preciosa casa era suya; incluso cuando la habían despojado de algunos tesoros de los Harris.

También tenía cierto aire hogareño, no era como de revista de decoración, sino cómoda y agradable. Si bien, tenía que reconocer, le faltaría algo.

-Adivino que no está casado, señor Keir -dijo Domenica como si le hubiese leído el pensamiento.

-Adivina bien, señorita Harris, ¿pero por qué lo sabe?

Estaban en el cuarto de estar. Miraban hacia Sidney a través del jardín. Domenica lo miró. Estaban casi hombro contra hombro y aunque ella medía un metro setenta y llevaba tacones, él seguía siendo bastante más alto. Esa altura y la proximidad, además de los rasgos de la cara, era guapo, con un toque mundano y con unos ojos implacables que indicaban que casi siempre hacía lo que quería, hicieron que sintiera una punzada en el estómago.

También estaba bronceado y era imposible no . darse cuenta de que se mantenía en forma, no solo por la esbeltez de su cuerpo, sino por la forma de moverse. A ello se añadía una pequeña cicatriz con forma de estrella en el extremo de su ceja izquierda que resultaba extrañamente atractiva.

Un hombre excepcional, pensó Domenica con una ligera sensación de intranquilidad. De repente, se acordó de lo que le había preguntado.

-Bueno... -apartó su pensamiento de lo puramente físico-, si mi marido acabara de comprarse una casa, la que fuese, yo estaría viéndola con él -dijo con una sonrisa enigmática-. Por otro lado, también podría ser más fácil sin una mujer que quiera cambiarlo todo para imprimir su propia personalidad, lo cual le habría resultado mucho más caro.

-Si tuviera mujer, señorita Harris, no creo que le hubiese permitido tocar nada de Lidcombe Peace.

Domenica arqueó las cejas.

-¿En serio?

-En serio -afirmó con delicadeza-. Me gusta mucho tal y como

está.

-Ah... -Domenica miró alrededor y Angus pudo notar en ella el orgullo por Lidcombe Peace-. Bueno -lo miró con una expresión de «en realidad no es asunto mío» y le tendió la mano-, seguramente querrá visitarla solo, de forma que voy a irme. Las otras llaves están en el gancho que hay en la cocina.

Angus no estrechó su mano.

-¿Comería conmigo, señorita Harris? He visto un restaurante de camino que parece muy agradable y no tenía intención de quedarme más tiempo.

Domenica dudó y frunció el ceño.

-Es muy amable, pero, mmm, no. Tengo que volver al trabajo -miró el reloj y sonrió-. Gracias, pero tengo que irme inmediatamente.

-¿No come?

-Sí, pero sobre la marcha, ya sabe lo que quiero decir -Domenica se calló bruscamente.

-Entonces, ¿qué le parece cenar? -Domenica no sabía qué decir, intentaba encontrar una excusa por todos los medios, pero, cuanto más tiempo pasaba, más evidente resultaba que no la tenía-. A no ser que haga todas las comidas sobre la marcha.

Domenica se quedó un poco desconcertada por el sarcasmo. También se preguntaba por qué se resistía tanto a conocer más a ese hombre sin ni siquiera planteárselo y comprendió que era una reacción instintiva a todo el proceso tácito que se había producido entre los dos desde el preciso momento en que se fijaron el uno en el otro. Todo un proceso que a ella la había sorprendido, ya que estaba predispuesta en su contra y con buenos motivos, después de la batalla que habían tenido por la venta de Lidcombe Peace. Sin embargo, se había encontrado valorándolo físicamente y respondiendo a todo lo que habían hablado durante la visita a la casa, una conversación que le había descubierto su sentido del humor y que era un hombre que podía ser interesante.

¿0 sería mucho más sencillo? Ese hombre tenía un magnetismo que se podía resumir en dos palabras: atractivo sexual. Era imposible que su cuerpo, sus manos y su aire de fuerza refinada no resultaran impresionantes, así como una vaga sensación de que el conjunto te hacía sentir especialmente femenina.

Domenica parpadeó ante las palabras que habían surgido en su cabeza y que no parecían posibles en ella y decidió que eran un motivo más para escapar de él.

-No, no hago todas mis comidas sobre la marcha, señor Keir, pero aunque le he dicho que soy realista, no me ha resultado fácil entregarle Lidcombe Peace y creo que lo mejor sería zanjar el

asunto definitivamente.

La expresión que se dibujo en los ojos de Angus indicaba insolencia y escepticismo, lo cual produjo cierta inseguridad en Domenica. ¿Se habría dado cuenta de lo femenina que la hacía sentirse y que estaba buscando una excusa?

Maldito sea, pensó, ¿quién se creía que era?, ¿un jeque árabe? Domenica cerró los ojos y recordó el recurso que siempre empleaba su madre en las situaciones que la desbordaban: el orgullo.

Levantó la barbilla y lo miró fríamente.

-De modo que adiós, señor Keir. No creo que haya motivos para que nuestros caminos se vuelvan a cruzar. Mi abogado podrá resolverle todos los problemas que puedan surgir.

Se puso el sombrero y salió.

Disimuló la mezcla de enfado y hormigueo que notaba al sentirse observada por él hasta que se montó en el coche y giró la llave. No ocurrió nada.

-¡Arranca, maldito seas! -ordenó Domenica, furiosa.

Pero no lo hizo.

Angus, con las manos en los bolsillos, sonreía burlonamente desde el porche. Se acercó mientras ella salía del coche y lo cerraba con un portazo.

-Es el motor de arranque -dijo Angus al cabo de unos minutos-. Me extraña que no haya tenido problemas antes.

Domenica seguía furiosa y se abanicaba con el sombrero.

-Ahora que lo dice sí he notado algunas cosas extrañas últimamente. ¿Puede arreglarlo?

Angus se tomó su tiempo para contestar porque estaba disfrutando con la situación, le divertía la actitud de señora feudal que había adoptado. El no tenía intención de arreglarlo, aunque pudiera hacerlo.

-Me temo que no, pero estaré encantado de llevarla a la cuidad, señorita Harris -se limpió la manos con un pañuelo y cerró el capó-. El único problema es que me estoy muriendo de hambre -Domenica lo miró desalentada-. También puedo remolcarlo hasta el taller más cercano donde podrían arreglarlo.

Domenica miró el coche de Angus, era un último modelo de Range Rover que podría remolcar fácilmente su pequeño utilitario.

-No confíe en que la suerte vaya a estar siempre de su lado, señor Keir -dijo entre dientes.

-Desde luego que no, pero estoy seguro de que se encontrará mucho mejor después de una comida civilizada, señorita Harris.

El restaurante tenía un jardín y unas mesas colocadas debajo de una pérgola cubierta por una parra llenas de racimos de uvas. So podía oír cantar a los pájaros y el agudo chirrido de las cigarras. Era un caluroso día de verano. Compartieron una jarra de vino de la casa que Angus pidió sin consultarla.

Domenica mejoró de humor gracias al vino y al delicioso pastel de carne que tomó. Incluso tuvo la sensación de que había sido un poco grosera y se propuso enmendarlo. Siguió todas las conversaciones que él propuso, que fueron desde el deporte a la literatura y la política, hasta que se encontró a sí misma hablándole de su negocio.

-Es ropa de niña que se vende con la marca Primrose. Es para niñas desde los cuatro hasta los doce años, que es el límite hasta el que la mayoría de ellas disfrutan de la ropa femenina y alegre -Angus arqueó las cejas-. A partir de esa edad, pasan una fase en la que intentan parecer lo más adultas posibles -le explicó.

-¿Cómo ha llegado a esa conclusión?, ¿con estudios de mercado?

-No. Gracias a mis recuerdos y a observar lo que me rodea.

-¿Cómo empezó?, ¿con una vieja máquina de coser en un garaje?

-En absoluto -Domenica hizo una mueca y vio en los ojos de él lo que parecía un brillo sarcástico, aunque no entendía por qué-. Después de la universidad, donde estudié diseño y marketing, me asocié con una amiga que es mucho mejor costurera que yo. Hicimos una evaluación de cuál podía ser nuestro hueco en el mercado y alquilamos un estudio. Contratamos algunas costureras más y empezamos la producción. Yo me dedico al diseño, al marketing y a gestionar el negocio, ella se ocupa de la fabricación de las prendas.

-Parece muy profesional -murmuró Angus-. ¿Cómo consiguieron el capital inicial?

-Mi abuela Lidcombe me dejó una pequeña herencia, pero también solicite un crédito que ya hemos devuelto. He recuperado mi inversión y estamos obteniendo unos beneficios firmes, aunque tampoco sean gran cosa. Pero espero que vayan a crecer considerablemente, porque he conseguido que dos grandes almacenes vendan nuestros productos, lo cual nos daría unas perspectivas mucho mayores e, incluso, es posible que tengamos que ampliar el negocio.

-Da la sensación de que tiene los pies sobre la tierra en el terreno comercial, señorita Harris.

-Gracias -pero Domenica suspiró repentinamente-. Solo quiero... -se calló y dio un sorbo de vino.

-Me gustaría saberlo -dijo Angus-. Yo empecé con un viejo camión y he llegado a tener una gran empresa de transportes. Alabo su sentido común y carácter emprendedor.

Sin embargo, Domenica frunció el ceño y se olvidó de lo que iba a decir.

-Keir..., no será ese Keir. Keir Conway Transport -Angus se limitó a asentir con la cabeza-. Santo cielo,¿ cómo es posible que no me diese cuenta? Si lo hubiese sabido, no habría rebajado ni un penique.

-Yo procuro saberlo todo de la parte contraria. No habría conseguido nada. He pagado lo que consideraba que era un precio aceptable por Lidcombe Peace.

Domenica lo miró pensativa.

-Creo que no ha sido una idea muy buena.

-¿Comer conmigo?

-Exactamente.

-¿Puedo darle un consejo? -parecía divertido-. No lamente lo que ha hecho y no puede cambiar; es un buen consejo para el terreno personal y para el profesional. Podría haber tardado años en conseguir el precio que quería por Lidcombe Peace.

Domenica apartó el plato y se encogió de hombros.

-Me imagino que es así y que no tenía elección. Bueno, señor Keir -dijo con el tono de voz de su madre-, muchas gracias por la comida, pero realmente tengo que...

-Domenica, no haga el papel de niña bien y se ponga engreída conmigo -la cortó secamente.

Ella lo miró.

-No entiendo a qué se refiere.

-Estoy seguro de que sí lo entiende y, además, he pedido café.

-Si sugiere que...

-¿Está intentando ponerme en mi sitio? Se oculta detrás de un acento engolado y una construcción de las frases que pretenden mantener la distancia con los campesinos, refugiarse en su privilegiado círculo. Es posible que no se dé cuenta, pero no es solo eso. Consigue que esos maravillosos ojos azules me miren sin verme, como si no existiera -Domenica se quedó boquiabierta-. Es más, sé perfectamente que su madre tiene unos problemas económicos graves y que la venta de Lidcombe Peace conseguirá salvar la amenaza de quiebra, pero no solucionará todos sus problemas -ella lo miraba anonadada-. Por ejemplo, sé que la residencia de su madre está hipotecada para cubrir algunas inversiones desastrosas que hizo su padre, de forma que el dinero que obtenga de la venta de Lidcombe Peace irá a saldar la hipoteca y los intereses.

-Cómo..., cómo... -Domenica iba a decir ¿cómo se atreve?, pero cambió la frase-. No sé cómo ha llegado a saber todo eso , pero se equivoca si piensa que por eso me gusta más. Yo... -se calló mientras recogían los platos y servían el café.

-No creo que importe mucho si nos gustamos o no -replicó Angus.

Domenica se entretuvo con la bandeja de pastelillos que habían llevado con el café.

-¿Qué se supone que quiere decir con eso?

Angus no respondió, pero su mirada pasó del pelo negro a la delicada y pálida piel del cuello y al contorno de su figura. Observó que tenía unas manos muy finas y que en el dedo de la mano que seguía posada sobre la bandeja llevaba un anillo de oro con un trenzado muy especial. Dirigió los ojos hacia la boca y la contempló en silencio.

Domenica puso bruscamente la mano sobre el regazo y reprimió un estremecimiento producido en parte por ira y en parte por haberse dado cuenta de algo. Sabía perfectamente lo que quería decir Angus Keir y, aunque había conseguido pasarlo por alto hasta ese momento, una mirada de él lo había dejado muy claro. Lo que había entre ellos no era cuestión de que se gustaran.

Gustarse no tenía nada que ver con apreciar el aspecto físico de un hombre, lo cual, era lo que ella había sentido al observarlo mientras enganchaba su coche al de él. No había sido un esfuerzo físico excesivo, pero sí lo suficiente como para que ella se diese cuenta de los poderosos músculos que se ocultaban bajo la camisa.

Una vez en el taller, ella permaneció silenciosa con la sensación de ser una inútil mientras él se ocupaba de todo con los mecánicos con una autoridad propia de quien está acostumbrado a tratar ese tipo de cosas.

Durante la comida, se había fijado en las manos y muñecas de Angus. El se había quitado la chaqueta y había observado que tenía unas muñecas fuertes salpicadas de un vello oscuro; las manos eran largas y muy bonitas. Se encontró un par de veces pensando que eran unas manos fuertes pero hermosas.

Sin embargo, tenía que encontrar la forma de hacerle creer que para ella era importante que te gustara el hombre. Apretó los labios y decidió ser sincera.

-No me interesan ese tipo de cosas, señor Keir.

-¿La atracción mutua y la admiración? -sugirió él tranquilamente.

Ella se detuvo un instante y le lanzó una mirada muy expresiva.

-No con la gente con la que hago negocios, no con la gente que no me gusta, pero, sobre todo, no con la gente...

-Hombres sería más preciso -señaló Angus pausadamente.

Ella se encogió de hombros.

-De acuerdo, con los hombres a los que no conozco ni de vista.

-Eso es muy digno de elogio. Incluso lo aplaudo, pero no estoy proponiendo que nos acostemos, tan solo propongo que nos conozcamos.

Domenica notó que se ruborizaba.

-Gracias, pero no -dijo con toda frialdad-. Aunque no proponga que nos acostemos, me ha parecido inaceptable su forma de mirarme.

Angus se rio, pero lo hizo de una forma muy sincera que resultaba conmovedora.

-Me sorprendería que la mayoría de los hombres no te mirasen de la misma forma, Domenica.

-Señor Keir, la mayoría de los hombres son más delicados.

Angus hizo un gesto con la boca.

-Por lo menos sabes a qué atenerte conmigo, Domenica. Por cierto, creo que tu madre es propietaria de un almacén en Blacktown.

-Sí -Domenica parpadeó-. Está alquilado.

-Véndelo.

-¿Por qué?, el alquiler nos proporciona unos ingresos estables.

-Es posible que no te des cuenta, pero estás sentada sobre una pequeña mina de oro. Hay un plan para una carretera nueva que está dando muchos quebraderos de cabeza a las empresas que hay en esa zona, ya que han tenido que posponer sus planes de ampliación o trasladarse a otras zonas industriales, lo cual es muy caro. Pero no se te ocurra venderlo ni por un penique menos que esta cifra -sacó una pluma negra del bolsillo interior de la chaqueta y escribió una cifra en el reverso de la factura.

Domenica miró la cifra, tragó saliva y levantó la mirada.

-¿Está de broma? Conozco el valor... El la detuvo con un gesto de la mano.

-Las cosas cambian. Es un edificio que está en un sitio muy bueno y que mejorará con la nueva carretera. Además, podrás hacer que los distintos compradores potenciales pujen por él. Créeme.

-¿Cómo... cómo sabe todo eso?

Angus sonrió ligeramente.

-Hago los deberes.

-No..., no le interesará ese edificio por casualidad...

-No, Domenica, en absoluto. ¿Crees que te aconsejaría que pidieses esa cifra si me interesara?

Se miraron fijamente, ella con tensión, él burlo namente.

-No puedo entender que nos investigase tan minuciosamente

solo porque le interesaba Lidcombe Peace.

Angus no respondió inmediatamente.

-Tenía algo que ver con el precio que iba a pagar por Lidcombe Peace.

-Dijo -a Domenica se le quebró la voz-... que pagaría un precio aceptable.

-Sí, teniendo en cuenta todas las circunstancias. La extrañeza de Domenica se tomó en desprecio. Angus lo pudo notar en la mirada y en la severidad que se dibujó en la boca de ella.

-Es despreciable, señor Keir. Supongo que por circunstancias se refiere a que estaba desesperada.

Él se encogió de hombros.

-Señorita Harris, la vida puede ser una especie de jungla. Pero si vende el almacén por el precio que le he dicho e invierte el dinero de la forma que estaría dispuesto a aconsejarle, su madre no volvería a tener problemas económicos durante el resto de su vida. Incluso podría vivir como está acostumbrada a hacerlo.

Domenica respiró hondo y tuvo que contener el deseo de gritar a ese hombre. ¿Pero y si tenía razón?

Quería mucho a su madre, excepto durante esos días en los que sin motivo aparente se convertía en alguien tremendamente fuera de este mundo que pensaba que seguía reinando en la sociedad y contaba con la inmensa fortuna de su familia. Sin embargo, la cuestión era que resultaba imposible ver infeliz a Barbara Harris.

-Lo tendré en cuenta, señor Harris. Salvo que tenga en mente algún tipo de contraprestación -dijo lentamente mientras lo miraba a los ojos.

-¿Su cuerpo a cambio de mi asesoramiento? -aventuró gravemente.

-No me imagino otro motivo por el que lo haría -replicó ella inexpresivamente.

-Podría tener razón.

Domenica dejó la copa y se levantó a punto de darle un tortazo. Sin embargo, Angus permaneció sentado mirándola con unos ojos burlones. Él también se levantó en el momento en que ella se giró para marcharse.

-Domenica, para aclarar las cosas, te diré que no, que no espero ningún tipo de pago, pero me gustaría conocerte; y tal vez tú disfrutaras conociéndome a mí -se encogió de hombros y agarró la cuenta-. ¿Nos vamos?

-Te han traído el coche, Dom.

Domenica levantó la mirada de la mesa de dibujo. Eran las siete

de esa misma tarde. Su socia, Natalie White, y ella seguían trabajando aunque el resto de los empleados se había ido. Domenica miró desconcertada las llaves y luego a Natalie.

-Pero es imposible. Me dijeron que tardarían un par de días en conseguir la pieza.

-Sin embargo... -Natalie sonrió- lo ha traído un hombre con un mono de Keir Conway quee me ha dicho que te dijera que, siguiendo las instrucciones del jefe, había llevado él mismo la pieza, había supervisado la instalación y había traído el coche. También me ha dicho que, si bien no tendrás problemas por el momento, probablemente sea el momento de ir pensando en comprar otro coche. Ah, también ha pagado la factura, un detalle del jefe.

Domenica miró el caótico estudio lleno de colores y dijo algo imposible de reproducir.

-Querida -murmuró Natalie-. Ya me has hablado de ese tal Angus Keir y de todo lo que tienes contra él, ¿pero estás segura de que no desprecias a un verdadero caballero andante? Cuando en un taller de un pueblo te dicen que tardarán un par de días en conseguir una pieza, te puedo asegurar que lo que están diciendo es que tardarán un par de semanas -Domenica quiso decir algo, pero Natalie continuó-. Y si tenemos en cuenta que ese cacharro también es nuestra furgoneta de reparto, que tenemos bastante género que repartir y lo que cuesta alquilar un vehículo...

-¡Basta! -Domenica la interrumpió-. Tienes razón, ¡pero no me hace ninguna gracia tener que agradecérselo a ese hombre!

Natalie, una rubia de un metro sesenta y cinco, se apoyaba en la esquina de una de las mesas de cortar y observaba atentamente a Domenica.

-Yo diría que ese tal Angus Keir está verdaderamente encaprichado. ¿Tan mal te parece? -se encogió de hombros y miró fijamente a su socia y amiga-. ¿Qué ha pasado exactamente entre vosotros?

Domenica frunció el ceño porque su encuentro con Angus empezaba a tomar un carácter surrealista. Habían hablado poco durante el camino de vuelta a Sidney y ella había conseguido reponerse lo suficiente como para agradecerle la comida, aunque lo hiciese con bastante frialdad. Sin embargo, se había quedado con la sensación de que le divertía y de que las cosas no quedarían así; como podía comprobar en ese momento. De repente, suspiró.

-La verdad es que no lo sé, Nat, pero por algún motivo me pone nerviosa.

Esa noche, tuvo que repetirlo todo a su hermana Christabel y a

su madre. Se hermana tenía veintidós años, tres menos que ella y vivía con su madre en Rose Bay, en una casa sobre la bahía. Barbara Harris, que había vivido veinte años en esa casa, había comentado muchas veces que preferiría morirse antes que tener que dejar Rose Bay, aunque la casa fuese demasiado grande para Christabel y ella. También había intentado que Domenica se sintiese culpable por haber alquilado una casa para ella sola, pero ella sabía que había sido una medida muy acertada, porque su madre y ella se llevaban mucho mejor cuando ambas tenían su propio espacio.

-Si tiene razón y puede asesorarnos en cuestiones de inversión, podría ser el final de nuestros problemas -dijo Christabel.

Domenica hizo una mueca. Había contado lo más sobresaliente de su encuentro con Angus, excepto los detalles personales, y había conseguido callar a su madre. Sin embargo, no lo hizo por mucho tiempo. Barbara tomó un vaso de vino.

-Es increíble. Es maravilloso. Estoy salvada. Salvo que -miró penetrantemente a su hija mayorhaya algo que no nos hayas contado.

-No, nada importante. Bueno, es que no sé si nos podemos fiar de ese hombre. Hizo la oferta por Lidcombe Peace sabiendo lo desesperada que era nuestra situación y creo que eso es... -se encogió de hombros.

-Pero, si lo que nos ofrece es verdad, creo que nos compensaría con creces. Por cierto, ¿quién es? -preguntó Barbara.

Domenica le dijo el nombre.

Barbara pareció no reconocerlo, pero dijo de todas formas.

-Creo que voy a invitarlo a cenar, debe tener algún buen motivo para querernos ayudar y... -dijo inmediatamente

-No, ¡eh!, espera un segundo, mamá -intervino Domenica-. Déjame que lo investigue un poco antes de invitarlo a cenar para ganarnos su simpatía. Además, quiero ver la situación de Blacktown por mí misma, por favor.

-Bueno... -Barbara parecía indecisa.

De repente, Christabel golpeó la mesa con los dedos. Domenica y su madre la miraron.

-Tiene que ser el mismo -dijo Christabel con el ceño fruncido-. Dijiste que su nombre era Angus Keir, ¿pero es el propietario de Keir Conway Transport?.

-Exactamente -reconoció Domenica sombríamente-. ¿Lo conoces?

-No, pero he investigado sobre él para el próximo libro de Bob que se llama Las nuevas fortunas. Y él tiene una fortuna nada despreciable, Angus Keir...

-Vaya, un hombre hecho a sí mismo -dijo Barbara con decepción

mientras se levantaba a hacer café.

Domenica y Christabel intercambiaron una mirada, aunque, en realidad, Domenica se sentía aliviada porque no había nada que aplacara tanto el entusiasmo de su madre como un «nuevo rico». Sin embargo, ella no pudo evitar preguntarle más cosas sobre él a Christabel.

Su hermana se encogió de hombros.

-Nació y se crió en una explotación ganadera del oeste. Al parecer, su madre los abandonó a su padre y a él. Su padre estaba empleado como vaquero y no quería otra vida. Sin embargo, Angus rompió el molde. Era excepcionalmente brillante en los estudios y...

-Empezó con un viejo camión y creó una gran empresa de transportes -Christabel arqueó las cejas-. Me contó esa parte -Domenica apoyó la barbilla sobre las manos-. ¿Hay algo más?

-Ha abierto sucursales en otros países -dijo Christabel pensativamente-. La verdad es que creo que Angus Keir sabe lo que dice cuando habla de Blacktown y podría conseguir una pequeña fortuna para mamá, pero está claro que a ti no te gustó, ¿verdad?

Domenica miró los oscuros y sagaces ojos de su hermana.

-Yo... no sé por qué... pero me hizo sentir... incómoda.

Christabel lo pensó un rato.

-Por otro lado, nos quitaríamos un peso de encima si sabemos que mamá es feliz y puede volver a lo que ella considera su ambiente.

Domenica miró hacia la puerta de la cocina donde su madre animaba en voz alta a la cafetera.

-Es verdad Christabel, pero, por favor, no hagáis planes para invitarlo hasta que, bueno.. aclare algunas cosas.

-De acuerdo -concedió Christabel-. Si mamá vuelve a mencionarlo, le diré que es hijo de un vaquero y que no ha terminado el instituto.

Las dos sonrieron con cierta tristeza.

-Tú no lo conoces; parece exactamente lo contrario, pero -se quedó pensativa- a veces da la sensación de que tiene cierto resentimiento. ¿Parezcoo una niña bien y engreída?

Christabel se rio.

-Querida Domenica, estás a años luz de serlo, pero hay veces que puedes mirar por encima del hombro, ¡como mamá!

Pasaron tres semanas. Domenica envió un cheque a Angus por la reparación del coche e investigó la situación de Blacktown. Le devolvieron el cheque roto sin una nota. Eso la indignó mucho, pero decidió no darle más vueltas. Sin embargo, irracionalmente, la

indignó todavía más comprobar que el análisis que hizo Angus de la propiedad de Blacktown era muy preciso. A través de un agente inmobiliario, se dio cuenta de que el valor del almacén era muy elevado.

Intentó convencerse de que lo habría sabido antes o después, pero también era consciente de que nunca habría sabido cuánto pedir por el almacén.

Una tarde, la llamó su madre para invitarla a un cóctel que iba a dar a primera hora de esa noche.

-¿Por qué me lo dices tan tarde?

-Ya me conoces, querida, soy muy despistada. Estaba convencida de que te lo había dicho, pero he pensado que era mejor confirmarlo.

-¿Quién va? -su madre enumeró una serie de gente y dijo que se estaba vistiendo-. De acuerdo, mamá, pero estoy muy ocupada y a lo mejor llego un poco tarde.

Domenica colgó y agitó la cabeza. Un par de horas más tarde, se acordó del cóctel y tuvo que salir corriendo para arreglarse.

Maldita sea, pensó mientras se ponía su traje negro favorito y hacía un movimiento de contorsionista para cerrar la cremallera. Era corto y ceñido con unos cordones que atravesaban la espalda. Lo adornaba solo con un collar de perlas que le había regalado su abuela. Decidió que no tenía tiempo para pelearse con las medias y se puso unas sandalias negras de tacón bajo.

La espantaban las prisas, pero también la espantaba llegar tarde, aunque no era muy aficionada a las fiestas de su madre, de forma que, cuando llegó -t Rose Bay, no estaba de muy buen humor. Y su estado de ánimo no mejoró al comprobar que la cabeza de Angus Keir destacaba sobre la multitud. Fue la primera persona que vio al entrar en el salón de su madre.

Capítulo 2

DOMENICA se quedó clavada y miró alrededor llena de ira hasta que se encontró con la mirada de Christabel. Señaló disimuladamente hacia Angus, pero Christabel se encogió de hombros indicando impotencia y que ella también estaba sorprendida.

Volvió a mirar hacia Angus y se encontró con que la miraba divertido, como si hubiese presenciado todo el juego de gestos entre las hermanas. En ese momento, Barbara se acercó a ella. Era delgada, pequeña y muy elegante. Además se acababa de cortar el pelo y lo llevaba maravillosamente peinado, también se había maquillado y hecho la manicura, todo lo cual hacía pensar a su hija que había pasado horas en un salón de belleza.

Barbara Harris estaba feliz y entusiasmada e intentaba contagiar a todo el mundo su alegría de vivir. Incluso ella, que se podía hacer una idea de cuánto había derrochado su madre de una forma u otra, notó que su ira se disipaba, aunque hubiese deseado conservarla intacta mientras su madre la besaba y le susurraba al oído que no tenía por qué estar contrariada, ya que Angus Keir era encantador.

Tomó a Domenica de la mano y la arrastró por toda la habitación hasta llevarla junto a Angus.

-Por fin ha llegado, señor Keir. Sabía que no me dejaría mal. No te vayas, Dom, te traeré una copa de champán -dijo Barbara con un tono festivo.

Domenica respiró hondo.

-Hola -consiguió esbozar una sonrisa-. ¿Qué tal está? Menuda sorpresa...

-Me lo imagino, estoy muy bien, gracias, Domenica -la miró burlonamente-. ¿Me equivoco si pienso que has prevenido a tu madre contra mí?

-No, en realidad no -contestó secamente, aunque aparentando buen humor mientras tomaba la copa que le daba su madre-. Pero, si llego a saber que iba a venir, me habría puesto zapatos de tacón alto -dio un sorbo intentando comprender por qué había dicho tal cosa.

Angus la miró de arriba abajo y de abajo arriba, deteniéndose con especial interés en la piel desnuda de los hombros y en la forma de los pechos, que se ocultaban tras la delicada tela. Luego, la miró con ironía.

-¿Por qué?

-Siempre le resulta difícil encontrar hombres adecuados para su altura -explicó Barbara-. ¿Verdad, Domenica?

-¡Claro! -confirmó Domenica, que se sentía como un payaso-. Por

cierto, muchas gracias por pagar la reparación del coche, pero habría preferido que no lo hubiese hecho.

-¿Cómo dices? -Barbara aguzó el oído, pero, afortunadamente, tuvo que atender a una pareja que se marchaba.

Se alejó, dejando a Angus y Domenica en silencio. Él llevaba un traje oscuro con una camisa blanca y una corbata marrón. Tenía algo que hacía que Domenica se sintiese incapaz de hablar e impotente. Recordó las tres semanas tan incómodas que había pasado desde la última vez que se vieron. Porque, aunque no lo había visto, tampoco había sido capaz de apartarlo de su mente.

Ella miraba fijamente la copa que tenía en la mano.

-Estás maravillosa -dijo Angus lentamente.

Ella levantó los ojos desconcertada y se llevó la mano a la cabeza.

-Estaba segura de que estaría hecha un desastre. Todo ha sido tan rápido, que apenas he tenido tiempo de cepillarme el pelo.

Angus sonrió levemente.

-Me parece que es el tipo de pelo que siempre está precioso -miró el pelo oscuro de Domenica y luego clavó la mirada en sus ojos-. Incluso recién levantada.

-Es... -se aclaró la garganta- un pelo muy cómodo, seguramente porque es espeso y tiene su propia forma -entonces cerró los ojos un instante ante lo que se podía deducir de sus palabras-. No...

-¿Haga conjeturas? -ella asintió con la cabeza y volvió a mirar la copa-. No he podido dejar de hacer conjeturas sobre nosotros desde hace tres semanas, Domenica.

Ella levantó los ojos y las miradas de ambos se quedaron fijas la una en la otra. Era como si todo a su alrededor se hubiera desvanecido mientras se intercambiaban una mirada larga, directa y reveladora. Era reveladora porque ella no podía cortar el contacto por mucho que lo hubiese deseado y, por algún motivo, a él le pasaba lo mismo. Era como si los dos estuviesen solos en el salón. Domenica sentía que todo el cuerpo recibía señales. No solo visuales, era mucho más que eso. Era darse cuenta de que disfrutaba peleando con ese hombre, que disfrutaba poniendo a prueba su inteligencia frente a la de él, que disfrutaría derrotándolo en un duelo verbal y que también disfrutaría, era consciente, acostándose con él y demostrándole que podía ser igual de seductora que él.

Empezaba a ruborizarse por sus pensamientos cuando Christabel llegó en su ayuda.

-Con permiso -dijo educadamente.

Domenica apartó la mirada de Angus, pero pudo comprobar con satisfacción que la interrupción lo molestaba. Los presentó y ambos

contestaron que ya habían sido presentados.

-Me imagino que mamá se habrá puesto en contacto con usted inesperadamente.

-Sí. Me dijo que, aunque adoraba a sus hijas, le parecían demasiado prudentes y que le encantaría recibir mi consejo.

Domenica y Christabel se cruzaron una mirada contrariada y volvió a ser Christabel quien tomó la iniciativa.

-Creo que todo ha sido una sorpresa para nosotras y no querríamos precipitarnos, señor Keir.

-Naturalmente -murmuró él-. Lo entiendo perfectamente -pero Domenica pudo percibir que en el fondo de esos ojos grises había un brillo sarcástico.

Domenica bebió un sorbo de champán para evitar cualquier comentario inapropiado.

-Tenía razón sobre Blacktown, señor Keir, y se lo agradecemos. Hagamos...

-¡Queridas! -interrumpió Barbara-. Espero que no estéis hablando de negocios. No creo que sea ni el momento ni el lugar adecuados. Podríamos vernos otra noche. ¿Qué te parece el viernes, Angus?

-Me habría encantado, pero, por desgracia, estaré en Perth. Sin embargo, el viernes siguiente sería perfecto. Gracias -Barbara se quedó feliz, pero Domenica tuvo que apretar los labios mientras él la miraba con unos ojos perversamente divertidos-. Sin embargo, me preguntaba si cenarías conmigo esta noche, Domenica -continuó-. Podríamos hablar de Blacktown con más detenimiento.

-Lo siento... -las palabras le salían sin haberlas pensado-, pero esta noche tengo otro plan.

-¡Qué pena! -dijo Barbara-. Bueno, Angus, te voy a presentar a unos de mis mejores amigos.

Se lo llevó y Domenica se quedó con la mirada clavada en la espalda de él mientras Christabel la miraba fijamente.

-De modo que ese es el problema... -dijo Christabel.

Domenica parpadeó.

-¿Qué?

Christabel sonrió con delicadeza.

-Domenica, el aire echa chispas entre vosotros. Cuando llegué, parecía que estabas en otro planeta.

Domenica abrió la boca con incredulidad.

-Christabel, ese hombre me saca de quicio y ahora mamá lo llama «Angus» y él la llama «Barbara».

-Creo que sé por qué te saca de quicio.

Domenica miró a su hermana.

-¿Lo sabes?

Christabel sonrió un poco irónicamente.

-Tienes que reconocer que te gusta tener el control de ti misma. Por eso mamá y tú chocáis tan a menudo, por eso te has empeñado en que Primrose sea un éxito, por eso a veces pareces poderosa, pero en el terreno sentimental me parece que no ha sido una buena táctica.

Domenica se hizo con otra copa de champán y miró a su hermana con los ojos como platos.

-Y yo que creía que vivías en tu propio mundo... ¿Desde cuándo piensas eso de mí?

Esa vez, Christabel sonrió con picardía.

-Unos años -reconoció-. Pero no lo habría dicho si no hubiese notado que Angus y tú echáis chispas, y lo digo porque creo que no te había pasado jamás. Bueno... creo que te podrías arrepentir si lo dejas escapar. Creo que te mereces vivir un poco.

-Y él también; piensa en eso -comentó Domenica inflexiblemente.

-Entonces, ¿qué esperas?. Desde que murió papá todo ha sido muy difícil y tú has tenido que ocuparte de todo.

-No, Christabel. Si hubiese surgido de otra forma -Domenica se `encogió de hombros-, ¿quién sabe? Pero en estas circunstancias es como si ofreciese un pago en especie.

-De acuerdo, pero no está nada mal.

Durante media hora, las dos hermanas se quedaron juntas, pero de repente ocurrió algo que cambió por completo el curso de los acontecimientos. Domenica había conseguido evitar a Angus, aunque él parecía sentirse muy cómodo entre los amigos de su madre. Esta estaba de espaldas a Angus hablando con otras personas cuando se hizo un breve silencio y se pudo oír nítidamente la voz de Barbara.

-Keir y... no, tampoco he oído ese nombre; un nuevo rico, desde luego -comentaba con alguien-, pero no dirías que es un hombre hecho a sí mismo.

Toda la fiesta se quedó muda durante una milésima de segundo. Domenica pudo observar por el rabillo del ojo que Angus cerraba el puño alrededor de su copa y luego lo aflojaba. Acto seguido, Domenica tomó una decisión sorprendente.

Se giró hacia él e interrumpió la conversación.

-He cambiado de idea. Cenaré con usted, si mantiene la invitación. El único problema es que -le sonrió encantadoramente- me muero de hambre, de forma que cuanto antes nos vayamos mejor.

Angus entrecerró los ojos y la miró como si pensara algo.

-Será un placer, señorita Harris -dijo formalmente.

No se dirigieron la palabra hasta que estuvieron en el coche de él y se alejaban de la casa.

-¿Qué ha pasado de tu cita previa, Domenica?

Ella se pasó los dedos por el pelo.

-Dije que tenía otro plan y era verdad. Pensaba haber hecho la colada y planchar, pero siempre hay otro momento para hacer eso.

-Créeme -dijo él secamente-, no tenías que cancelar tu cita con la lavadora y la plancha porque tu madre sea una deslenguada.

-Bueno, yo creo que sí, Angus -por primera vez utilizó su nombre de pila-. Puedo parecer... engreída, pero no lo soy y creo que lo que dijo mi madre es imperdonable.

No volvieron a hacer ningún comentario hasta que estuvieron sentados en un restaurante que eligió él. La comida era excepcional y el ambiente muy acogedor. Había candelabros en las paredes y en las mesas. La mantelería era de damasco blanco y la cubertería de plata. Domenica sabía que era uno de los restaurantes más caros de la ciudad y que era casi imposible encontrar sitio sin reserva.

-¿De verdad tenías pensado lavar y planchar cuando me rechazaste?

Domenica había pedido agua mineral y cerró su mano sobre el vaso helado.

-La verdad es que no. Yo... -dudó un momento y se encogió de hombros-. A veces, me pones nerviosa.

-¿Qué crees que debería hacer?

-No abrumarme, señor Keir -le aconsejó volviendo al tratamiento de usted-. Solo intento rectificar lo hecho por mi madre.

-Domenica -tenía un brillo divertido en los ojos-, créeme, no soy tan impresionable. No me importa que me consideren un hombre hecho a sí mismo o un nuevo rico.

Ella frunció el ceño.

-Creo que a mí sí me importaría y, lo quiera reconocer o no, creo que tuvo una reacción instintiva.

Angus hizo un gesto con la boca.

-Es verdad, pero fue muy fugaz.

-Yo también la tuve. Bueno, algunos de los comentarios que ha hecho junto con la afirmación de mi hermana de que podía ser como mi madre o, al menos, parecerme a ella, hicieron que me sintiera incómoda.

-Gracias por todo -la miró con seriedad-, pero si piensas que tengo resentimiento hacia los ricos de toda la vida, te equivocas. Tengo treinta y seis años, he recorrido mucho caminoo desde Tibooburra y es verdad que a veces las pullas me tocan la fibra

sensible, pero, por lo demás, no me importan en absoluto. En resumen, me aceptas o no, pero no tienes por qué disculparte.

En ese momento, les sirvieron el primer plato.

Domenica había pedido calamares. Estaban deliciosos. Terminó casi todo el plato antes de contestar.

-¿Qué pasaría si decido... no aceptarlo... como dice?

-¿Quieres decir qué pensaría de ti?

-Mmm... -se llevó la servilleta a los labios.

-Creo que lo consideraría un esnobismo mayor del que sería capaz tu madre -dijo él.

Domenica abrió los ojos de par en par.

-¿Qué quiere decir?

-Que debes pensar que eres demasiado para mí, Domenica, que quieres cerrar los ojos ante la atracción mutua que hemos sentido desde el momento en que nos fijamos el uno en el otro.

En vez de enfurecerse, Domenica esperó a que sirvieran el siguiente plato. Quizá la comida y el ambiente del restaurante tuvieran un efecto beneficioso en ella.

Él tampoco intentó profundizar en su afirmación. La observaba completamente tranquilo.

Domenica había pedido solomillo, pero se quedó mirándolo un rato. Luego, levantó la mirada hacia Angus.

-¿Por qué piensa que no hay ningún hombre en mi vida? ¿No sería un buen motivo para no hacerle caso?

-Desde luego. Pero sería preocupante sentir lo que sientes por otro si hay alguien en tu vida, ¿no te parece? -ella lo miró sombríamente, pero no le causó ninguna impresión-. Sin embargo, no hay ningún hombre en tu vida, Domenica.

-¿Por qué lo sabe?, ¿no me irá a decir que sus deberes incluyen espiar mi vida privada?

-Tu madre se ocupó de informarme, sin que yo preguntase nada. Tuvimos una conversación bastante larga. Sé que Christabel es un ratón de biblioteca y que se parece mucho a su padre. Sé que ha habido otros hombres en tu vida, pero ninguno importante. Tu madre lo atribuye a que eres demasiado independiente para lo que conviene a una chica como tú.

Domenica cortó ferozmente la carne.

-¿No estás de acuerdo?

-No, sobre eso de ser demasiado independiente para lo que conviene a cualquiera, no.

-¿Soléis chocar tu madre y tú?

-Sí. No me digas que tu madre y tú no discutíais -se calló bruscamente y cerró los ojos-. Lo siento, estaba pensando en voz alta.

-Al parecer tú también has hecho algunos deberes -dijo él con sarcasmo.

Domenica se ruborizó.

-No fue intencionadamente. Christabel hace investigaciones para un escritor que está escribiendo un libro sobre los «nuevos ricos».

-Ah, ¿qué mas ha descubierto de mí? Domenica se encogió de hombros.

-Que eras extraordinariamente brillante. ¿Nunca... encontraste a... tu madre?

-Sí, pero una vez muerta.

-Lo siento -dijo ella sinceramente.

-Ella me abandonó.

Domenica echó un vistazo a la expresión de Angus, pero no pudo apreciar el más mínimo sentimiento.

-Supongo que tendría sus motivos -sugirió ella.

-Estoy seguro. Mi padre era un hombre muy difícil, aunque lo fue mucho más después de que ella se marchara. Pero, en cualquier caso, vamos a concentrarnos en tu madre. ¿No quieres un poco de este vino tan bueno?

Domenica estudió la botella de vino tinto que habían llevado con el segundo plato y se rio suavemente.

-¿Cree que lo necesito?, ¿por culpa de mi madre? A lo mejor tiene razón, gracias -Angus sirvió vino y comieron en silencio durante un rato-. A veces, me saca de mis casillas. Sabe perfectamente que no le sobra el dinero y no quiero ni pensar lo que le habrá costado el cóctel de hoy. Un vestido nuevo, champán francés, etcétera. Sin embargo, si la vieras trabajar con niños discapacitados... le gusta mucho la música y les organiza conciertos; si hubieras visto la devoción que sentía hacia mi padre; si supieras lo que se preocupa por Christabel y por mí, sobre todo por mí, tendrías que admirarla y quererla. Yo...

-De acuerdo. Me hago una idea -dijo él con cierta seriedad-. Iríais al fin del mundo la una por la otra, pero en el trato cotidiano a veces se tuercen las cosas.

Domenica dio un sorbo de vino.

-Sí.

-Perfecto -murmuró él-. Ya que hemos resuelto ese asunto, podríamos hablar de nosotros.

Domenica lo miró por encima del borde de la copa.

-¿Qué quiere decir?

-¿Irías a bailar conmigo después de cenar? -ella abrió la boca, pero él la interrumpió-. No digas lo primero que se te ocurra, que sería un negativa. Por lo menos piénsalo un momento.

La puntualización fue muy pertinente, lo que hizo que Domenica

se maldijese por ser tan transparente, pero también hizo que pensara si estaba volviendo a ser engreída. Sin embargo, bailar con un hombre no era lo mismo que ir a cenar con él y podrías rechazarlo sin que por eso te considerasen una esnob.

-Yo... -se detuvo un instante-. ¿Dónde?

-Aquí. A partir de las once se convierte en discoteca.

Domenica miró el reloj y se quedó sorprendida de comprobar que eran casi las once.

-De acuerdo -dijo bruscamente-. Por lo menos es un buen ejercicio. Y habré... -se calló.

-¿Redimido completamente a tu madre?

Ella se encogió de hombros.

-Intentaré que la experiencia no te resulte desagradable, Domenica.

-No quería decir eso ...yo...

-Claro que no -la interrumpió con un tono serio-. Sobre todo cuando estás haciendo todo lo posible por demostrarme que no te consideras superior a mí.

Ella apretó los dientes y lo miró con frialdad.

-Sólo espero que baile bien, señor Keir.

-Eso ya lo verá, señorita Harris -replicó él con formalidad, aunque la miró con unos ojos burlones.

A las once de la noche se abrieron unas puertas correderas y apareció la cueva de Aladino.

Domenica se quedó boquiabierta. Ya había cenado en ese restaurante, pero nunca había estado en la discoteca. Empezó a sonar la música. Primero era una música de fondo y se quedaron tomando el café tranquilamente. Cuando hubo unas cuantas parejas en la pista, Angus levantó la mirada y se dirigió a ella.

-¿Lo intentamos y acabamos de una vez?

Angus pudo notar un ligero brillo en los ojos de Domenica que le decían que estaba ofendida por la sugerencia de que estaba haciendo una penitencia.

-Me parece muy bien -murmuró ella.

Tres minutos más tarde, Domenica comprobó que se había equivocado al provocarlo. Angus Keir era un bailarín muy bueno. Era imposible permanecer rígida entre sus brazos. No era que se hubiese propuesto bailar rígidamente, pero, desde luego, tampoco se había propuesto olvidarse de cualquier precaución y entregarse a la música... y a él. Comprendió que había cometido un error táctico si lo que pretendía era mantenerse alejada de él y de la atracción que existía entre ambos.

Por otro lado, notaba que se excitaba al moverse abrazada a él. Entre sus brazos se sentía ligera y moldeable y el contacto con su cuerpo duro le provocaba extrañas reacciones y hacía que temblara.

El ritmo sensual que bailaban no facilitaba las cosas. Le hervía la sangre y hacía que se moviera ágil y provocativamente. Sin embargo, lo más preocupante era la forma en que la miraba. Se daba cuenta de que él percibía la provocación que ella no podía evitar y que se podía volver contra ella; que esos ojos grises se abrían camino tan palpablemente como si le acariciara todo el cuerpo con los labios o los dedos.

En ese momento la música cambió de ritmo y Domenica aprovechó para liberarse del poder embriagador de Angus.

-Me parece que me voy a sentar un rato.

Él no la soltó inmediatamente y ella permaneció rodeada por los brazos de Angus y preguntándose si estaba loca por querer racionalizar esa fuerza tan poderosa que había entre ellos. Sin embargo, un repentino brillo de ironía en los ojos de Angus hizo que ella comprendiera que debía tomar todas las precauciones posibles para evitar caer en el hechizo de un hombre al que apenas conocía y que, además, ejercía otro poder sobre ella: el futuro de su madre.

A pesar de todo, durante un breve instante, lo que realmente sintió fue que quería quitarse los zapatos, rodearle el cuello con los brazos y dejarse llevar por el ritmo de la música. Llegó a pensar que sería perfecto si estuviesen en un sitio más privado.

Tragó saliva y apartó la mirada de la expresión burlona de él; como si pudiese adivinar todos los pensamientos de ella. Intentó apartarse, pero él la apretó y movió las manos a lo largo de sus caderas. La miró durante unos segundos y luego la soltó.

Cuando llegaron a la mesa, Domenica había conseguido recuperar la respiración y tranquilizarse, pero agradeció que él pidiera unos licores y más café.

-Esto es interesante -dijo él mientras giraba lentamente la copa entre las manos y la miraba concentrado.

¿Qué se supone que quiere decir?

El levantó los ojos y la miró.

-Hay algo que no ha ido bien ahí fuera, pero me preguntaba a qué le echarías la culpa, ¿a la música?

Domenica bajó la mirada y analizó sus posibilidades. ¿Disculparse? Ni hablar. Se apartó el pelo de la cara y lo miró con ingenuidad.

-Creo que dejaré que sea usted quien lo adivine, señor Keir. Le agradecería que me llevase a casa cuando hayamos terminado estas... -señaló con la mano a la copa y el café-. Soy una

trabajadora, por no decir que en este momento tengo más trabajo del que puedo hacer. ¿0 prefiere que pida un taxi?

-¿Prefieres hacerte la dura, Domenica?

Domenica se contuvo y aguantó impávida la impertinente mirada de Angus.

-No me gusta repetirme, Angus, pero no me atosigues. Es la segunda vez que nos vemos, pero no es solo eso, tampoco puedo evitar pensar que estoy pagando el precio por una asesoría fiscal y financiera.

-Te dije lo de Blacktown sin esperar nada a cambio, Domenica -contestó él con aspereza-. Puedes contratar a cualquier asesor financiero de la ciudad. No tienes ninguna obligación conmigo, si eso es lo que insinúas.

-Solo que mi madre te considera su salvador -murmuró ella-. Simple gratitud.

-Tu madre se puso en contacto conmigo, no fue al revés.

-Entonces... ¿no tenías intención de ponerte en contacto conmigo?

-Claro que sí. He pasado fuera del país las últimas tres semanas -dijo con voz cansina.

Ella dudó un instante.

-¿Qué tipo de proposición tenías pensada antes de que mi madre hablara contigo?

El la miró con detenimiento.

-¿Una cena?, ¿ir al cine?, ¿un picnic en la playa? -sugirió con ironía-. ¿0 eso es inapropiado para ti, Domenica?

-En absoluto -sonrió levemente-. ¿Un picnic en la playa...? Sería un cambio de todo este... -miró alrededor- ambiente tan sofisticado...

-No vi el mar hasta que tuve diecisiete años y, por algún motivo, no pude contener las lágrimas. Fue el principio de una relación maravillosa y todavía voy de picnic a la playa siempre que tengo tiempo... y encuentro una playa desierta.

Domenica abrió la boca y la sonrisa desapareció.

-Me parece que he metido la pata unas cuantas veces esta noche -él no dijo nada. Ella parpadeó un par de veces-. Yo crecí al borde del mar y nunca me di cuenta de lo afortunada que era. Me gustaría llevarte de picnic...

-Natalie, mañana me tomo el día libre.

Natalie la miró boquiabierta.

-Ya sé que no puedo perder el tiempo -Domenica miró el montón de ropa y de papeles que la esperaban sobre las mesas-, pero me he

metido en algo que no puedo evitar, desgraciadamente.

-¿No será el caballero andante, por casualidad? -preguntó inocentemente Natalie.

-Sí... pero, ¿por qué lo sabes? -Domenica frunció el ceño.

Natalie sonrió con aire de suficiencia.

-Llevas toda la mañana sin concentrarte, como cuando volviste de comer con él -Domenica apretó los dientes-. ¿Qué vas a hacer mañana?

-Voy a la playa, pero a lo mejor llueve.

Domenica miró hacia la ventana..

-No es lo que dice la predicción del tiempo -dijo alegremente Natalie-. No te preocupes yo me ocuparé de todo esto -señaló al montón de ropa-. Tú no debes sentirte culpable por nada.

-Gracias -contestó Domenica con frialdad.

Amaneció un día radiante; el sol brillaba sobre la terraza de su apartamento. Pasar el día con Angus Keir era bastante desesperante, pero hacerlo en la playa lo era mucho más. Sin embargo, lo que le contó de la playa la conmovió profundamente y era consciente de que se resistía obstinadamente a cualquier sensación de atracción hacia él. Sobre todo después de haber bailado juntos. Sin embargo, eso no quería decir que se sintiera superior. ¿Qué quería decir?, se preguntó. ¿Que Christabel tenía razón? ¿0 que tenía un sexto sentido sobre Angus Keir? Un sexto sentido sobre algo indefinido que la prevenía contra él.

Se encogió de hombros y se dijo que lo mejor que podía hacer era tomar el día como viniese.

A las diez, estaba en el vestíbulo de su edificio vestida con unos pantalones cortos blancos y una camisa azul que hacía juego con un traje de baño que se veía por el escote de la camisa. También llevaba unos zapatos de lona azul marino, una gorra blanca con visera, una bolsa de rafia y una nevera portátil, aunque él había dicho que se haría cargo del picnic. No estaba segura de si lo hacía por contribuir un poco o por dejar clara su independencia, pero había hecho un pastel de zanahoria y había metido un poco de queso y fruta, café y refrescos.

A las diez y tres minutos, apareció el Range Rover verde oscuro del que se bajó Angus. Llevaba unos pantalones cortos de color canela y un polo verde lima.

Se encontraron en la acera y Domenica se quedó extrañada de que no sonriera. Angus hizo un gesto con la boca y tendió la mano. Ella la estrechó.

-¿Quiere esto decir que te parezco aceptable? -dijo Domenica.

Él mantuvo la mano de Domenica en la suya.

-Verte es un alivio. Incluso ha mejorado el tiempo. Estaba convencido de que iba a obedecer tu advertencia de que la suerte no estaría siempre de mi lado.

Ella rio sinceramente.

-Tú tampoco estás mal, Angus. ¿Has encontrado alguna playa desierta para nosotros?

No era una playa desierta propiamente dicha, pero ayudaba que fuese día laborable. Era una magnífica curva de arena dorada con acantilados a sus espaldas.

Se dieron un baño y Angus colocó la sombrilla y una manta junto a un promontorio rocoso. A continuación, sacó la comida. Pollo frío, panecillos crujientes, ensalada griega con queso feta y aceitunas negras y salsa de aguacate con tomate, cebolla y albahaca. Los platos eran de plástico blanco, los cubiertos tenían mangos de plástico de colores brillantes y los vasos pies de estaño. También sacó unas servilletas y un enfriador para el vino.

Domenica se sentó sobre la toalla y observó los preparativos mientras se peinaba.

-Bastante impresionante para un soltero.

-No es mérito mío. Todo lo ha hecho mi ama de llaves.

Ella sonrió.

-Si hubiese dependido de ti, ¿qué habrías hecho para que no nos muriéramos de hambre?

Angus levantó la cabeza y se apartó el pelo de los ojos.

-Habría buscado el puesto de perritos calientes más cercano.

Domenica soltó una risotada.

-No me habría importado, ¿sabes? No me puedo negar a un perrito caliente.

-Y me lo dices ahora. La señora Bush se sentirá decepcionada.

-No, te lo prometo. Haré justicia a su comida. También me encanta el pollo frío y la ensalada y la salsa tienen un aspecto fantástico.

Angus se sentó y alcanzó el vino. Llevaba un traje de baño azul marino y tenía los hombros salpicados por el brillo de las gotas de agua. Su pecho y sus piernas estaban cubiertos por vello oscuro y, aun en reposo, su cuerpo parecía poderoso.

-Nadas increíblemente bien para no haber visto el mar hasta los diecisiete años -dijo para pensar en otra cosa.

Angus sacó el corcho de la botella.

-En el interior hay embalses y ríos, aunque no sea lo mismo.

-Claro -se sintió incómoda.

-Tú también nadas muy bien -sirvió dos vasos de vino.

Ella permaneció en silencio y dio un sorbo de vino.

-¿He dicho algo que no debía? -dijo Angus al cabo de un rato.

-No -ella se encogió de hombros-. Creo que sigo metiendo la pata.

Él entrecerró los ojos e hizo un gesto con la boca.

-¿Por qué no cambiamos de actitud entonces? Podemos intentar que nuestra conversación no se limite a ser simplemente agradable.

Ella se quedó boquiabierta.

-¿Crees que es lo que pretendo?

Angus dejó el vaso y sirvió un plato para Domenica. No respondió, simplemente le dirigió una mirada penetrante. Ella tomó el plato y suspiró.

-No sé por dónde empezar. Pensaba preguntarte si has estado en Lidcombe Peace, pero hasta eso parece una indirecta -dijo ella por fin.

-Me mudo dentro de un par de semanas.

-Entonces... ¿piensas vivir ahí?

-¿Por qué te sorprende?

-No lo sé -reconoció mientras agitaba una pata de pollo que se estaba comiendo con los dedos-. Me imagino que pensaba que un hombre de negocios preferiría vivir en la ciudad.

-Conservaré una casa en la ciudad y pasaré ahí casi todo el tiempo, pero, con tu permiso, Lidcombe Peace está pidiendo a gritos que se le saque provecho. Así que voy a mejorar los pastos y a criar algo de ganado, entre otras cosas. Todo ello implica poner vallas nuevas y hacer algún embalse. También tengo pensado tener algunos caballos. Por cierto, ¿sabes montar a caballo?

-Sí -contestó ella con entusiasmo.

Angus permaneció un rato en silencio y pensativo.

-Verás, hoy en día, se puede dirigir una empresa apretando un botón y, para alguien como yo, que está acostumbrado a distancias enormes, Lidcombe Peace está a tiro de piedra de la oficina. He llegado a un momento en mi vida en el que quiero hacer algo más que ganar dinero.

-Yo... -Domenica lo miró con seriedad- me alegro de oír eso.

-¿Lo del dinero?

-No -volvió a agitar la pata de pollo-. Mi abuela Lidcombe crió ganado ahí y siempre le reprochaba a mi padre que no hubiese hecho lo mismo. Creo que estaría encantada de oír tus planes. Entonces, ¿sigue gustándote el campo?

-Eso parece. Hay dos cosas que siempre se me han dado bien: reunir las ovejas a caballo y la mecánica de los coches.

-No es lo que yo pensaba -Domenica frunció el ceño-. Hace tres

semanas y media no pudiste arrancar mi coche.

-Bueno... -Angus dejó los cubiertos en el plato-. La verdad es que podría haberlo hecho, temporalmente.

-¿Por qué no lo hiciste? -dijo ella con arrogancia.

Angus fingió arrepentimiento.

-Lo siento, señora.

Domenica chascó la lengua.

-¡No empieces!

-Pensé que, si por algún motivo tenías que parar el motor en tu camino de vuelta, podrías encontrarte otra vez en la misma situación. Aunque ese no fue el motivo principal.

Una expresión de desesperación cruzó por el rostro de Domenica.

-Sencillamente, quería comer contigo.

-Y todo vale en el amor y en la guerra. Quiero decir, ¿por eso te muestras tan pagado de ti mismo en este momento, Angus Keir?

-Bueno... -la miró de arriba abajo- Digamos que en este momento me pareces una sirena maravillosa, aunque bastante rígida, capaz de llevarme a la perdición.

-Ese tipo de palabrería no te va a llevar a ninguna parte -replicó ella aunque se sintiera mucho más relajada.

-¿Pasarías un fin de semana conmigo en Lidcombe Peace?

Ella se quedó en el más absoluto silencio, parecía que ni siquiera respiraba.

-¿Te parece tan horrible?, podrías verlo como quería tu abuela.

-¿Es ese el único motivo por el que me lo pides?

-No. Puedo comer y beber vino contigo; puedo bailar contigo, incluso puedo traerte a la playa -miró alrededor-, pero con un plan que te resulta tan grato, con caballos para cabalgar y un sitio precioso donde hacerlo, podríamos llegar a conocernos de una forma diferente y menos superficial.

Capítulo 3

LA marea se retiraba dejando tras de sí un encaje plateado sobre la arena. Algunas gaviotas luchaban entre sí para conseguir el bocado más apetitoso. Domenica las observaba y podía notar el calor del día que cubría todo su cuerpo como un manto invisible. La playa se había quedado desierta, salvo un pescador que en ese momento recogía sus cosas.

Era el momento de la siesta, pensó, excepto para las gaviotas. Hizo un pequeño esfuerzo para mirar a Angus.

-¿No crees que el verdadero motivo es sentirte como un señor feudal e intentar seducirme en la que era mi casa?

-¿Seducirte?, ¿cómo?, ¿a la fuerza?

-¿Cómo podría saber que eso no te produce placer? -preguntó con tensión-. Pero...

-Te lo diré -interrumpió Angus con una mirada sarcástica y acusadora-. Seguro que lo has leído en algún sitio. Si esos fuesen mis gustos, acabaría en la cárcel.

Ella hizo un gesto contrariado y de turbación.

-De acuerdo. Es posible que me haya excedido, pero, ¿por qué pasan juntos un fin de semana un hombre y una mujer? Además, ¿no crees que ir a Lidcombe Peace me traería muchos recuerdos que preferiría olvidar?

-No si eres tan realista como dices ser. Pero tengo que poner en duda esa afirmación por lo menos por dos motivos. Uno es la insistencia en separar tu mente de lo que tu cuerpo me transmite.

Ella se pudo de rodillas con las manos en las caderas.

-¿Sabes por qué he venido hoy?

-Me lo puedo imaginar -dijo él mientras estiraba las piernas y apoyaba la cabeza en la mano-. Para darme una palmadita en la espalda porque te sentiste conmovida por el pobre niño que lloró al ver el mar, pero, sobre todo, para demostrar lo poco que te afecta la reacción física y sensual que sentimos el uno por el otro -ella se quedó boquiabierta-.

Y es verdad -Angus se sentó y miró a los furiosos

ojos de ella-, me gustaría ser el señor feudal de Lidcombe Peace, pero solo porque nunca he conseguido tener ese aire de condescendencia que tienes tú, Domenica Harris.

Domenica se levantó como impulsada por un resorte, pero antes de que pudiera ordenar los pensamientos para contestar, él estaba de pie a su lado y la había rodeado con los brazos.

-No me digas -dijo él en un susurro mientras ella estaba sorprendida por no ofrecer resistenciaque no hemos estado dándole vueltas a la situación desde que nos hemos quitado la ropa.

Un intenso rubor respondió por ella.

-Y no me digas que no preferimos estar así, el uno en los brazos del otro, en vez de torturarnos pensando en la situación.

Todo su sentido común le decía que debía negar tal cosa. Empezó a decir que no estaban el uno en brazos del otro, sino que ella estaba en brazos de él y contra su voluntad. Hasta que se dio cuenta de que, en realidad, no estaba prisionera y, si no se retiraba, era porque una fascinación extraña la tenía atrapada en esa situación.

La misma fascinación que sintió esa mañana al

verlo con los pantalones cortos y la camisa verde; la misma fascinación que surgió entre, ellos dos noches atrás, solo que en ese momento no tenía ni el escueto vestido negro para protegerla. El tampoco podía ocultar su esbeltez y fuerza, su profunda masculinidad.

¿Por qué la hechizaba?, se preguntó. Ningún hombre la había afectado tanto. Su corazón estaba desbocado mientras él la acariciaba desde la cintura hasta los pechos por debajo del traje de baño. ¡Basta!, pensó, ningún hombre la tocaría de esa forma sin que ella ... ¿qué?

Respondiera de una forma instintiva, comprendió. Porque esas manos, además de hermosas y fuertes, eran muy expertas y delicadas y le transmitían unas sensaciones irresistibles. Angus apartó las manos y la atrajo hacia sí mientras susurraba su nombre. Una sola palabra, pero hizo que le pareciera natural que él la besara y que ella lo aceptara con un anhelo indisimulado.

Un trueno acabó por separarlos, a continuación empezaron a caer unas gotas y, por un momento, ellos solo pudieron mirar al cielo con resignada incredulidad.

-He terminado mi alegato -dijo él irónicamente mientras se apartaba.

Domenica cerró los ojos un instante y se dio la vuelta. Antes de que ninguno de los dos pudiera añadir algo más empezó a llover. Los relámpagos atravesaban un cielo negro como la boca de un lobo.

Recogieron las cosas como pudieron y se encaminaron hacia el aparcamiento. Se sentaron en los asientos delanteros del Range Rover mientras la tormenta descargaba toda su furia.

-Oh, te estoy empapando los asientos -gruñó Domenica mientras se apartaba el pelo mojado de los ojos.

-Ya se secarán. Toma -alcanzó una cazadora del asiento trasero-. Todo está mojado, las mantas, las toallas, todo.

-Gracias, pero ¿y tú?.

Angus se encogió de hombros.

-Entraré en calor. ¿Dijiste que habías traído café?, es lo único que se le ha olvidado a la señora Bush.

-Sí y un pastel de zanahoria -Domenica se giró para mirar hacia el asiento trasero.

Al cabo de un rato, estaban tomando una taza de café y un trozo de pastel de zanahoria en un plato de plástico.

-Deberíamos haberlo previsto. Ayer llovió y el calor que ha hecho es típico de tormentas.

Angus dejó su taza sobre el salpicadero.

-Sí. Mira, Domenica, creo que tú también deberías terminar tu alegato.

-Angus... -dudó-. Yo...

-Lo que quiero decir es que no tienes más culpa que yo. Ha sucedido porque ninguno de los dos hemos podido evitarlo. Si no quieres reconocer nada más, ni siquiera a ti misma, por lo menos deberías reconocer eso.

-De acuerdo, lo reconozco -dijo ella después de una larga pausa-. Pero en este momento no quiero pensar en mucho más.

Él pasó el brazo por el respaldo del asiento de Domenica y la miró atentamente.

-¿Quieres que vaya a cenar con tu madre el viernes de la semana que viene?

Domenica sintió que el ambiente había cambiado. Si bien en el exterior la tensión desaparecía y la tormenta se perdía en el mar, dentro del Range Rover el aire empezaba a echar chispas. Ella lo miró. Tenía el pelo aplastado sobre la cabeza y el flequillo le tapaba los ojos. La pequeña cicatriz resaltaba de una forma extraña, pero los ojos grises mostraban una indiferencia abrumadora.

«Este hombre no va a arrastrarme hasta la cama», pensó. «No voy a dejarme llevar por una oleada de pasión. Voy a resolver los asuntos de mi madre antes de llegar demasiado lejos. Es la única forma de tener un poco de perspectiva...»

-¡Qué demonios! -dijo y repitió todo lo que había pensado.

Un tenue rayo, de sol iluminó el interior del coche justo cuando terminó de hablar.

Domenica parpadeó un par de veces al comprobar que él no respondía con el cinismo que ella esperaba.

-¿No vas a machacarme? -dijo ella con incredulidad.

-Siempre admiro a los luchadores, incluso cuando me ponen contra las cuerdas. Sin embargo, no te creas segura, Domenica, no pienso rendirme. ¿Ceno contigo y tu madre el viernes o no? Si lo prefieres, puedo llevarla a cenar sola.

-No -contestó inmediatamente mientras comprobaba que él la miraba con unos ojos odiosamente burlones.

-Estoy de acuerdo en que deberías estar si no te fías de lo que puedo llegar a decirle -añadió él para empeorar las cosas.

Ella apretó los dientes.

-De acuerdo.

Angus arrancó el coche.

-Te llevaré a casa -al llegar al cruce se detuvo un instante y la miró-. ¿El día de hoy ha sido un sacrificio?

-Ha sido -Domenica tragó saliva- uno de los días más agradables que he pasado en mucho tiempo.

-¡Dios mío! Guardaré esas palabras debajo de mi almohada para tener unos sueños felices, señorita Harris.

-Eres intratable, ¿lo sabías?

-Algunas mujeres me han dicho unas cuantas cosas, pero nunca eso -dijo con un tono reflexivo.

-Será porque no tenían la más mínima personalidad -replicó ella.

-Es posible. Pero piensa en lo bien que le vienes a mi vanidad.

Domenica tuvo la vaga sensación de retirarse de un concurso.

-¡Fíjate!. ¿Quién diría que iba a quedar un día tan bonito después de la tormenta?

Domenica tuvo diez días de tregua hasta la cena con su madre. El día del picnic se separaron amistosamente. Él no hizo ninguna sugerencia para verse antes de la cena e insistió en que se quedase con la cazadora. En realidad, Domenica tuvo la impresión de que Angus tenía cierta prisa por terminar el día y que estaba pensando en otra cosa.

«Como quiera», pensó Domenica en aquel momento. Se despidió amablemente y entró en el edificio sin mirar atrás.

Durante los días siguientes se aferró a ese «como quiera» y no pasó de ser superficial cada vez que Natalie le preguntaba por el picnic. También empaquetó la cazadora de Angus y se la envió a su empresa.

Tres días después del picnic, recibió un paquete por correo. Eran dos libros, pero no llevaban ninguna tarjeta.

Uno era una historia de lamoda encuadernado lujosamente. El otro era un libro usado. Era una novela que Angus y ella habían comentado de vuelta a casa desde Lidcombe Peace. Ella había dicho que quería leerla, pero que todavía no se la había comprado y él había comentado que ya iba por la mitad y que le estaba gustando mucho.

Tres días más tarde, llegó otro paquete con una etiqueta de Keir Conway. Esa vez era un disco compacto y llevaba una tarjeta firmada por Angus que decía que esperaba que le gustase. Lo puso

en el aparato de música e inmediatamente se vio transportada a Africa gracias a unos ritmos exóticos. Le encantó.

¿Qué podía hacer? El libro de moda le había dado ideas para trajes y para combinaciones de colores. No podía soltar la novela y no paraba de escuchar esa música embriagadora. Tenía que reconocer que la elección había sido perfecta, lo que demostraba que había sabido ver cuáles podían ser sus preferencias.

Se encontró preguntándose si ella sabría algo de las preferencias de Angus. Si sabría qué regalarle en caso de que decidiera hacerlo. Incluso se encontró mirando un pequeño cuadro en una galería que había cerca de su trabajo. Representaba un paisaje con la tierra roja llena de plantas de aloe y un vaquero a caballo. ¿Pero le traería recuerdos dolorosos?

Decidió que la cuestión no era corresponder a sus regalos con otros regalos, sino cómo y cuándo podría agradecérselos.

Tres días antes de la cena con su madre, se presentó una ocasión, pero tardó más de diez minutos en poder hablar con él. Lo cual hizo que dudara sobre la conveniencia de lo que estaba haciendo y que se sintiera un poco más tensa.

-¿Domenica? -Angus parecía sorprendido cuando por fin se puso al teléfono.

-Sí, Angus, siento molestarte, pero...

-No te preocupes -la interrumpió-. Debería haberte dado mi teléfono directo, pero es que estoy un poco liado.

-Oh, bueno... -Domenica pudo notar lo fría que sonaba, pero no podía hacer nada por rectificar-. No tardaré. Muchas gracias por los libros y el disco. Me han... encantado. Pero te llamo porque he recibido una oferta por el almacén de Blacktown. Es un poco menos de lo que tú dijiste, pero... -se calló.

-Esperan seducirte para que aceptes menos de lo que vale, Domenica. Contéstales con la cifra que te dije, ni un centavo menos.

-No, no se... si tengo el... valor -dijo ella con sinceridad-. Es como desaprovechar un pájaro en mano por ciento volando.

-¿Por qué no te imaginas cuántos vestidos nuevos y botellas de champán podría comprar tu madre con la diferencia? -dijo con un tono divertido.

-Angus -dijo ella un poco desesperada-, estás seguro de que... -se calló.

-Si no son ellos, serán otros. Es el momento de demostrar tu personalidad, aunque, naturalmente, tú tienes la última palabra. Lo siento, pero tengo que colgar. Te veré el viernes.

El teléfono se quedó en silencio. Domenica lo miró, perpleja y furiosa. No sola porque hubiese colgado, sino porque utilizaba sus palabras contra ella, como «seducir» y «personalidad».

Llegó el viernes. Domenica llegó a Rose Bay hecha un manojo de nervios. Su madre había preparado un pequeño banquete. De entrada, había cerdo crujiente con ensalada de patatas sobre un lecho de lechuga; de segundo plato, había costillar de cordero relleno de mostaza y hierbas con zanahorias caramelizadas y espárragos calientes y, de postre, gelatina de frambuesa con crema.

La vajilla era la de Sévres y la cristalería era la Stuart. Dos grandes candelabros de plata iluminaban tenuemente la mesa.

La primera reacción de Domenica fue de ira. Si bien Barbara era una cocinera excelente y podía haber preparado toda la cena ella sola, no estaba acostumbrada a tener que limpiar la cristalería y pulir la plata, y era evidente que estaba agotada. En ese momento, Domenica sintió cierta culpa y se alegró de haber llegado pronto.

-Todo tiene un aspecto fantástico -dijo mientras abrazaba a su madre-. ¿Por qué no te das un buen baño caliente? Yo me ocuparé de lo que queda. Te llevaré una copa de champán mientras te vistes, tienes tiempo de sobra -era una costumbre de su padre y vio que los ojos de Barbara se llenaban de lágrimas-. ¡Vamos!, seguro que esta noche estás maravillosa.

Las velas estaban medio consumidas y estaban tomando el licor y el café, pero nadie había mencionado un solo asunto de negocios. Fue Barbara quien lo hizo, quizá animada por el éxito de la velada.

Para Angus había sido un verdadero éxito, aunque solo estuviesen los cuatro. La comida había sido deliciosa y Domenica se había encargado de servirla. Las tres Harris habían demostrado que además de ser unas mujeres extremadamente elegantes eran una compañía muy amena.

Sin embargo, no podía dejar de pensar que le había parecido percibir cierta tensión y un aire sombrío en los preciosos ojos azules de Domenica. Era consciente de que la cena podría haber sido un desastre si no hubiese sido por ella. Además, cargaba con el peso de los problemas de Barbara.

-Angus, normalmente tomamos el café en el salón, pero, ¿te importaría si nos quedamos aquí a comentar los asuntos...? -dijo Barbara.

Él sonrió amablemente y dijo que no mientras sacaba unas hojas del bolsillo interior del traje.

-He preparado algunas notas -continuó-. Algunas ideas que pueden ser útiles. Tratan sobre todo de la venta de Blacktown, pero quizá no sea eso lo más importante -miró a Domenica.

Ella se aclaró la garganta.

-Hice lo que me sugeriste, eso sí, después de consultar a mamá y

a Christabel, pero todavía no he recibido ninguna respuesta. ¿Puedo ver tus propuestas?

Él le pasó las notas. Ella las estudió con interés, pero levantó la cabeza al cabo de unos instantes.

-No. Lo siento... Se me olvidó decirte... -se calló y miró a su madre.

-¿Qué ocurre? -preguntó Barbara.

-Bueno... pensamos conservar esta casa para ti.

-No tiene ningún sentido -dijo Angus. Las tres lo miraron atónitas. Tenía un aire de autoridad indiscutible-. Tiene unos gastos prohibitivos. La hipoteca y el mantenimiento de una casa de este tamaño... -Barbara hizo un leve sonido y él se calló-. Por el contrario -continuó-, si la vendieras, como Blacktown, saldarías completamente las deudas y, si el resto lo invirtieras sensatamente, podrías comprarte algo más pequeño con vistas al puerto, llevar una vida muy cómoda y permitirte algunos caprichos de vez en cuando.

Barbara cambió de expresión.

-¿Por ejemplo?

-A lo mejor podría apetecerte ir de crucero o pasar la primavera en París o el verano en la Toscana. Quizá haya algún festival de música al que te gustaría ir o celebrar veladas musicales en casa sin el temor de que vayas a la bancarrota -se detuvo un instante y miró alrededor-. Incluso podrías empezar a interesarte por el mundo de las antigüedades y la pintura -miró a Barbara a los ojos-. Sé que llevas dieciocho meses viuda, pero estoy seguro de que tu marido descansaría más tranquilo si supiese que puedes vivir tranquilamente y haciendo las cosas que te gustan.

Barbara Harris respiró hondo.

-Tienes razón -dijo con voz temblorosa-. El ya no está entre estas paredes y ese era el único motivo por el que quería conservar la casa. Está en mi corazón y siempre lo estará. La venderé.

-No me lo puedo creer -dijo Domenica unos minutos más tarde mientras estaba con Angus en la puerta de entrada-. Sabíamos que era lo que tenía que hacer, pero cada vez que tocábamos el asunto se ponía furiosa. Y yo que pensaba que podrías conseguir que conservara este lugar...

-Eso fue antes de que la conociera y pudiese comprender por qué se aferraba a él. Además, a veces las cosas tienen su momento y su lugar. Creo que he tenido suerte al plantearlo esta noche. Pero hay algo más que te preocupa, ¿verdad?

Ella esbozó una media sonrisa. Estaban debajo de una farola y, por primera vez, se dio cuenta de que Angus tenía algunas canas.

-No... bueno... -se irguió-. ¿Podría invitarte a cenar mañana, Angus?

Él la miró con ese aire serio que ella ya conocía.

-Te lo agradezco mucho, eres muy amable, pero mañana me mudo a Lidcombe Peace.

-Es verdad, se me había olvidado.

-Pero podrías venir un día. Estaré todo el fin de semana y hay algunas cosa que me gustaría enseñarte. No hace falta que llames, si te apetece venir -añadió.

-Yo...

-También te recomiendo que duermas bien esta noche -sacó la mano del bolsillo y le acarició la barbilla.

Unos minutos después, Domenica observaba cómo Angus se alejaba en su coche. Sin embargo, tardó un rato en entrar en casa de su madre, donde pasaría la noche.

El día siguiente era sábado y Domenica estaba asombrada de los cambios que pudo notar en su madre. Era como si hubiese vuelto a nacer. Estaba tranquila y parecía más madura. Incluso había hecho una lista con las cosas de la casa que se llevaría y las que vendería. Era una lista muy sensata.

A la hora de comer, Domenica recibió una llamada en su teléfono móvil del agente inmobiliario con el que trataba. Le dijo que tenía una oferta firmada por el valor que había dicho Angus y en las mismas condiciones.

-De modo que tenía razón -dijo Christabel.

Domenica sintió un alivio tremendo. Alivio que le duró hasta que llegó a su apartamento. Entonces, comprendió que tenía una deuda enorme con Angus. No solo por su asesoramiento financiero, sino por haber comprendido a su madre y haber ejercido una influencia tan positiva en ella.

El único problema era que, si quería saldar esa deuda, tendría que ser en los términos que él plantease. Ir el fin de semana a Lidcombe Peace, por ejemplo. ¿Qué pasaría si no fuese a Lidcombe Peace?, se preguntó. Que Angus creería que ella se seguía considerando demasiado para él.

Sin embargo, pensó, sería bastante grosero no intentar agradecérselo y, además, ¿qué daño podría hacerle pasar unas horas en Lidcombe Peace? No, era algo más que todo eso, comprendió. Era una cuestión de orgullo. No podía desdeñarlo y esperar a que él diese el próximo paso.

Cuando a la mañana siguiente llegó a Lidcombe ya había otro coche en la rotonda y no era el de Angus. Mientras se bajaba, un grupo de personas apareció por detrás de una esquina. Eran Angus, un hombre, una mujer y tres niños.

Domenica dudó un instante antes de bajarse. Unos desconocidos podían ayudar a pasar el día, o no. Si conocían bien a Angus, podía ser motivo de comentarios entre sus amigos. En ese momento, se dio cuenta de que siempre lo había considerado un hombre solitario sin motivo alguno. Sin embargo, También comprendió que no podía echarse atrás.

Salió del coche con su vestido de lino beige y una camiseta blanca por debajo. Una niña de unos diez años, la única del grupo, se acercó a ella corriendo.

-¡Vaya!, estás guapísima. ¡Mamá! -miró hacia donde estaba su madre-, ¿por qué no me compras un vestido como este?

Todo el mundo se rio y Angus se acercó para hacer las presentaciones. Sin embargo, resultó que los amigos, Peter y Lorraine Bailey, estaban a punto de marcharse.

-Estábamos deseando ver la casa, pero hay una fiesta en el colegio de los chicos y tenemos que irnos.

A duras penas consiguieron montar a los niños en el coche y se pusieron en marcha.

Angus miró a Domenica.

-Has venido. Has tenido mucho éxito -dijo con una sonrisa.

Domenica se encogió de hombros.

-Solo por un vestido...

-No solo por el vestido -la miró de arriba abajo y su mirada acabó deteniéndose en el pelo suelto.

-Bueno, he venido -dijo Domenica intentando controlar un estremecimiento que sintió en todo el cuerpo-. Y tengo un plan -Angus arqueó las cejas-. Sí -se dirigió al maletero del coche y sacó una cesta cubierta por un paño de cuadros-. He venido a hacerte una comida, una comida muy especial.

-No hacía falta, Domenica.

-Me ha apetecido -respondió recatadamente.

-¿Algún tipo de obra maestra de la gastronomía?

-Desde luego..., ¡perritos calientes! También he traído algunas cervezas, por si acaso no tenías en la nevera...

Él empezó a reír y le quitó la cesta de las manos.

-Eres genial, señorita Harris, daría mi vida por unos perritos calientes y una cerveza.

Angus se sentó a la mesa de la cocina mientras Domenica hacía

todos los preparativos.

-¿Te trae algún recuerdo especial?

Domenica agitó un tenedor por encima de la cabeza.

-Supongo que sí, pero también te estoy muy agradecida. De repente, mi vida tiene menos complicaciones y mi madre parece otra persona -lo miró un momento por encima del hombro y le contó las noticias de Blacktown. Él la escuchaba en silencio-. Tenía que decirlo, te estoy muy agradecida -dijo girándose hacia él.

Angus había abierto una botella de cerveza y la sujetaba indolentemente por el cuello. Llevaba una camisa caqui, unos vaqueros y unas botas cortas. Tenía el pelo despeinado y no se había afeitado.

-Espero que no sea el único motivo por el que has venido, Domenica.

Ella se volvió hacia los perritos y los sacó del fuego.

-Ya están. ¿Te importaría sacar una bandeja del

armario? Podríamos comer fuera...

-Domenica -Angus no se movió.

Ella puso los perritos y un montón de patatas fritas en la bandeja. Se giró y se apoyó en la encimera.

-Hay algo... que me previene contra ti, Angus.

No sé qué es, pero está ahí. No estoy segura de por qué he venido... Sabía que tenía que darte las gracias. Además, no había tenido la oportunidad de darte las gracias por los libros y el disco. No podrías haber acertado más.

-¿No te parece que arremetes contra molinos de viento?

Ella se encogió de hombros.

-No lo sé, me gustaría poder hacer caso de mi intuición, eso es todo.

Él sonrió ligeramente.

-Mi intuición me dice que no te gusta que te dirijan, pero no permitamos que las obras maestras de la gastronomía se enfríen.

-Cuéntame algo de los Bailey -dijo Domenica mientras comían en el porche. Se sentía un poco incómoda.

-Conocí a Pete hace años, cuando yo estudiaba Económicas en los cursos nocturnos. El estudiaba Derecho. Somos amigos desde entonces, Fui testigo en su boda y soy padrino de Dracy. Dracy es el mayor de sus hijos. Pete tiene un próspero despacho de abogados y Lorraine tiene un negocio de flores.

-Me gustan.

-A mí también.

-¿Tienes muchos amigos así?

-Algunos. También tengo otros que no se parecen nada a ellos. ¿Me considerabas un ermitaño? -la miró con bastante sarcasmo.

-Lo más fácil es imaginarte como una especie de Llanero Solitario, Angus.

-¿Y Pete y Lorraine no te han convencido de lo contrario? -replicó secamente. Ella se levantó-. ¿Te vuelves corriendo a casa?, ¿consideras que ya has cumplido?, ¿que ya has pagado tu deuda, como tú dices?

-Sabía que llegaríamos a eso -dijo ella con tensión.

-No, no lo sabías -Angus se levantó-. Es una excusa que has tramado porque tienes miedo de dejarte llevar, Domenica. Quieres tener el control en todo momento, ¿o es qué te consideras demasiado buena para mí? -se detuvo un instante al verla rígida-. Pero créeme, querida, prefiero que mis encuentros con las mujeres sean satisfactorios para ambos y, si eres tan engreída, puedes irte a casa. -remató sin piedad.

Domenica se montó en el coche y condujo hasta la verja de salida, que estaba a un kilómetro de la casa. Estaba tan furiosa, que casi atropelló a una vaca y eso fue lo que la detuvo. No solo por el susto sino por ver una vaca. Miró alrededor y vio que había montones de ellas por todos lados. Era el sueño de su abuela.

Se acordó de que, el viernes, Angus le había dicho que tenía algo que enseñarle. El corazón le dio un vuelco. Dio la vuelta y se dirigió otra vez hacia la casa.

Él seguía sentado en el porche, pero estaba en el otro lado de la casa. Miraba sus posesiones con un aire muy serio mientras bebía un cerveza. Podía notar la tensión en su espalda.

-Tiendo a ser mandona. Puedo dar la impresión de ser engreída, pero ningún hombre me ha hecho sentir lo que tú y no sé cómo asimilarlo. Me... encantaría que tuvieras un poco de paciencia y que me enseñaras las mejoras que has hecho en Lidcombe Peace.

Él se quedó inmóvil durante un rato y ella empezó a sentirse descorazonada. Luego, Angus se levantó, se giró y dejó la cerveza sin decir nada. Tomó la mano de Domenica y la atrajo hacia sí susurrando su nombre como lo había hecho en la playa.

Capítulo 4

BUENO, es suficiente -dijo él un poco más tarde.

-Estoy de acuerdo -respondió ella, pero no hizo nada por soltarse del abrazo. En cambio, pasó la yema del dedo por la pequeña cicatriz-. ¿Cómo te la hiciste?

-Me caí de un caballo en un alambre de espinos.

-Tuviste suerte de no perder el ojo.

-Mmm..., hablando de ojos, los tuyos son los más impresionantes que he visto en mi vida y con el pelo suelto me recuerdas a una gitana con ojos azules.

-Vaya, primero una sirena y ahora una gitana -bromeó Domenica.

-Cualquiera de las dos es capaz de afectar mucho a mi equilibrio y no me permite soltarte.

Ella rio y se recostó contra él.

-No tengo el más mínimo interés en que me sueltes, incluso podrías volver a besarme, Angus Keir, y a lo mejor luego podríamos hacer otras cosas... -él la miró con los ojos un poco entrecerrados-. ¿0 sería una presión excesiva para los dos? -dijo Domenica irónicamente.

-Sería un verdadero placer.

Domenica sintió un auténtico arrebato de felicidad mientras él la estrechaba contra su cuerpo, la besaba en la boca y el cuello y le acariciaba diestramente los pezones por debajo de la ropa. No se sentía como una sirena o una gitana seductora, sentía una auténtica oleada de placer.

Ella correspondió ardientemente a los besos. Rodeó el cuello de Angus con sus brazos y permitió que él la tomara por la cintura y acariciara sus caderas por debajo de la camiseta, ella también acarició el pecho de Angus por debajo de la camisa, llevada por una sensación de extremo deleite.

Lo áspero y lo delicado, pensó al notar las mejillas sin afeitar mientras recorría con las manos los poderosos hombros de él. La irresistible tentación de un hombre que podía manejarla hasta hacerla sentirse en la gloria. La atracción del cuello bronceado bajo los labios, el roce de los pechos contra él y el brillo de pasión en los ojos grises de Angus mientras conseguía que ella arqueara el cuerpo para sentirse más cerca...

Sin embargo, cuando todo terminó, ¿cómo podía evitar sentirse temblorosa y desaliñada si apenas podía tenerse en pie?, ¿cómo podía evitar cierta sensación de frustración por haberse quedado a medio camino?

-Ya entiendo lo que quieres decir -consiguió murmurar

Domenica mientras se peinaba con la mano, se metía la camiseta por debajo del-vestido y se pasaba la lengua por los labios.

El tomó las manos de Domenica entre las suyas.

-¿Cómo dices?

Ella se encogió de hombros.

-Bueno, no lo dijiste tú, lo hice yo, pero fue algo irreflexivo.

El entrecerró los ojos.

-¿Lo de la presión?

-¿No...? -se detuvo un instante-. ¿No me has demostrado que jugaba con fuego?

-Si fuese así, no puede haber fuego sin una cerilla. Pero no nos pongamos técnicos -sonrió-. ¿Qué te parece si te enseño las vacas?

Domenica tardó un rato en ordenar sus pensamientos. ¿La habían avisado de que podía encender una llama que haría arder todo un bosque?

-Claro. Por cierto, casi atropello a una; no te preocupes, está bien.

Recorrieron toda la finca a pie y en coche. Él le contó todos sus planes y ella pudo contribuir con cosas que recordaba del pasado. Dónde había habido vallas, cuáles eran los pastos que solían inundarse, dónde estuvo una plantación experimental de su padre que se perdió por una helada y el punto exacto del riachuelo donde se cayó cuando tenía cuatro años.

-Me llevé un buena paliza -recordó con un gesto-. No sabía nadar y se llevaron el susto de su vida. Yo solo intentaba atrapar un pez y, aunque el riachuelo no es muy profundo, la corriente es fuerte y me arrastró hasta aquellas piedras. Acabé llena de barro y echando agua por la nariz.

Angus se rio.

-Eso debería de haber sido suficiente castigo.

-Yo no tenía permiso para acercarme sola al riachuelo.

Él arqueó las cejas.

-Así que eras una aventurera...

-Creo que era un verdadero diablo, aunque fui peor de adolescente. ¿Y tú?

-Me temo que muy parecido, si la cantidad de palizas es un indicador. Aunque recuerdo el día en que mi padre comprendió de repente que podría devolverle los golpes.

Estaban sentados en la cima de un promontorio desde el que se veía casi toda la finca.

-¿Lo querías? -preguntó bruscamente Domenica-. ¿Vive todavía?

-No y no.

-¿Ni siquiera ahora, con una visión retrospectiva?

-No. Intenté convencerme de que era así porque mi madre nos había abandonado, pero yo no podía hacer nada.

-No -dijo lentamente ella-. ¿Fue una infancia difícil?

Él se encogió de hombros.

-En realidad, hubo muchas cosas envidiables si te gustan ese tipo de cosas. Los espacios abiertos, la actividad física, los caballos, la lucha contra los elementos. Si mides tus logros en esos términos y tienes afinidad con el misticismo de la tierra adentro, puede ser arrebatador. Yo sentía todo eso, pero también sabía que necesitaba algo más.

Ella lo observaba fascinada por las imágenes que había evocado.

-Esta parte del país te parecerá poco impresionante en comparación.

Él la miró.

-Quizá, pero he levantado una empresa. Estas son las primeras hectáreas que me pertenecen y con las que puedo hacer lo que quiera -Domenica se sintió conmovida por esas palabras-. ¿Te quedarás esta noche? En tu habitación y tu cama...

Ella miraba las sombras de las nubes deslizándose sobre las praderas y los oscuros contornos de los pinos que habían plantado sus antepasados. Sabía que lo que más deseaba era pasar la noche allí, pero, ¿sería capaz de hacerlo de un forma platónica?

-¿Me reprocharías que me quedara en mi propia cama? -preguntó directamente.

-Domenica... -dijo su nombre como si lo acabase de conocer y le resultase intrigante-. No. Sería feliz con tu compañía. Además, te doy permiso para que me des un tortazo si se me ocurre hacer alguna tontería .

-Lo que me preocupa no eres tú, soy yo -dijo reflexivamente-. Y ni se te ocurra reírte de mí.

Pero lo hizo y ella también se rio. Se levantaron y volvieron a la casa.

-Eso se llama caminar con los dedos -dijo Domenica con cierta severidad.

Estaba sentados sobre una gruesa alfombra del salón. Tenían las espaldas apoyadas en un sofá y miraban a la chimenea que Angus había encendido. A su lado, tenían una cubitera con una botella de vino blanco. Ella sujetaba una copa entre los dedos, pero Angus no parecía muy interesado en el vino.

Él la rodeaba con un brazo y jugueteaba con los dedos en el cuello de ella. Eran unos leves movimientos, pero a ella le cortaban

la respiración.

-A estos dedos les encantaría recorrer todo tu cuerpo, pero se resignarán.

-Fantástico, porque la cena estará preparada enseguida.

-A sus órdenes. ¿Puedo hacer algo?

-Podrías poner la mesa -Domenica dejó la copa, se levantó y se rio al ver la expresión de Angus-. Si no voy, puede quemarse la comida.

-Entiendo -dijo él gravemente-. Yo llevaré el vino.

Domenica había preparado unos macarrones y una ensalada. Mientras comían le preguntó si no pensaba poner algo de sí mismo en la casa, porque veía que no había cambiado nada.

-Todas mis cosas están embaladas en el garaje -respondió él-. La señora Bush viene mañana para desembalarlas y para contratar a alguien de la zona.

-Entonces... ¿no te traes a la inapreciable señora Bush aquí? Por cierto, puedo darle algunos nombres.

-No. Pasaré bastante tiempo en la ciudad y la necesito allí. Además, no le gusta nada el campo.

-¿Dónde..., vives en la ciudad?

-En el puerto. En la costa norte. Tengo un ático con unas vistas preciosas.

-¡Qué maravilla!

-Lo es -la miró burlonamente-. ¿Y tu apartamento?

-Tiene un dormitorio y vistas a un parque -se detuvo y miró alrededor.

-Lidcombe Peace no ha caído en manos del enemigo, Domenica.

-No -se colocó el pelo detrás de las orejas-. Claro que no.

-¿Has notado de repente su pérdida?

-De repente, me ha parecido irreal y me he sentido desarraigada. Mi padre solía sentarse donde estás tú, y todos los domingos por la noche tomábamos macarrones.

Él la observó durante un buen rato, luego se levantó y se acercó para ayudarla a levantarse. La tomo de la mano y la llevó al salón. La sentó en una butaca, echó otro tronco al fuego y puso música.

-Sí, he desembalado los compactos -le sirvió lo que quedaba de vino-. Tú quédate cómoda, yo haré café.

La habitación se inundó con las notas de El sueño de una noche de verano de Mendelssohn. Cerró los ojos y suspiró de placer.

-Te gusta la música -dijo él mientras dejaba la bandeja en una mesilla.

-Sí, pero he comprobado que a ti también. El disco de música

africana es fabuloso. Hay algunas melodías que me rondan la cabeza constantemente.

Angus se rio y sirvió el café. Abrió una botella de coñac y echó un chorrito en cada taza. Domenica pareció sorprendida, pero aceptó la taza.

-¿Tengo el aspecto de necesitar estímulos?

-Tienes mejor aspecto, pareces menos preocupada.

Ella hizo una mueca y dio un sorbo.

-Me parece que has sido la fuerte durante mucho tiempo -indicó él-. Te viene bien relajarte.

-Quizá -ella reclinó la cabeza hacia atrás.

-¿Qué tal la empresa?

-En auge. He vendido el diseño de una ropa para aerobic a una cadena de tiendas deportivas. Dentro de una semana, empezamos la producción. He contratado más cortadores y maquinistas -se irguió repentinamente-. ¡Mañana tendré que irme al amanecer! Tengo una entrevista a las nueve.

-No pasa nada. yo voy a pasar la noche del viernes en la ciudad. Hay un concierto de Mozart en el Jardín Botánico. ¿Quieres venir?

-¿Vas a volver solo para eso? -preguntó Domenica bastante sorprendida.

-No. También tengo trabajo -Angus levantó una ceja.

-Me encantaría ir.

-Te recogeré. Empieza a las ocho, así que...

-Cenaremos a las seis -interrumpió ella-. Nos dará tiempo de sobra -bostezó y miró el café con sorna.

-Es hora de acostarse -dijo Angus mientras se levantaba-. ¿Quieres que te deje una camiseta?

Domenica se levantó y miró alrededor.

-No, gracias, usaré esto -le enseñó un precioso chal de pashmina que siempre llevaba con ella.

-¿Un pañuelo? -preguntó él burlonamente.

-No es un pañuelo. Es un chal de pashmina. Una de las prendas más bonitas y útiles de mi guardarropa -lo acarició y lo extendió.

-¿Qué es pashmina? -preguntó él.

-El cachemir más suave, fino y ligero. Esta está formada por un setenta por ciento de cachemir y un treinta por ciento de seda.

-Entiendo, pero sigo sin saber cómo lo vas a utilizar para dormir.

Se lo envolvió alrededor del cuerpo.

-Así -Angus no dijo nada, pero su mirada expresaba claramente que se la estaba imaginando sin nada debajo del chal-. Lo siento -dijo ella-. Eso también ha sido irreflexivo.

El siguió en silencio, pero era imposible no percibir la sensualidad que fluía entre ellos. El pelo oscuro de Angus, los rasgos

del rostro, la cicatriz en la ceja, la belleza del cuerpo tan bien proporcionado, el recuerdo de las manos acariciándola. Todo ello la hacía anhelar el contacto físico con él y la pasión que se transmitían el uno al otro.

También hizo que temiera que incluso sola en su dormitorio no pudiera aliviar esa necesidad.

Abrió las manos con un gesto de impotencia y el chal cayó al suelo.

Él no hizo caso, tenía los ojos clavados en los de Domenica,

-Podemos hacerlo, Domenica, siempre que no te arrepientas mañana por la mañana.

Ella se agachó a recoger el chal e hizo la única pregunta que le pasó por la cabeza.

-¿Cómo puedo saberlo?

Él sonrió, aunque los ojos no lo hicieron.

-Si no lo sabes, será mejor que esperemos hasta que lo tengas más claro. Buenas noches -él esperó, pero no obtuvo una respuesta. Ella tenía un gesto de desconcierto y desconsuelo-. Vete a la cama, no es el fin del mundo -dijo Angus con una sonrisa sincera.

El jueves por la tarde la llamó para decirle que no podría cenar con ella el viernes, pero que, si no le importaba, se encontrarían en el Jardín Botánico.

-Claro..., no importa... -dijo ella con la esperanza de que no se notara demasiado la decepción.

-Lo siento -dijo él-. Tengo que ir a Singapur el sábado por la mañana; ha surgido algo de repente y tengo citas hasta mañana a las siete.

-No te preocupes -dijo ella jovialmente-. ¿Te espero en la entrada del puerto?

-De acuerdo. A lo mejor podemos tomar algoo en tu apartamento después del concierto.

-Muy bien. Hasta mañana -colgó y se quedó pensativa.

El lunes había salido de Lidcombe Peace deprisa y corriendo. No había podido dormir hasta casi el amanecer y Angus tuvo que llamar varias veces a la puerta para despertarla. Se duchó y, cuando salió, comprobó que él había preparado el desayuno: huevos con beicon y tostadas y una taza de té bien cargado. También se quedó impresionada al verlo recién afeitado y con un aspecto tan animado. Ella, sin embargo, tenía ojeras, el pelo suelto, llevaba la misma ropa que el día anterior y no se había maquillado.

-Parece que por las mañanas no eres tú misma....

-Te equivocas -dijo ella melancólicamente-. Puedo estar tan bien

como cualquiera, pero no hoy.

-¿Por qué no comes algo? -sugirió él.

-Porque de solo pensar en el beicon y los huevos fritos me pongo enferma.

Él se rio y retiró el plato.

-Puedes probar la tostada y un poco de miel -dijo él mientras se disponía a comerse el desayuno de Domenica.

Ella lo miró atónita.

-¿Es tu segundo desayuno?

-Sí. Hoy tengo mucho trabajo y me espanta que se desperdicien las cosas..

-Me siento fatal. No solo eres brillante y divertido, sexy y guapo. No solo me has tenido despierta gran parte de la noche, sino que además eres capaz de tomarte dos desayunos para que no se desperdicie nada. ¡Es demasiado!

-Domenica... -dejó el cuchillo y el tenedor mientras seguía riéndose-, ¿qué prefieres?, ¿que tire tu desayuno a la basura o que te bese hasta que te sientas mejor?

Ella esbozó una sonrisa y se puso mantequilla en una tostada.

-Creo... que mejor te terminas mi desayuno, porque me tengo que ir dentro de cinco minutos.

Volvió a la realidad y miró a su alrededor. Había contestado el teléfono en el dormitorio. Tenía las paredes y la moqueta de un color rosa oscuro. El cabecero de la cama y las mesillas eran antiguas. Se las había traído de Lidcombe Peace, así como algunos de los cuadros que colgaban de la pared y el espejo de cuerpo entero que había en un rincón. Había libros por todas partes, porque una de sus aficiones favoritas era leer recostada en un montón de almohadones.

Se frotó los brazos. Como lo había hecho el lunes por la mañana, recordó. Él le había tomado las manos entre las suyas y le había dicho con ternura que condujese despacio. Cuando la soltó, le había dado un capullo de rosa Peace.

Había sentido un nudo en la garganta y solo pudo contener las lágrimas hasta que estuvo dentro del coche.

Al día siguiente, hizo una tarde perfecta. Se sentó en el muro del muelle y esperó a Angus. Todavía había luz, aunque eran las ocho menos cuarto. La luz tenía un tono azulado que suavizaba los contornos y refrescaba el ambiente después de un día caluroso.

Llevaba una falda negra, larga y recta y una camisa gris oscura

remangada hasta los codos. El pelo lo tenía suelto y se había pintado los labios de color escarlata. El negro y el gris resaltaban la palidez de la piel y el corte de la camisa y la falda realzaban la esbeltez de su figura.

Había gente alrededor que se dirigía hacia el concierto, pero a medida que pasaba el tiempo y él no llegaba empezó a sentirse sola. De repente, apareció y ella tragó saliva, no solo por el alivio, sino porque se detuvo a unos metros de distancia y se miraron durante unos instantes que le parecieron eternos. Se sintió cautivada por su mera presencia; llevaba unos pantalones marrones, camisa azul y una chaqueta príncipe de Gales. Sus sentidos sucumbieron ante su imponente estatura y fuerza y por la forma en que la miraban esos ojos grises.

Angus se acercó y alargó la mano para acariciarle las mejillas. Ella cerró los ojos, giró la cara para besarle la mano y recostó la cabeza sobre el pecho de él. Todo lo que se habían dicho resultaba insignificante ante la proximidad física y espiritual de ese momento.

Era una sensación que conservaban cuando salieron del concierto y se dirigían hacia el coche agarrados del brazo. Apenas hablaron durante el camino hasta el apartamento de ella y apenas habían entrado cuando se arrojaron el uno en brazos del otro. Empezaron con un beso profundo y anhelante para celebrar esa proximidad, pero todo fue cambiando sutilmente hasta convertirse en algo mucho más embriagador, vertiginoso y devastador. Pasó a ser una fiesta de los cuerpos. Angus desabrochó la camisa de Domenica y la dejó caer al suelo. Llevaba un sujetador de encaje negro que recogía los pechos en dos montículos sedosos y brillantes. El la acarició desde la cintura hasta los hombros y ella dejó caer la cabeza hacia atrás en un gesto que era una clara invitación a que la tocara de la forma que quisiera.

-¿Sabes dónde nos conduce esto? -dijo Angus sin apenas poder respirar.

Ella no contestó, le tomó de la mano y lo condujo al dormitorio.

El terminó de desnudarla y la tomó en brazos para dejarla en la cama. Cuando él se unió a ella, Domenica temblaba, no de frío, sino por la pasión que los había arrebatado. Por la fusión del uno en el otro, por la gloriosa maraña de cuerpos y miembros.

Él la calmó entre sus brazos, le relajó el cuerpo con las manos y la mente repitiendo su nombre y besándola leve y persistentemente. Entonces, volvió a prestar atención a las zonas más vulnerables del cuerpo de ella y solo insistió cuando ella le otorgó la misma atención a él y llegaron a un punto de deseo mutuo y creciente. Un

deseo que se convirtió en una sinfonía de dos cuerpos en la que ella gozaba de la fuerza, la delicadeza y las firmes líneas del cuerpo de Angus y del placer que le proporcionaba, por no hablar del que él le proporcionaba a ella. Placer que fue en aumento y la dejó sin respiración mientras un estremecimiento explotaba en su interior y la dejaba completamente a expensas de él.

Cenaron a las dos de la madrugada.

Angus estaba vestido, pero ella llevaba una bata de seda color vainilla sobre un camisón del mismo color. Tenía una expresión un poco desconcertada. Había preparado unas brochetas de pollo y una ensalada de atún, anchoas, tomate, huevo duro y aceitunas. Había abierto una botella de vino tinto y pensó que nunca había necesitado tanto beber como entonces. ¿Qué podía decir?, ¿cómo podría asimilar las consecuencias de haber hecho el amor tan apasionadamente, que tal vez ya no volviera a ser la misma? Estaba preocupada y notó que el silencio era abrumador.

-¿Puedo? -dijo él de repente.

Ella lo miró con cautela.

Angus se levantó, recogió los platos y los llevó a la mesa baja que había delante del sofá. Volvió, la tomó en brazos y la dejó en el sofá. Tomó las copas de vino y se sentó, poniéndola sobre su regazo.

Ella suspiró y se sintió protegida entre los brazos de Angus.

-A veces es difícil volver a la realidad sin tener la sensación de estar cayendo por un precipicio -dijo él con un hilo de voz mientras le acariciaba el cabello-. Sobre todo cuando ha sido tan perfecto.

Ella cerró los ojos con alivio.

-Así me siento, como si estuviera cayendo en el vacío -él le pellizcó la barbilla y la besó en los labios. Ella lo miraba a los ojos y recorría el rostro de Angus con los dedos-. También me preguntaba qué haré mientras tú no estés.

Él besó los dedos de Domenica.

-Solo serán tres días.

-Podría resultarme una eternidad.

-Podría -reconoció Angus con seriedad-. ¿Por qué no vienes conmigo?

Domenica se sentó y le acercó la copa a Angus.

-Entre otras cosas porque no tengo reserva...

-Estoy seguro de que eso se puede arreglar.

Ella lo miró de reojo.

-No lo sé, pero te creo. No puedo dejar el trabajo.

-De los tres días, solo uno es laborable.

-No para mí, por desgracia. Tengo que trabajar el fin de semana,

pero -dio un sorbo de vino- el verdadero motivo es que no tengo la energía, la moral, el carácter, la presencia de ánimo o lo que sea para ir a ninguna parte y menos a Singapur.

Él se rio ligeramente.

-Créeme, yo voy a tener que hacer un enorme esfuerzo para irme.

Ella dio otro sorbo de vino.

-¿Sabías que iba a ocurrir esto esta noche? -dijo Domenica.

-No, ¿y tú?

-No -dijo ella lentamente-. Aunque he pasado toda la semana pensando en ello. ¿Qué significa?

-Que a lo mejor nos estamos enamorando.

Domenica se estremeció y se volvió para mirarlo.

-Sí..., ya..., pero...

-¿Tal vez no sea buena idea precipitarse...? -ella pudo notar que los ojos de Angus se estrechaban y que una sombra que no pudo reconocer los oscurecía-. Creo que es muy sensato, señorita Harris. Muy prudente y típico de Domenica -dijo con un tono algo más irónico.

Ella no dijo nada y esbozó una media sonrisa.

-Lo que demuestra que no conoces a Domenica tan bien como crees.

-¿En qué aspecto?

-Bueno..., esta Domenica tiene una parte de ella que le dice que, si tuviera el más mínimo sentido común... -se detuvo y puso una expresión de severidad- agarraría las riendas con fuerza y lo arrastraría al altar más cercano, señor Keir.

Se hizo un silencio sepulcral, hasta que él empezó a reírse entre dientes.

-Hay una parte de este hombre que te querrá siempre por haber dicho eso -respondió al fin.

Domenica notó que la tensión se había disipado y pudieron pasar un rato delicioso hablando y riendo.

-Tengo que marcharme -dijo él mirando el reloj-. Y tú tendrías que irte a la cama -se levantó, ayudó a Domenica a hacer lo mismo y la abrazó.

-Mmm, lo haré -murmuró mientras lo besaba en la comisura de los labios-. Vaya con cuidado, señor Keir.

-Usted también, señorita Harris -le acarició el cabello y todo el cuerpo. Se apartaron los dos de golpe y se sonrieron con cierta tristeza-. No creas que me resulta fácil.

-Intento no pensar -tenía los brazos colgando a lo largo del cuerpo y los puños cerrados-. Pero sería una buena idea que no me tocaras.

-Tengo que hacerlo -la tomó de las manos y abrió los puños-. Volveré pronto, Domenica. Nada podría retenerme.

Esta vez se fue.

Domenica se acostó y se quedó dormida al instante. No se despertó hasta las diez y lo hizo porque alguien llamaba a la puerta. Era el repartidor de una floristería con un ramo de rosas enorme sin tarjeta. Lo más impresionante era el color de las flores, que coincidía exactamente con el de su dormitorio.

¿Una coincidencia?, pensó mientras las metía en un florero, ¿o una elección premeditada para celebrar lo ocurrido?

«Creo que sí», dijo en voz alta, «también creo que nunca había sido tan feliz. Has podido hacer una mujer distinta de mí, Angus Keir».

Se duchó y se fue a trabajar, sin la más mínima sospecha de que un simple capullo de rosa le haría un daño que no olvidaría.

Durante las semanas siguientes, pasaron juntos todo el tiempo libre que tuvieron. Ella descubrió muchas pequeñas cosas de Angus. Lo que más la fascinó fue conocer cosas de su pasado. Como que estaba licenciado en Económicas, a pesar de lo poco que había ido al colegio. Como que, a pesar de sus millones, no podía soportar que se desperdiciara nada de comida y que era capaz de arreglar cualquier cosa.

-Has conseguido aprender muchas cosas -dijo ella un domingo por la mañana. Habían dormido en el apartamento de ella y estaban desayunando mientras leían los periódicos. Se le ocurrió el comentario al ver la velocidad con la que leía.

Él la miró. Llevaba pantalones cortos sin camisa.

-Sí. Tuve suerte, mi padre leía mucho, era su único capricho. Pedía montones de libros de todo tipo. Era muy culto y tenía mucha curiosidad.

-Que te transmitió a ti. Observo.

-Ajá.

-¿Y la música?

-Eso no viene de mi padre, así que será de mi madre. Sin embargo, el dueño de la finca era muy aficionado a la música y también... -se detuvo un instante- bueno, mi padre y él solían comentar cuál sería la mejor forma de educarme. Incluso se ofreció para mandarme a un colegio. Un cumpleaños me regaló una enciclopedia completa de segunda mano. De modo que no solo me he hecho a mí mismo, sino que también me he formado a mí

mismo.

Domenica lo miraba y se podía imaginar a un niño hambriento de conocimientos y que leía todo lo que caía en sus manos.

-Y muy bien... -comentó ella.

-Eso no lo sé, pero sí sé que en este momento me siento muy dijo él, apartando el periódico y mirándola.

Domenica solo llevaba un camisón de seda. Él extendió las manos. Ella se sentó con él en el sofá y de repente se dio cuenta de que ya no llevaba nada encima.

-Necesitado, esa era la palabra que estaba buscando, muy necesitado, señorita Domenica Harris -dijo él con aire de sátiro.

-No han pasado ni seis horas -señaló ella.

-¿Insinúas que es demasiado pronto para ti? -preguntó mientras le acariciaba las piernas.

-Podría ser. Me temo que soy del tipo «una vez por noche», o al menos una vez cada cierto tiempo, pero si es una necesidad, me encantaría...

-¿Satisfacerla?

Domenica notó que los ojos de Angus brillaban como ascuas e hizo una mueca.

-Me da la sensación de que me voy a tener que tragarme mis palabras.

-No tengo ni idea -replicó él mientras le acariciaba los pechos. .

-Sí la tienes, Angus Keir. Aunque solo sea por que además de haberte formado muy bien, no eres capaz de resistirte a un desafío.

-¡Ah! -hizo un gesto de ponerse pensativo-. Podrías tener razón.

Pasó a demostrar que la tenía.

Sin apenas poder respirar por el deseo que sentía entre los brazos de él, Domenica le preguntó cómo lo había conseguido.

-Es parte de mi formación -contestó el muy serio.

-¿También has... leído sobre esta habilidad?

-Eso es un secreto, señorita.

Una noche, Angus fue al apartamento de Domenica a cenar. También había invitado a Natalie y a su novio. Al entrar vio que estaba muy nerviosa.

-¿Qué ocurre? -preguntó Angus nada más entrar.

-Se me ha estropeado el triturador de desperdicios -contestó ella con desesperación-. El fregadero está desbordado y no puedo preparar una cena sin fregadero. Nadie sabe si tengo que llamar a un fontanero o a un electricista y, además, no puedo conseguir a ninguno de los dos hasta mañana.

-Domenica, tranquilízate -dijo él entre risas.

Ella se miró. Seguía con la misma ropa que había llevado a trabajar, pero llevaba la camisa fuera del pantalón, tenía el pelo hecho una maraña e iba descalza.

-Estoy desesperada. Me siento una inútil.

El la rodeó con los brazos.

-Y yo que pensaba que no había nada que te pudiese hacer perder la compostura...

Domenica se apartó inquieta y un poco congestionada.

-Es lo último que necesitaba que me recordasen, Angus -dijo ella con cierta amargura.

-De acuerdo -murmuró-. ¿Si lo arreglo me recompensarás de alguna forma?

-¿Qué... tipo de recompensa? Además, no sabes si lo podrás arreglar.

-Estoy dispuesto a apostar.

Ella dudó. Lo miró con el ceño fruncido y aire calculador.

-Vamos, que no debería jugarme la vida...

-Eso demuestra mucha perspicacia -dijo él entre risas.

-De acuerdo -fingió meditar-. ¿Qué te parece...? Bueno, prefiero sorprenderte. Se hace tarde.

-Y yo tendré que conformarme, claro -dijo él sombríamente.

-Mmm, a lo mejor... te entretiene mientras trabajas -Domenica se puso de puntillas y le dio un beso.

-Lo consideraré un anticipo.

La abrazó y le recomendó que se diese un ducha y se cambiase.

Diez minutos más tarde, le llevó una copa de champán y le contó que ya estaba arreglado.

Esa noche, cuando Natalie y su novio ya se habían ido, le dio la recompensa. Le demostró lo que se podía hacer con un chal de pashmina.

Después, mientras yacían somnolientos, a Domenica se le ocurrió comentar que había arreglado el triturador por casualidad.

-No lo creas -contestó él.

Durante las semanas siguientes, Angus arregló la secadora, el contestador y el vídeo.

-¡Es maravilloso!, necesito un hombre así en mi vida -le comentó.

-Estoy de acuerdo -parecía muy divertido-. Desde luego no he conocido a nadie que entienda menos de mecánica o electrónica.

-Tú concéntrate en las cosas que hago bien.

Iban de camino a una fiesta, pero nunca llegaron. Él dio la vuelta y fueron a su ático.

Capítulo 5

DOMENICA, hoy es tu cumpleaños, ¿no? -dijo Natalie.

Habían pasado tres meses desde que Domenica y Angus se habían acostado por primera vez.

-Ajá, veintiséis años -Domenica levantó la mirada del ordenador y miró con recelo a su amiga y socia-. ¿Me estoy volviendo loca?, ¿o no me has regalado tú estos maravillosos guantes esta mañana por mi cumpleaños?

-Sí, claro, pero, por cierto -Natalie, que estaba mirando por la ventana, se giró y miró a su amiga a los ojos-. ¿Sabes algo de Angus?

-No, pero lo sabré, vuelve de Malaisia esta mañana.

-Claro. Por cierto, ¿no se te había estropeado el coche?

Domenica asintió con la cabeza con una expresión sombría.

-Sí y esta vez es una avería grave. Debería comprarme uno nuevo... Esperaré hasta que me den un presupuesto de la reparación.

-No creo que tengas que preocuparte -indicó Natalie.

Domenica se alarmó.

-¿Qué quieres decir? -dijo Domenica lentamente.

-Salvo que haya otra persona en el edificio que celebre su cumpleaños, me parece que el problema del coche se ha resuelto.

Domenica se levantó y se acercó a la ventana.

-Sigo sin entender lo que quieres decir... -se le cortó la respiración.

En la calle, justo debajo de las ventanas del estudio, había un flamante coche plateado envuelto con un lazo rosa y con globos dorados con la forma de corazones y las palabras «Feliz Cumpleaños».

-No me lo puedo creer. Él no me lo compraría -murmuró-. Debe de haber otro...

-Lo dudo. Yo sí lo creo -dijo Natalie mientras la abrazaba-. Lo tienes en el bote y no me extraña. Además, creo que es mutuo.

Domenica miraba el coche con espanto.

-No puede hacer algo así. No regalas coches a la gente, a no ser que seas... ¡no regalas coches y punto!

-Escucha un segundo. Hay cientos de mujeres ahí fuera, entre las que me incluyo, que matarían porque una vez en sus vidas alguien tuviese un gesto así. He visto cómo flotabas estos meses pasados, he visto que, cuando colgabas el teléfono después de hablar con él, tenías la cabeza en otro mundo, os he visto juntos, no lo tires por la borda. Él es dinamita pura y tú también, y esta es su forma de demostrártelo. Además, el coche te viene de perlas. ¡Y no es que él

no pueda permitírselo! Te echaré una mano para desenvolverlo antes de que se organice un caos de tráfico.

-Espera, lo comprobaré antes -Domenica hizo una llamada, pero colgó contrariada al enterarse de que Angus no había llegado todavía a la oficina.

Sin embargo, en ese momento, un mensajero llamó a la puerta y entregó a Domenica una cajita con unas llaves que colgaban de un llavero de oro con las letras D H.

-Fin de mi alegato -dijo Natalie mientras lo miraba.

-Preferiría que no hubieses dicho eso -Natalie arqueó las cejas-. Angus me dijo lo mismo una vez

-Natalie seguía sin entender nada-. Da igual. ¿Cuántas personas hay?

-Unas cincuenta. Se lo están pasando de miedo. También hay algunos coches parados.

-Nat, no irías tú. Yo...

-Acaba de llegar una agente de tráfico, bueno, dos, para ser más exactos. Domenica juró entre dientes.

-¡De acuerdo!, iré yo.

Esa noche, la madre de Domenica daba una fiesta para celebrar el cumpleaños de su hija. La casa de Rose Bay no se había vendido todavía, pero tenía nía bastantes pretendientes y Barbara le había pedido a Domenica que le dejase dar la última fiesta por todo lo alto.

Domenica aceptó. No porque le gustasen las grandes fiestas, sino porque su madre se merecía una despedida de la casa en la que había vivido durante tanto tiempo. Lo hizo con la condición de que contratasen a una empresa de comidas a domicilio para que sirviera la cena a las treinta personas que estaban invitadas.

Cuando Domenica llegó a su apartamento después del trabajo, se encontró con un mensaje en el contestador de la secretaria de Angus. Le decía que no podría recogerla como habían quedado y que se verían directamente en Rose Bay. Domenica se sentó en la cama contrariada. Estaba acostumbrada a que la secretaria de Angus le dejase mensajes en el contestador cada vez que él se «retrasaba inevitablemente», pero hasta esa vez no le había dado importancia.

Le indignaba que no pudiese llamar él. Quería devolverle el coche y explicarle por qué lo hacía antes de ir a la fiesta. Llegó a pensar que se había inventado ese retraso inevitable para que no lo hiciera. Apretó los dientes, pero el tiempo corría y tenía que vestirse. ¡Tomaré un taxi!

Media hora después, una vez duchada, vestida, peinada y perfumada, se miró en el espejo y quedó satisfecha.

Llevaba un traje de dos piezas de color albaricoque. Era muy elegante y lo complementaban un collar de oro con un rubí y unas sandalias de tacón alto de color bronce. El cabello, en vez de llevarlo suelto como hacía últimamente, lo llevaba recogido en un moño. Tenía un aspecto magnífico y parecía algo mayor, que era exactamente lo que pretendía. Nada de sirenas ni gitanas esta noche, Angus Keir. ¡Prepárate!

Si embargo, un repentino chaparrón le hizo replantearse la decisión de tomar un taxi. La lluvia complicaba mucho poder tomar taxis, sobre todo un viernes por la noche. Lo intentó, pero la compañía de taxis le dijo que tardaría, por lo menos, media hora.

Suspiró porque no le quedaba más remedio que hacer uso del regalo de cumpleaños. Agarró el llavero, el bolso, el chal de pashmina y salió.

Le resultaba difícil conducir bajo una lluvia tan intensa como esa y especialmente cuando estaba preocupada. ¿Cómo era posible que, después de tres meses de felicidad con Angus, se sintiera como si se dirigiese contra un muro de ladrillos? Natalie tenía razón, había sido feliz. No había intentado ocultarlo ni a su familia ni a sus amigos.

Habían ido juntos a las carreras, a conciertos, a restaurantes y a todo tipo de acontecimientos sociales. Los habían fotografiado varias veces: en una exposición, en un yate y en una recaudación de fondos para niños discapacitados. Incluso se rieron de un pie de foto que decía: «¿Es esta la chica de la alta sociedad del Angus Keir hecho a sí mismo?». Lo que tampoco habían evitado era que la pasión entre ellos creciera todos los días.

Tanto Barbara como Christabel estaba encantadas por ella. Aunque su madre empezaba a apremiarla con preguntas sobre la boda. A lo que ella siempre contestaba con una risotada.

Cuando llegó a Rose Bay, sintió una punzada en el estómago al comprobar que el coche de Angus ya estaba aparcado. No había sitio en el camino de entrada, de forma que tuvo que dejar el coche algo más lejos y taparse la cabeza y todo lo que pudo de cuerpo con el chal. Cuando llegó a la puerta, esta estaba a punto de cerrarse tras su madre y Angus, pero consiguió abrirla y aparecer sin aliento y empapada.

Su madre la besó cariñosamente y le deseó un feliz cumpleaños, pero Angus se quedó mirándola durante un buen rato.

-Pareces una princesa india, misteriosa y exquisita. Feliz

cumpleaños, cariño -dijo al fin.

-Gracias -se quitó el chal con manos temblorosas-. Y muchas gracias por acordarte, pero no puedo aceptar el coche -le alargó el llavero de oro.

El tuvo que aceptarlo al llegar Christabel y abrazarla. Las felicitaciones se sucedieron mientras entraban en el salón y las copas de champán se elevaban brindando por ella. Angus, sencillamente, se guardó las llaves en un bolsillo.

Se quedó charlando con Christabel mientras todo el mundo, sobre todo viejos amigos de la familia, se acercaban a ella. Sin embargo, cuando todo se calmó, Angus y Domenica estuvieron jugando al ratón y al gato durante toda la velada.

-Me da la sensación de que te he ofendido, Domenica -dijo Angus en voz alta aprovechando un momento en el que coincidieron en el buffet.

Ella se encogió de hombros mientras se servía un poco de arroz con gambas.

-Me habría hecho más feliz un ramo de flores, Angus.

-Pero te habría dado menos movilidad -replicó él secamente.

Ella le clavó una orgullosa y gélida mirada azul.

-Eso es asunto mío -dijo mientras se marchaba.

Volvieron a encontrarse a los postres. Era imposible evitarlo sin despertar comentarios y sin preocupar a su madre. Sobre todo en esa noche en la que Barbara quería brindar no solo por el cumpleaños de Domenica, sino por lo que sus hijas la habían ayudado después del fallecimiento de su marido.

Domenica hizo sitio para Angus en una pequeña mesa redonda y lo recibió con una sonrisa. Incluso llevó una animada conversación con él y otra pareja que estaba en la misma mesa. Hasta que ambos se levantaron para ponerse un poco más de postre.

-Podría haberte regalado diamantes o perlas, ¿cuál habría sido la diferencia? -la miró con un brillo de ironía en los ojos.

-Ninguna. También te los habría devuelto.

-¿Qué puedo regalarte?

-Flores, ya te lo he dicho, libros, música... Quizá una figura de elefante, ya que los colecciono. No me habría importado un cuadro de un elefante, o...

-¿Es una lección de buen gusto para el hombre hecho a sí mismo de la chica de la alta sociedad? -interrumpió él como un tigre recién despertado por una posible presa.

-No, Angus -contestó ella tranquilamente, aunque se arrepentía de algunas cosas-. Es una lección de cómo no hacer que una mujer se sienta una mantenida. Eso es todo.

-Entonces, comprar un coche a una esposa o una amante está

bien, ¿no? Pero no está bien ayudar a que la persona que quieres resuelva un problema de la forma más práctica. Ni siquiera envolviéndolo para regalo.

Domenica cerró los ojos un momento.

-Estaba precioso... -se detuvo impotente-. Es un detalle maravilloso..., pero también representa cerca de treinta mil dólares. ¿No lo entiendes?

-Se acerca tu madre -dijo Angus mientras se levantaba-. ¿Quieres más postre, Domenica? Por favor, señora Harris, siéntese en mi silla. ¿Quiere algo de postre? Le felicito por la maravillosa fiesta de cumpleaños que ha organizado para Domenica.

Barbara se sentó junto a su hija.

-Es encantador -dijo la madre entusiasmada-. Estáis hechos el uno para el otro. Tengo que reconocer que había pensado que a lo mejor te regalaba un anillo de compromiso por tu cumpleaños.

Fue como un golpe que hizo que lo viese todo claro. En el fondo, ella también esperaba que le hubiese regalado un anillo de compromiso para celebrar su cumpleaños y su amor.

-Mamá, solo llevamos tres meses.

-Ya lo sé... -Barbara extendió las manos como si fuese a darle una lección sobre el asunto, pero de repente cambió de idea-. Pero te habrá regalado algo. No me tengas en ascuas, hija.

-Yo..., bueno, él... me ha regalado un coche nuevo -dijo Domenica con resignación-. Me lo ha mandado a la oficina envuelto con una cinta rosa y globos dorados. Yo... -no pudo continuar.

Barbara parpadeó unas cuantas veces.

-¡No es posible! -dijo por fin.

-Te lo aseguro, pero yo...

-¡Es maravilloso! Es exactamente lo que necesitas y qué romántico envolverlo con un lazo rosa y globos dorados. Tienes mucha suerte, hija.

Angus estaba situado justo detrás de Barbara sin que ella se hubiese dado cuenta. De modo que pudo oírlo todo y también pudo comprobar el gesto de contrariedad de Domenica al comprobar que su madre no la apoyaba.

Al parecer Domenica tampoco se había dado cuenta de su presencia.

-Pero es tal cantidad de dinero...

-Todo es relativo, querida. Él tiene una cantidad enorme de dinero. ¿Qué esperabas?, ¿un ramo de flores? Me extrañaría que hubiese hecho eso cuando está locamente enamorado.

-Natalie y tú tenéis las mismas ideas -en ese momento levantó la cabeza y se encontró con Angus.

Él no dijo ni hizo nada, pero podría haber gritado: «Doy por

terminado mi alegato», pensó Domenica mientras se encontraba con la mirada de él.

Hasta medianoche, ella siguió haciendo su papel de hija servicial y atenta. También recibió una sorpresa. Christabel le presentó a un joven con el pelo rizado y una sonrisa tímida. Un joven que no podía despegar los ojos de su hermana pequeña, quien se había puesto un vestido mucho más sugerente de lo que era costumbre en ella.

Sin embargo, a las doce menos cuarto, antes de que Domenica pudiera descubrir algo más, se sirvió el champán y el café, se apagó la luz y apareció una tarta de cumpleaños con veintiséis velas. Todo el mundo volvió a cantar y ella sopló las velas y Angus, que estaba a su lado, se dispuso a proponer un brindis.

-Me gustaría brindar por Domenica, quien alegra la vida de casi todos -dijo dirigiéndose a los presentes-. Pero sobre todo la mía -añadió mirándola a los ojos.

-¡Bravo!, ¡bravo! -todo el mundo gritaba con el tono que se dedica a las parejas de enamorados.

-Estás dando algo por supuesto, ¿no te parece? -dijo Domenica indignada mientras volvían en el coche de Angus.

-¿Querías quedarte? -pregunto él con manifiesta ironía-. Todo el mundo se estaba yendo.

Ella no lo miraba. Todo el mundo se estaba yendo, era verdad, y él había conseguido que Christabel guardara el coche nuevo en el garaje.

-No me refería a eso -dijo ella.

-Será mejor que me digas a qué te refieres.

-No estés tan seguro de que quiero alegrarte la vida en este momento, Angus -afirmó ella tajantemente-. ¿Dónde vamos?

-A mi casa. Las paredes son más gruesas, por si tienes la intención de tener la primera discusión.

Ella apretó los dientes. Estuvo tentada de gritar e insultarlo por ni siquiera intentar entenderla. En ese momento, Angus sacó algo del bolsillo y lo arrojó sobre el regazo de Domenica.

-Quería darte esto en privado -dijo él con frialdad.

Abrió la caja que iba envuelta con una cinta dorada y apareció un pequeño broche de oro de un elefante con los ojos de zafiro. Lo miró en la palma de la mano y luego giró la cabeza hacia la ventanilla para que no le viera las lágrimas que caían por sus mejillas. Recorrieron en silencio la corta distancia que quedaba hasta casa de Angus.

Ya conocía perfectamente el ático de Angus. Era como su segunda casa. Estaba muy bien decorado y tenía mucho espacio. La habitación que utilizaban más, aparte el dormitorio, era el estudio. Tenía las paréeles verdes y unos sofás de cuero del mismo color. Ahí jugaban al ajedrez y escuchaban música. También comían a veces con unas bandejas, veían la televisión o leían. 0 hacían el amor.

Ahí fue donde la llevó después del silencioso viaje de vuelta; donde él se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una butaca y le preguntó a Domenica si quería algo.

-No, gracias -estaba nerviosa al ver que se quitaba la corbata y la dejaba en el respaldo de la misma butaca donde había dejado la chaqueta-. Me imagino que te sentirás ofendido -añadió-, yo me encuentro fatal, sobre todo después de esto -levantó la cajita con elefante-, pero no quiero el coche, Angus, me parece que no está bien.

-Nadie piensa como tú.

-Solo me incumbe a mí -dijo ella cerrando los ojos-. ¿Cómo podría hacer que lo entendieras? No quiero tener que agradecerte nada que no seas tú y la felicidad que compartimos -lo miró a los ojos.

No había más de un par de metros entre ellos, pero parecían kilómetros. Domenica lo notaba en la rigidez del gesto de Angus.

-¿No crees que para mí significa algo que tú te preocupes porque no puedes comprarte un coche?

-No me preocupa tanto... De acuerdo, es un gasto considerable que no me viene bien en este momento, pero tengo algunas ideas. No estoy en la indigencia.

-¿Eso es lo que te hago sentir?

Domenica suspiró y se sentó.

-Solo me siento...

-Agradecida -sugirió él y se sentó a su lado-. ¿Qué te parecería que te vendiera el coche a plazos? Podrías deducir parte del precio porque son gastos de la empresa, ya que lo utilizas como vehículo de reparto.

Domenica abrió los ojos de par en par.

-¿Lo harías?

-Me temo que tendré que hacerlo.

-Yo me sentiría mucho mejor. Era una posibilidad que había pensado, comprar un coche a plazos para la empresa... Pero siento mucho haber herido tus sentimientos.

El no dijo nada durante un buen rato.

-Hay una forma de remediarlo -dijo por fin con un gesto torcido.

-Dímela, por favor -lo miró inocentemente.

Él entrecerró los ojos, se levantó, bajó la luz y puso un disco. Al volver, extendió la mano hacia ella.

-¿Me concede este baile?

Ella se levantó y se arrojó a los brazos de Angus.

-He pasado toda la noche preguntándome si tu madre no habría organizado un baile.

-Y yo agradeciéndole que no lo hiciera. Angus la miró divertido.

-¿Por qué?

-Porque me resulta imposible mantener la apariencia de enfado si bailo con usted, señor Keir.

-Entiendo -Angus pasó los dedos por el pelo de Domenica y le quitó las horquillas-. ¿Quieres decir que si llego a aguantar hasta este momento habrías aceptado el coche?

-No, pero me habría costado mucho más.

-¿Qué me dices de este momento? -Angus deslizó las manos por la espalda de Domenica buscando la cremallera-. Esta noche he pensado que este traje tiene dos piezas y que a lo mejor no llevabas nada debajo de la parte superior -bajo la cremallera y la dejó caer-. Tenía razón.

-Me parece que ese tipo de pensamientos no son los más apropiados para el salón de mi madre -dijo ella mientras se tapaba los pechos con las manos.

-Tengo ese tipo de pensamientos mañana, tarde y noche, Domenica. Los tengo estés presente o no. ¿Habrías sido capaz de decir que no en estas circunstancias?

Angus pasó las manos por la cintura de Domenica y bailaron, pero tenía la mirada fija en el movimiento de los pechos.

Domenica se fue tranquilizando, aunque bailar medio desnuda con Angus le cortaba la respiración y la abrumaba con una cascada de sensaciones. Sin embargo, también era un desafío.

-Sí, lo habría hecho -susurró con voz ronca y con la cabeza inclinada hacia atrás para que pudiera mirarla a los ojos-. Pero habría sido más difícil todavía. Ahora puedo decirte que siempre había soñado con bailar así contigo. Se me ocurrió la primera vez que bailamos -le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

-¿Cómo ha ocurrido esto?

La pregunta la hizo Angus, que estaba tumbado al lado de Domenica en una cama enorme con sabanas de rayas.

El sol entraba en la habitación y se reflejaba en la lámpara de plata. La cama estaba sobre una tarima rodeada de una suavísima moqueta y las ventanas estaban cubiertas por cortinas de seda a rayas grises y blancas.

Domenica se había quedado muda por la sorpresa cuando vio el dormitorio por primera vez y Angus, entre risas, había asegurado no tener nada que ver con la decoración. Según él, ya estaba así cuando compró el piso. Era como una suite real, contestó ella y añadió que nunca había dormido en una cama sobre una tarima que parecía preparada para un princesa. Angus dijo que a él no le importaba dormir en el suelo, pero que se alegraba de que ese detalle la hiciese sentirse como una princesa.

Esa fue la primera vez que se le ocurrió a Domenica pensar en las otras mujeres que habría habido en la vida de Angus y en lo poco que conocía de su vida.

-¿Cómo ha ocurrido? Si te refieres a que nos hallamos despertado al alba después de acostarnos tardísimo, puede ser porque nos olvidamos de cerrar las cortinas absortos como estábamos en otras cosas -opinó ella con mucha seriedad.

Angus la miró. El flequillo le tapaba los ojos y una sombra empezaba a cubrirle la mandíbula. Apartó la sábanaa y recorrió los pechos de ella con los dedos.

-Lo que quería decir, señorita Harris, era que cómo habíamos conseguido llegar a esta situación cuando habíamos llegado aquí de un humor completamente distinto.

-¡Ah! -Domenica frunció la nariz-. Tú, muy inteligentemente, te rendiste a mis argumentos, ¿es eso posible?

-No sé si fui inteligente -los dedos jugaban con los pezones de Domenica-, pero tengo que reconocer que me rendí ante algo.

-Si... sigues haciendo eso, seré yo la que se rinda -dijo con un hilo de voz-. ¿Puedo proponer algo?

-Con una condición. Que no implique abandonar esta cama en un futuro inmediato -dijo Angus mientras sus dedos descendían por el resto del cuerpo.

-Ni mucho menos -ella se movió inquieta y jadeó.

-¿Qué ibas a decir?

-Angus... no tengo ni idea -reconoció ella-, pero no pienses que quiero terminar con esta situación -se puso a horcajadas sobre él.

Domenica pudo notar la risa silenciosa de Angus.

-De acuerdo, señorita Harris, ya me tiene donde quería. ¿Qué se propone hacer conmigo? -Angus tenía las manos en las caderas de ella.

-Mantenerte en vilo -contestó ella misteriosamente.

-¿Vas a volver a poner a prueba mi voluntad?

-Es posible... Me gusta estar aquí. Me da sensación de poder. Aunque tengo que reconocer que me siento una esclava de la perfección de tu cuerpo, pero esta posición me da la libertad -de... expresarlo -se movió sobre él voluptuosa y sensualmente, y tuvo la

satisfacción de oírle gemir ligeramente-. ¿Ves lo que quiero decir?

-Sí, demasiado bien -tenía la expresión sombría-. Sin embargo, quiero señalar, señorita Harris, que no puedo aguantar mucho esto.

-Es una pena -dijo ella con un tono jocoso mientras lo besaba por todas partes. De repente, se detuvo-. Te digo lo mismo, Angus, yo tampoco puedo aguantarlo mucho -Domenica se encogió de hombros y Angus la apretó contra sí-. ¿Por qué nos hacemos esto el uno al otro?

Él no respondió hasta que descendieron de la cumbre de placer que alcanzaron juntos, hasta que ella estuvo entre sus brazos, inmóvil y jadeante. Entonces le acarició el pelo.

-Simplemente lo hacemos, Domenica. Sobre lo de anoche...

Ella le tapó los labios con un dedo.

-Es lo que iba a decir. Cerremos el capítulo del coche y todo lo demás.

Notó que Angus dudaba.

-¿Vamos a nadar un poco? Luego, podemos pasar la noche en Lidcombe Peace -dijo él por fin.

Domenica se tranquilizó.

-Es una idea magnífica.

Se dieron un baño en la playa, tomaron perritos calientes y refrescos de cola y llegaron a Lidcombe Peace a media tarde.

Se podía decir que Domenica había tomado posesión de esa casa, aunque solo fuera para continuar con lo que había dejado su familia. Había vuelto a contratar a la pareja que cuidó de la casa y el jardín durante años; decidía lo que había que plantar y las cosas que faltaban; decoró un dormitorio sobrante para Angus y ella y tenía su armario con ropa en Lidcombe Peace.

Puesto que Angus estaba fuera con mucha frecuencia, habían arreglado una casa que estaba alejada de la casa principal para que se instalara un capataz, un hombre cojo de unos sesenta años, que supervisara el ganado y otros aspectos de la finca.

Había momentos en los que Domenica se sentía un poco culpable por poder disfrutar de Lidcombe Peace mientras su madre y Christabel no lo hacían. A ellas no parecía importarles mucho, pero esa nóche, mientras estaba sentada frente al fuego con Angus, pensó que no veía a Christabel con la frecuencia que solía hacerlo y que quizá el motivo era ese joven que le había presentado la noche anterior. Se propuso enmendar la situación en cuanto fuese posible.

Al acordarse de Christabel, sus pensamientos se dirigieron hacia la fiesta de la noche anterior. En efecto, había ganado la batalla del coche, pero no podía olvidarse de que lo que realmente quería era

un anillo de compromiso.

Miró a Angus. Estaba tumbado en un sofá leyendo el periódico. Ella estaba en una butaca con las piernas recogidas y la barbilla sobre las rodillas. Se había puesto el pijama de cuadros escoceses.

-Háblame de las otras mujeres de tu vida, Angus.

Él bajó el periódico y la miró con el ceño fruncido.

-¿Por qué?, ¿a qué viene eso?

Ella se encogió de hombros y lo miró con una mirada divertida y un poco burlona.

-Por nada en especial, simple curiosidad. Por ejemplo, según mi hermana, yo siempre he buscado hombres tímidos, hasta ahora -levantó una ceja con un gesto cómico-. Ya sé lo que vas a contestar.

El parecía divertido.

-Entonces no lo haré, pero, ¿realmente es así?

-A mí no me lo parecía, pero mi padre era un profesor e historiador, por lo que conocí a muchos hombres que, si bien no eran tímidos, sí estaban encerrados en su propio mundo académico. Aunque también creo que Christabel tiene razón cuando dice que siempre he sido independiente -lo miró directamente a los ojos-. ¿Has tenido una relación como esta con otra mujer?

-No, pero sí ha habido otras relaciones -la miró atentamente-. No puedo decir que haya habido un modelo, ni tímidas ni de otro tipo -sonrió fugazmente-. La verdad es que fueron dos pelirrojas. Mi primera novia, cuando tenía unos dieciséis años, y una cana al aire salvaje con una estrella de cine -Domenica lo miraba, muda-. ¿No estamos siendo sinceros y adultos? Creía que se trataba de eso, además, el tema lo has sacado tú.

-Acabo de decidir que no me gustan nada las pelirrojas, pero, ¿has conocido a muchas mujeres?

-¿Quieres que eche la cuenta? ¿Has conocido tú a muchos aunque fuesen unos mequetrefes?

-No -dijo Domenica intentando evitar que se le notara la furia-. En realidad, solo he tenido una relación y no duró mucho. Por cierto, ¿quién está siendo poco sincero y adulto ahora?

Angus se sentó y dejó el periódico en el suelo.

-Domenica, ha habido algunas, tengo treinta y seis años y me gusta el sexo contrario, pero la verdad es que no ha habido montones de ellas y ninguna ha sido como tú -se levantó y se sentó al lado de Domenica-. Unas significaron más que otras, pero ninguna consiguió lo que has conseguido tú.

«Entonces, ¿por qué no me pides que me case contigo?», la pregunta le rondaba la cabeza y la tenía en la punta de la lengua, pero no la hizo y se alegró de no haberla hecho.

-Quizá no te des cuenta, pero no estabas descaminada cuando

me llamaste Llanero Solitario hace unos meses. Lo único en lo que pude confiar paraa salir de Tibooburra fue en mis manos y en mi cerebro, y en un sueño. Sin embargo, a veces miro hacia atrás y me pregunto si ha merecido la pena -continuó Angus.

-¿Por qué? -murmuró ella con lágrimas en los ojos.

-¿Por qué? -Angus miró hacia el fuego-. La independencia está muy bienn hasta que no puedes prescindir de ella -la miró con una sonrisa amarga-. Me parece que somos tal para cual y por eso a veces chocamos con tanta fuerza.

Ella parpadeó y se pasó la lengua por los labios un par de veces intentando asimilar lo que había oído. Lo explícito y lo implícito. Sin embargo, él continuó antes de que ella fuese capaz comprenderlo del todo.

-Por otro lado, estoy cansado y tú también lo estás y no puedo pensar en nada que me guste más que estar en la cama contigo abrazándote, ¿no te parece?.

No esperó una respuesta. La tomó en brazos y la llevó a la cama, donde la abrazó hasta que se quedaron dormidos.

La mañana siguiente todo fue normal.

Cuando Domenica se imaginaba la infancia en el campo de Angus, siempre había una situación en la que él encajaba a la perfección: montado a caballo.

Ella montaba muy bien y siempre había tenido mucha afición por los caballos, pero él era un caso único y sus caballos también lo eran. Todas eran yeguas de pura raza. Dos de ellas estaban muy bien domadas y era un placer montarlas y eso es lo que hicieron la mañana siguiente.

Angus le había explicado a Domenica las increíbles facultades de los caballos de pura raza. Que podían servir para conducir ganado, para jugar al polo y para otras muchas funciones. Tenían mucho mercado y por eso se proponía a criarlos.

Una vez, le había preguntado si nunca había competido.

Iban con Luke King, el capataz, y Angus y él se intercambiaron miradas divertidas.

-Me compré el primer camión con el premio de una competición.

-¿Habrías llegado a ser un campeón?

-El mejor que he visto en mi vida -había contestado Luke desde debajo del sombrero que lo tapaba casi por completo.

Más tarde, Angus le había dicho que conocía a Luke de Tibooburra y que le había ofrecido el trabajo de Lidcombe Peace porque se había quedado cojo a causa de una lesión en una pierna.

Esa vez estaban solos y Angus hablaba animadamente con la

yegua que llevaba hacia los pastos de Hereford. Lo cual le permitía a Domenica observarlo sin tener que decir nada, porque seguía teniendo muchas preguntas sin contestar.

Angus iba sin sombrero y estaba imponente. Guiaba su caballo con el cuerpo en vez de hacerlo con las manos, daba la sensación de que podría montar con las manos atadas a la espalda. También podía escuchar las cosas que decía a la yegua y daba la sensación de que sabía dominar a cualquier criatura femenina.

En ese momento, Domenica pensó que ella era un ejemplo perfecto de las habilidades de Angus con las mujeres y repasó cuidadosamente lo que Angus le había dicho la noche anterior. ¿Sería una advertencia?, se preguntó. ¿Querría decir que, aunque las cosas eran muy especiales entre ellos, era demasiado pronto para hacer planes? Solo llevaban tres meses, pero, ¿entraban el matrimonio y los niños en sus planes?

Lo único que sacó en claro fue que, por muy bien domado que estuviera un caballo, si no le prestabas atención podías darte un batacazo y eso fue lo que le pasó a Domenica cuando se cruzó un ternero y el caballo se asustó. No fue una caída dolorosa, el suelo estaba cubierto por un espeso manto de hierba que amortiguó la caída. Angus apareció al instante a su lado y la rodeó con un brazo. Domenica pudo notar que le latía el corazón con la misma fuerza que le latía a ella.

Ese mismo día, cuando ya estaba en su casa, Domenica comprendió que tenía que dejar de arremeter contra molinos de viento, como él le había dicho en una ocasión. Sí, podía aceptar que Angus tenía que adaptarse, ella debería ser la primera en aceptarlo. Sí, lo que necesitaban era tiempo, pero quizá él más que ella. ¿Qué importancia tenía un poco de tiempo?

Ninguna, se contestó.

Capítulo 6

PASARON cuatro meses y casi todo el invierno.

Habían pasado unas vacaciones maravillosas esquiando en Mount Buller y un día, de repente, Angus la llamó al trabajo y le dijo que pasaría a recogerla al cabo de media hora.

-¿Para qué?

-Me espanta agosto.

-Como a casi todo el mundo en el hemisferio sur -contestó ella entre risas.

-No cuanto más cerca estés del ecuador.

-No, me imagino que ahí es incluso agradable, pero, ¿qué tiene que ver?

-Vámonos.

-¿Al ecuador? Angus, ¿estás enfermo?

-Sí, por estar contigo en una playa sin tener nada que hacer salvo nadar, comer y hacer el amor.

Domenica dudó.

-No está mal..., pero, ¿dentro de media hora? Yo... -miró alrededor-, quiero decir...

-¿No me dijiste que tu imperio de la moda iba sobre ruedas?

-Sí -contestó ella prudentemente-, pero aunque pudiese irme, tendría que pasar por casa para hacer la maleta...

-Ya está hecha.

-¿Cómo?

-He comprado todo lo que vas a necesitar en una isla tropical, que no es mucho. Domenica, no me vas a hacer el número del coche otra vez, ¿verdad?

-Espera un segundo, ¿quieres decir que me has comprado ropa?

-Ajá, aunque la verdad es que te prefiero sin ella, bueno eso tampoco es verdad del todo. Quitártela es uno de mis mayores placeres, ¿te habías dado cuenta? -Domenica notaba que empezaba a ponerse colorada. Miró alrededor y pudo comprobar que Natalie se hacía la distraída-. También soy el hombre al que dijiste una vez que te sentías esclava de la perfección..., bueno, o algo parecido -siguió Angus-. No es algo que te recordaría en una situación normal, pero da la casualidad de que me estoy acordando de lo que hacías en ese momento, ¿te acuerdas tú?, ¿o prefieres que te lo recuerde?

-De acuerdo, iré, pero eso es un chantaje de la peor especie.

-En realidad es otra cosa -Domenica pudo oír la risa de Angus-. ¿Dentro de media hora?

-Sí... -colgó y tardó unos segundos en mirar a Natalie-. Yo...

-Vete -dijo Natalie con un gesto de la mano-. Aunque no sé por qué tienes que tener tanta suerte. A mí como mucho me invitan al

cine.

Domenica vaciló.

-Pero...

-Domenica, me puedo ocupar, aunque no estaría de más que me dijeses dónde vas y cuánto tiempo piensas pasar fuera. Vamos a repasar tu agenda antes de que te arrastre al trópico.

Domenica se encogió de hombros.

-Gracias, compañera.

Pasaron cinco días y noches mágicos en la isla Dunk, que fue refugio del legendario pirata E.J. Banfield.

Durante unos días, se disiparon sus dudas gracias a las playas y los bosques por los que podían cabalgar. Jugaron al golf y, por primera vez, conoció a un Angus Keir al que había que ayudar para que se tranquilizara.

-¿Qué te pasa? -dijo Domenica cuando una noche se lo encontró asomado a la terraza mirando el mar.

-No puedo dormir, eso es todo.

-¿Piensas en el trabajo?

-No, la verdad es que no. Debe de ser la piratería. ¿Te imaginas lo que debió pasar Banfield?

-Debió de ser difícil. Tampoco sería fácil para la señora Banfield llegar aquí y empezar una nueva vida... aunque, a juzgar por la inscripción de su tumba, lo habría seguido a cualquier parte. ¿Me estás diciendo que... te gustaría dejarlo todo y hacer algo parecido?

Él apoyó la barbilla sobre la cabeza de Domenica.

-A veces resulta tentador.

-Casi todo el mundo que venga a Dunk pensará lo mismo. Es tan maravilloso..., pero es algo transitorio.

-Seguro que tienes razón -Domenica notó cierto distanciamiento en sus palabras.

La mañana siguiente, después del desayuno, estaban junto a la piscina. Tenían la playa justo al lado, bordeada de cocoteros que se curvaban hacia el mar. No había olas dentro de la protección el arrecife y, sobre la plateada superficie, se reflejaban las laderas boscosas de la isla.

Domenica llevaba un biquini azul turquesa debajo de un pareo casi transparente, unas grandes gafas de sol y una gorra con visera. Su pálida piel empezaba a adquirir un tono dorado.

Habían pensado darse un baño y jugar unos hoyos de golf. Después de comer, tenían previsto caminar hasta la granja y

cabalgar a las playas del sur.

-¿Tienes mucho trabajo en este momento, Angus? -dijo ella de repente-. ¿0 debería decir más del habitual?, que siempre es mucho.

-Ajá -Angus se quitó la camiseta-. Estamos pensando en una fusión. Estoy pensando en comprar una pequeña línea aérea de transportes y ampliarla.

-Pero no estás muy entusiasmado con la idea por el momento...

-Lo estaba y volveré a estarlo -dijo sombríamente y se levantó. Domenica se asombró de que su cuerpo siguiera maravillándola después de llevar seis meses con él-. ¿Sabes lo que ocurre cuando, baja la marea?

-Sí, que todo se llena de barro y que deberíamos bañarnos antes de que se haga tarde.

-Yo voy a bañarme. Propongo que nademos hasta el malecón, es bueno para la figura.

Ella se miró.

-¿Estoy engordando?

-Imposible -la miró de arriba abajo.

-Está muy lejos.

-Cuando lleguemos te invito a un jet-ski. Podemos ir a Purtaboi.

Purtaboi era una pequeña isla en medio de la bahía. Domenica, mientras miraba hacia Purtaboi, pensaba que quizá Angus no estuviera bajo los efectos de la magia de la isla, sino que se encontraba en otra encrucijada de su vida. Quizá comprar Lidcombe Peace había sido una encrucijada que no había satisfecho sus expectativas o...

-¡Vamos! -dijo Angus mientras bajaba hacia la playa.

Era una idea que solo pudo desarrollar esa noche mientras se vestía para la cena. Angus había ido a mandar unos faxes y había quedado con él en el comedor.

En Dunk también refrescaba por las noches y eligió una camisa de manga larga azul marino y unos pantalones claros. Se dejó la camisa por fuera del pantalón y se puso un fino cinturón plateado que le caía suelto alrededor de la cintura. Volvió a admirarse de que hubiese sido capaz de acertar tanto con las compras.

Sin embargo, al sentarse para peinarse y maquillarse, observó que los ojos que se reflejaban en el espejo ocultaban unas preguntas sin responder.

¿Tenía algo que ver con ella la desazón que mostraba Angus?. ¿Había llegado el momento, la encrucijada, en la que había que tomar una decisión? ¿Qué podía hacer ella aparte de intentar ayudarlo a que la decisión se inclinara hacia ella? ¿Tenía que hacer algún tipo de declaración?

Dejó el cepillo y se levantó con un suspiro. La única declaración

que podía hacer eran los meses que llevaba con él.

Él la esperaba en el comedor y se levantó al ver que se acercaba. Los ojos de Angus no dejaban lugar a la duda. Todo irá perfectamente, pensó ella.

Pero no fue así.

Después de dos meses, Angus volvió a la normalidad, lo cual quería decir que estaba muy ocupado y que su relación seguía el curso que siempre había llevado. La casa de Rose Bay se vendió y Barbara y Christabel se mudaron a otro piso de la ciudad. La ropa para aerobic de Domenica fue un éxito y estaba desbordada por los pedidos. Decidió que la marca se llamaría Aquarius.

En ese momento, ocurrieron dos cosas. Christabel le confesó a Domenica que Ian Holmes, el joven que le presentó en la fiesta, y ella estaban comprometidos en secreto.

-Ian quería proclamarlo a los cuatro vientos -dijo Christabel mientras le enseñaba un anillo con un zafiro que llevaba colgado del cuello-, pero lo convencí de que sería mejor que yo se lo dijese primero a mamá.

Domenica abrazó a su hermana.

-Me alegro mucho. Es un encanto.

-No es que vayamos a casarnos inmediatamente. Todavía le quedan seis meses de médico residente y vamos a esperar. Tiene gracia, siempre pensé que Angus y tú os adelantaríais.

-Todavía no ha llegado el momento -fue lo único que pudo responder Domenica.

Cerca de una semana después, Domenica pasó la noche en el piso de Angus. Cuando se despertó, él no estaba. Había dejado una nota en la que le explicaba que se le había olvidado decirle que pasaría las dos semanas siguientes en Perth y Darwin, y que no había querido despertarla porque dormía muy a gusto. Junto a la nota había un capullo de rosa perfecto.

Domenica se sentó, se apartó el pelo y miró a toda la perfección que la rodeaba. Se encontró llorando y dominada por una desolación como no había conocido jamás.

Media hora más tarde, estaba duchada y vestida. Hizo la cama y dejó un sobre cerrado para Angus sobre la almohada. Recorrió lentamente el piso recogiendo sus pertenencias: algunos libros, discos compactos y ropa, y lo metió todo en una bolsa de basura; gracias a Dios la señora Bush no había llegado todavía. Dio un último repaso, salió y dejó las llaves en el buzón.

Dos días más tarde, estaba camino de Europa con su madre.

Pasaron dos meses viendo tejidos y recogiendo ideas, pero, sobre todo, pasando unas vacaciones las dos juntas que le sentarían muy bien al corazón destrozado de Domenica.

Barbara se sintió muy afectada cuando Domenica le contó que había roto con Angus, pero no dijo nada ante la mirada de su hija.

En Italia entraron en contacto con un fabricante textil cuyo padre había sido amigo de Walter Harris. El conde Emilio Strozzi tenía treinta años y era muy guapo. Tenía un palazzo al borde de un lago y estaba soltero. Su fabrica producía las telas más apasionantes que había visto Domenica y ambos compartían esa pasión.

Domenica se dio cuenta enseguida de que Emil, como el quería que lo llamaran, anhelaba ampliar esa pasión al terreno personal, pero ella lo contuvo durante las tres semanas que pasaron en Italia. Ella no impidió que las invitara a las dos a su palazzo a pasar un fin de semana y a conocer a su madre.

Domenica no encontró ningún motivo para no aceptar la invitación que incluía una fiesta para celebrar el centenario de la fundación de la empresa textil.

Sin embargo, lo que ella no sabía era que Emil estaba considerado como uno de los solteros más codiciados del país y que aparecería en todos lo periódicos y revistas junto a él, que la miraba de una forma bastante inequívoca. Las revistas de cotilleo publicaron fotos de los dos cenando juntos mientras se preguntaban quién sería esa australiana que pretendía robarles a su personaje favorito.

Sin embargo, consiguió dejar Italia sin sucumbir a las maniobras de Emil y sin romperle el corazón. No le dio más importancia y nunca pensó que esas noticias llegarían a su país.

Fue Natalie quien la avisó de que la habían vinculado sentimentalmente con un conde italiano que no tenía nada que envidiar a... Angus Keir.

Domenica se encogió de hombros y sonrió vagamente.

-Espera a ver la maravillas que le he comprado al conde Emilio Strozzi. ¡Se te va a caer la baba!

Natalie dudó un instante.

-Angus llamó desde Perth el día después de que te marcharas -Domenica no dijo nada-. Dijo que siempre le aparecía tu contestador automático. ¿Por qué me ha tenido que tocar explicarle dónde estabas?

Domenica la miró.

-Lo siento, Natalie. Le dejé una nota, pero no la leería hasta que volviera a casa.

-No entiendo que dejaras que se acabase.

-No fui yo... -Domenica se calló.

-Entonces, ¿el conde italiano no tuvo nada que ver?

Domenica parpadeó.

-¿Estás de broma? -preguntó con incredulidad. Natalie hizo un gesto de ignorancia. -Bueno, podía parecerlo...

-No pasó nada. Su padre conocía al mío y mi madre organizó el encuentro. Si no hubiera sido así, habría tratado con algún empleado. Mi madre esta ba presente durante la famosa cena y el baile.

-No es lo que parece en las fotografías. Domenica chascó la lengua y no dijo nada.

Al cabo de dos semanas, unos amigos que habían estado dos años en el extranjero la invitaron a una fiesta para celebrar el regreso. Mark Dodson y su mujer Sue trabajaban en la televisión. Sus fiestas ya eran famosas antes de que se fueran a Estados Unidos.

Domenica no tenía muchas ganas de ir a fiestas, pero tenía mucho cariño a Sue y probablemente fuesen las únicas personas de Sidney que no sabían nada de su relación con Angus. Domenica tampoco se imaginaba que tanto ella como Angus conocieran a los Dodson y que no hubiesen mencionado su nombre durante todo el tiempo que estuvieron juntos. Además, tenía que reponerse y seguir adelante. Su estado anímico empezaba a afectar a su creatividad en el momento menos oportuno.

Era una barbacoa a última hora de la tarde y era una tarde de domingo preciosa. Se puso una camisa de lino color marfil, una falda negra con rosas grises y unos zapatos negros. Aunque era verano, decidió llevar el chal de pashmina por si refrescaba más tarde.

Se montó en el coche que le vendió Angus hacía mucho tiempo y se dirigió a Castle Hill. Después de la venta de Rose Bay, en la que Christabel y ella tenían una pequeña participación, Domenica empleó parte del dinero para comprar el coche a Angus.

Los Dodson tenían una pequeña finca y un jardín precioso y a los dos les encantaban los caballos. La barbacoa se hizo debajo de unos árboles majestuosos. Fue una reunión muy agradable en la que Domenica reconoció a algunos viejos amigos y Sue le comunicó que estaba embarazada. Sin embargo, en el momento del brindis por el embarazo de Sue apareció un invitado rezagado.

Fue la primera vez que Angus Keir vio a Domenica después de más de dos meses; riendo y con la copa de champán levantada. Se dio cuenta de que tenía el mismo aspecto de siempre: alta, esbelta, elegante, en una palabra: sensacional. Era evidente que se lo estaba

pasando muy bien. Como si el dejar su relación mediante una nota agradeciéndole todo lo que había hecho no la hubiese afectado lo más mínimo.

Domenica se volvió al oír a Sue saludándolo y Angus pudo notar con cierta satisfacción que palidecía y el puño se crispaba mientras sujetaba la copa de champán.

Sue lo presentó a todo el mundo y contó que se habían conocido hacía un par de meses en una competición ecuestre.

Domenica se preguntaba cómo no se le habría ocurrido algo tan probable. Sue fue a presentarlos.

-Ya nos conocemos -dijo Domenica.

-¡Genial! Os dejaré un rato juntos. Hay que empezar a servir la comida.

-¿Te ayudo?

-No, intenta entretener a este pelmazo.

Sue se despidió con un guiño a Domenica sin saber que la situación era muy embarazosa para ella.

-Nos conocemos.

Fueron las dos únicas palabras que él dijo, pero lo hizo con tal insolencia y sarcasmo, que Domenica tembló y tuvo que apartar la mirada.

-Angus, no es el momento ni el lugar de empezar con reproches.

-Estoy de acuerdo. Solo haré un breve comentario antes de comportarnos como unos invitados ejemplares. Me imagino que un conde italiano está más cerca de tu posición social que yo, ¿no?

Ella lo miró a los ojos sin poder decir una palabra. En ese momento, se acercó Mark y la conversación giró en torno a los caballos. Durante el resto de la velada, evitaron cualquier contacto directo. Para complicar más las cosas, Domenica tuvo que aguantar que Angus desplegara todos su encantos con una rubia, compañera de Sue.

Se fue en cuanto tuvo la primera oportunidad de hacerlo sin que pareciese grosera. No había recorrido más de tres kilómetros cuando comprobó, horrorizada, que se le había pinchado una rueda.

Consiguió apartarse de la carretera y se echó las manos a la cabeza. No había cambiado un rueda jamás en su vida. Todo estaba muy oscuro, aunque no era muy tarde, y en esa zona las casas estaban muy diseminadas y no podía ver ninguna luz. Hacía un poco de frío y se cubrió con el chal. Entonces, vio que se acercaban dos luces que venían de la misma dirección que la suya. Rezó para que fuese alguien de la barbacoa que pudiese ayudarla a cambiar la rueda.

Era un Range Rover verde oscuro que conocía perfectamente, como conocía a su conductor.

-Vaya, vaya -dijo Angus mientras daba una patada al neumático-. ¿Esto no te recuerda nada, Domenica?

-Sí, no, quiero decir... -no pudo seguir hablando.

Él sonrió irónicamente.

-Qué casualidad, veinte invitados para elegir y tenía que ser yo el que se encontrara con la damisela en peligro. No tengo la menor duda de que eres completamente incapaz de cambiar la rueda, pero ¿prefiere que siga mi camino, señorita Harris? Antes o después llegará alguien.

-¡No! -lo dijo con cierto tono histérico que no pudo evitar y que el percibió entrecerrando los ojos.

-De acuerdo -se encogió de hombros-. Supongo que no tendrás una linterna, es muy raro que las mujeres tengan las herramientas necesarias, pero, afortunadamente, yo sí las tengo.

Abrió la puerta trasera de su coche y sacó una potente linterna, que dio a Domenica. Acto seguido colocó el gato y se dispuso a cambiar la rueda.

Lo hizo rápida y eficazmente y, aparte de un comentario sobre que la rueda tenía un clavo, en completo silencio.

Domenica, mientras iluminaba la escena, intentó pensar en algo que decir,, pero no tuvo el valor de hablar. De repente, todo estaba resuelto, las herramientas guardadas y él se limpiaba las manos con un pañuelo.

-Con esta rueda llegaras a casa, pero yo que tú revisaría también la de repuesto. Buenas noches.

-Angus -dijo Domenica con desesperación-, no es lo que crees -él arqueó una ceja y miró el chal de una forma que ruborizó a Domenica-. Sobre la posición social... y esas cosas... -tragó saliva-. Hubo...

-No creo que sea ni el momento ni el lugar adecuado para explicaciones complicadas, Domenica -la interrumpió-. Si estás segura de que quieres darme alguna explicación, ven a casa conmigo.

-No... -pero el desprecio que vio en los ojos de Angus consiguió que recuperara cierto valor-. Sin embargo, si quieres puedes venir a casa a tomar café y a que te lo explique.

-Domenica, ¿recuerdas cuando fuiste a cenar conmigo porque tu madre había hecho un comentario inoportuno?

Ella apretó los labios y le devolvió la linterna.

-La oferta sigue en pie, Angus, pero tú decides si vienes o no.

Ella se encogió de hombros, se montó en el coche y se marchó.

Angus llegó diez minutos después que ella.

En la mesa había una bandeja con café y galletas.

-Pasa -dijo mientras le abría la puerta-. Por cierto, no te he dado las gracias por cambiarme la rueda. No lo he hecho jamás y no habría sabido por dónde empezar, como tú adivinaste -hizo un gesto muy expresivo.

-En esas situaciones, lo mejor es quedarse dentro del coche y llevar un teléfono móvil.

-Llevo uno y me imagino que eso es lo que habría acabado haciendo. Entra, el café está preparado.

El la siguió al salón y permaneció un rato de pie. Como si estuviese familiarizándose con todo otra vez. Luego se sentó en una butaca enfrente de ella sin decir una palabra mientras Domenica servía el café.

¿Qué tal?

El se encogió de hombros.

-Bien, gracias, ¿y tú?

-También, con mucho trabajo, como de costumbre. ¿Qué tal... los caballos y Lidcombe Peace?

No respondió. Aunque parecía tranquilo, tenía una mirada inexpresiva y los labios casi blancos por la presión. Domenica también notó en él una incredulidad cínica ante la pretensión de charlar como si no hubiese pasado nada entre ellos dos.

-De acuerdo -dijo Domenica con un hilo de voz apenas audible-. Basta de palabrería, me fui porque... -se detuvo y lo miró. Dejó la taza de café con la mano temblorosa y comprendió que era incapaz de decirle el motivo verdadero. ¿Cómo podía decirle a un hombre que quería que casarse y tener hijos con él, que no le bastaba una relación física...?-, porque... -Domenica tragó saliva-. Aunque fue maravilloso, Angus, llegó un momento... en el que me tuve que ir. El negocio está en auge y era un momento crítico, tenía que concentrarme... No tuvo nada que ver con quién... eres o dejes de ser.

-No te resultó muy difícil pasar de mi cama a la de Emilio Strozzi -tenía una expresión de burla hiriente-. Quizá en ese caso podías compaginar trabajo y placer.

-Yo... -se levantó y, afortunadamente, el orgullo y la ira acudieron en su ayuda-. Eso no tiene nada que ver contigo, Angus -miró el reloj-. Lo siento, pero se está haciendo tarde y tengo que preparar algunas cosas para mañana.

Dejó la taza en la bandeja y él la agarró por la muñeca mientras se levantaba.

-A lo mejor crees que me puedes despedir como una futura condesa, Domenica -dijo él entre dientes-, pero hay un pequeño asunto que tenemos que aclarar. Quiero saber si alguna vez hizo

que te sintieras como si estuvieses cayendo al vacío, como me dijiste a mí una vez en este salón -ella abrió la boca-. Me pregunto si sabe dónde te gusta que te toquen. ¿Has bailado medio desnuda con él? -los ojos de Angus la paralizaban y él seguía agarrándola de la muñeca-. ¿Ha descubierto que tú creías que solo podías sentirte satisfecha una vez cada noche?

-Eso es despreciable -Domenica tomó aire.

-También es verdad -dijo bruscamente-. ¿0 simplemente fue un curso de aprendizaje que ahora quieres practicar con otros? Cuando llegaste a mi cama, no tenías mucha experiencia, Domenica, pero aprendiste rápidamente, tengo que reconocerlo.

Domenica consiguió liberar la muñeca y darle una bofetada. Unas lágrimas cayeron por la mejillas de Domenica al darse cuenta del punto al que habían llegado las cosas entre Angus y ella.

El la miró con la mandíbula apretada y la abrazó.

-¿Te casarías conmigo, Domenica?

Ella se removió y se apartó el pelo de la cara. Estaba cubierta por la sábana y tenía la cabeza recostada sobre la almohada de flores. Toda la habitación estaba patas arriba. Había ropa por todos lados, tanto de él como de ella.

Si bien siempre se habían excitado el uno al otro, nunca habían alcanzado una pasión como la de esa noche, a pesar de la discusión y los malentendidos. La realidad era que, aunque se habían enfrentado con furia y aunque ella había sentido una tristeza enorme, también se deseaban con frenesí.

Ella lo siguió en todo, en los ataques violentos y sensuales y en los lentos y ligeros besos que le recorrieron todo el cuerpo y saciaron toda su necesidad apremiante. Tenía la necesidad de quitarse la ropa y rozar su cuerpo contra el de él, de excitarlo con besos y caricias y pagar tributo a su fuerza.

Nunca podría decir que en esa ocasión la habían tomado contra su voluntad. Los antagonismos quedaban disipados por una realidad clara e indiscutible: lo que conseguían juntos era insustituible y los ataba el uno al otro, quisieran o no.

Ese último pensamiento hizo que ella respondiera con otra pregunta.

-¿Por qué?

Angus estaba sentado y ella tenía la cabeza a la altura de la cintura de él. No se miraban y él empezó a acariciarle el pelo.

-¿No es ese el problema?

Ella respiró hondo.

-Los Strozzi eran amigos de mis padres y nunca invité a Emilio a

mi cama. Ni entró por otros medios, aunque fuese lo que quería. No tenía ni idea que ir con él pudiese suponer tanta publicidad, ni pretendía darte celos.

-No me refiero a eso -dijo él despacio-, aunque es difícil describir lo que sentí cuando vi las fotos. Lo que quiero decir es si no te fuiste por eso...

Ella seguía sin mirarlo.

-Si pudiste adivinar eso, Angus, solo puedo llegar a la conclusión de que no era lo que tú querías y no se me ocurre nada que haya cambiado desde entonces.

-Sí lo ha hecho. Nunca nos habíamos deseado como hace unas horas... Por decirlo de otra forma, ¿podrías dejarlo ahora? -ella tembló involuntariamente y él se deslizó hasta colocarse a la altura de Domenica para mirarla directamente a los ojos-. Creo que no hay elección, o nos casamos o pasaremos el resto de nuestras vidas deseándonos. Si tú no permitiste que un conde italiano te sedujera, a mí me pasa lo mismo, ninguna mujer merece mi atención si no eres tú.

El razonamiento tenía una lógica indiscutible, pero, a la vez, era todo lo contrario a lo que ella quería oír. Domenica cerró los ojos decepcionada, hasta que él empezó a besarla por el cuello y los hombros y se estremeció.

-¡Maldita sea!, tampoco es lo único que tenemos en común -dijo él de repente.

Domenica abrió los ojos.

Él empezó a enumerar todas las cosas que habían pasado juntos y que compartían hasta que el rostro de Domenica se iluminó con una sonrisa al recordar todas las pequeñas cosas que habían hecho y que habían calado en ella.

Era verdad, pensó ella, pero, ¿conseguiría el matrimonio cambiar las cosas más importantes que no había mencionado? ¿El hecho de que nunca hubiesen hecho planes para el futuro?, ¿qué nunca hubiesen hablado de matrimonio hasta ese momento?, ¿o de tener hijos?, ¿o de dónde estaría en un momento determinado?

Y lo más importante. Una cosa que notó en la isla Dunk: que algo lo abrumaba, pero no quería compartirlo con ella. ¿El matrimonio cambiaría eso?

-No lo sé -replicó ella después de un momento. Él la miró desconcertado-. Pero si realmente quieres casarte conmigo, no..., no se me ocurre otra posibilidad.

Dos semanas después, estaban casados.

Capítulo 7

DOMENICA llevaba un vestido blanco y sencillo con un velo de tul que le cubría el pelo. Era difícil adivinar su estado de ánimo cuando se convirtió en la señora Keir, aunque ella sabía que los dos estaban tensos. Sin embargo, toda la tensión desapareció ante la felicidad mostrada por Barbara, Christabel, Natalie y el resto de sus amigos. Por lo menos ellos parecían convencidos de que hacían lo que tenían que hacer.

A pesar de la tensión, hubo un momento inolvidable cuando él se giró para verla llegar y sus miradas se encontraron. Ella pudo leer en los ojos de él algo que la dejó absolutamente aturdida.

A pesar del poco tiempo que tuvo, Barbara organizó un desayuno maravilloso en un restaurante con vistas al puerto. Justo antes de que ella y Angus se fueran, Barbara se llevó a su hija aparte y le dijo que estuviera tranquila porque todo el mundo podía ver que estaban hechos el uno para el otro.

Ella había pedido pasar dos semanas de luna de miel en Lidcombe Peace. Apenas hablaron durante el trayecto, pero en cuanto entraron por la puerta, el la abrazó fuertemente.

-Me siento honrado, Domenica, y nunca te había visto tan hermosa.

«Todo irá a la perfección», pensó ella mientras le devolvía el abrazo. «Esta vez todo irá perfectamente».

No se había dado cuenta de cuánto había añorado Lidcombe Peace durante esos tres meses. Cuánto había añorado esa tranquilidad que le apaciguaba el espíritu. Sin embargo, no era solamente eso, durante esas dos semanas podría asimilar que era una mujer casada y que lo estaba con Angus. Era como si él se concentrara en todos los pequeños detalles, sin olvidar las grandes cuestiones y la pasión.

Angus le compró un cachorro al que llamó Buddy, pero desde el primer momento, el perro dejó claro que tenía preferencia por su marido.

-Me da la sensación de que simplemente me tolera, incluso me acepta si tú no estás cerca, pero si no ¡me desprecia! -comentó ella entre risas.

-Tuve uno igual de pequeño. Éramos inseparables.

-¿Era un regalo para mí o para ti?.

El sonrió y dio una palmada al cachorro.

Durante esas dos semanas cabalgaron, se bañaron en el riachuelo y pescaron, y Angus pudo demostrar sus talentos preparando los pescados en las brasas de un fuego que hizo en la orilla.

Domenica se encargaba de despachar con la pareja que se ocupaba de todo y, por primera vez, dio rienda suelta a sus genes Lidcombe. Su abuela había sido una gran jardinera y ella se encontró con la curiosidad de hacer algo de jardinería por sí misma en vez de dar órdenes. También se sentaba al piano de vez en cuando y pudo comprobar que, a pesar de la falta de práctica, seguía teniendo despiertos los genes musicales de su madre.

-Después de todo, no ha sido una idea tan mala, ¿no? -dijo él una noche mientras miraban el fuego con Buddy a sus pies.

-No -dijo ella después de pensárselo.

-No pareces muy convencida, señora Keir.

-Sencillamente es que todavía es un poco pronto para poder juzgar, pero hasta la fecha... ha sido... extraordinariamente buena.

-Me alegro de que hayas dicho eso, sino podría pensar que eres muy poco entusiasta.

-Nunca habría dicho que esto es ser poco entusiasta.

Él tenía las manos debajo del jersey de ella y se las calentaba entre los pechos.

El sonrió y apartó las manos.

-Quería decir que había sido una buena idea en un sentido más amplio. No sé tú, pero yo me siento. . .verdaderamente casado y me gusta.

-Yo también -se estiró lujuriosamente-. Me siento maravillosamente.

El la miró analíticamente. -Desde luego, estás maravillosa.

¿Cuáles eran los otros pequeños detalles de su vida en común?, se preguntó un día Domenica.

Desde luego lo era hablar sobre el futuro y llegar a la conclusión de que venderían las casas de ambos y comprarían otra para las temporadas que pasasen en la ciudad. También lo era comentar la infraestructura que tendría que montar en Lidcombe Peace para poder seguir atendiendo su estudio desde allí, o pensar en hacer una pista de tenis, o planear un viaje a Tibooburra para que ella conociera el lugar donde Angus había crecido.

Un día se dieron cuenta de que las dos semanas habían terminado. Volvieron a la ciudad y. al poco tiempo, Angus se

marchó diez días de viaje de negocios. Él le propuso que lo acompañara, pero Natalie se iba de vacaciones y ya tenía todas las reservas hechas. Mientras Domenica le explicaba todo eso, Angus le dirigió una mirada que ella no pudo interpretar.

-¿Te preguntas por qué me he casado contigo si no puedo acompañarte en un viaje? -dijo ella bruscamente.

Él se encogió de hombros.

-No, entiendo que todo ha sido un poco precipitado -sonrió débilmente- y es inevitable, pero... me preguntaba por qué siempre has querido tener tu trabajo.

-No he tenido mucho tiempo para pensarlo. Me imagino que no tendré un trabajo de plena dedicación cuando lleguen los niños, pero Primrose y Aquarius son un poco como hijos míos.

-¿Qué te parecería si nos asociáramos?

Ella parpadeó.

-¿En que sentido?

-Digamos que compro parte del negocio y pongo a alguien que lo gestione. Podrías seguir diseñando, pero otra persona se ocuparía del día a día, del marketing y de todas esas cosas -ella abrió y cerró la boca varias veces, pero no encontraba las palabras-. Piénsatelo mientras estoy fuera.

-De acuerdo...

-Y podrías ir buscando un piso nuevo en la ciudad...

-Claro. ¿Te llevo al aeropuerto?

-Si quieres..., pero no hace falta, suelo tomar un taxi.

-Ya -murmuró Domenica-, pero los taxistas no suelen acompañarte a tomar un café ni te dan un beso de despedida.

-¡Gracias a Dios!

-Ni piensan en ti, por no mencionar la manía que tienen de perderse.

El le tomó la mano y se la besó. -Solo son diez días.

-Lo sé -dijo ella sombríamente-, pero eso no quiere decir que no me sienta desgraciada.

-Puedo encontrar ahora mismo a alguien que te sustituya.

-Gracias, Angus, pero creo que no podrías. Ha sido un arrebato sentimental, pero me reservo el derecho a llevarte al aeropuerto.

Domenica estuvo muy ocupada durante la ausencia de Angus y, a pesar de que hablaban todos los días, se sentía tensa e inquieta sin él. Después de que hubiesen pasado cinco días comprendió que la tensión no era solo porque lo echara de menos, sino por la idea de asociarse con él.

Parecía sensata y racional. Ella estaba casada.

Era la esposa de un hombre con un negocio propio que viajaba mucho y era la que siempre había deseado el matrimonio, pero le costaría ceder una parte de su empresa, aunque fuese a Angus. Sin embargo, ¿cómo podría esperar tenerlo constantemente si no hacía algún sacrificio?, ¿seguía sin estar completamente segura del motivo por el que Angus se había casado? Tenía que tener en cuenta muchas cosas, se dijo a sí misma. Era natural sentirse sola sin la tranquilidad que le daba su presencia y, por lo tanto, tendía a arremeter contra molinos de viento, como ya le había dicho Angus alguna vez.

También era natural estar confusa. En el plazo de un mes, había pasado por la pasión abrasadora, le felicidad del matrimonio, la luna de miel y la soledad. Era la primera ocasión en que había tenido el ánimo de plantearse que, pasión y felicidad aparte, si no lo hubiera dejado, Angus no habría dado el paso de pedirle que se casara con él.

Suspiró con tristeza y se acostó. Sin embargo, a la mañana siguiente, se convenció de que lo único que ocurría era que se encontraba sola y lo echaba mucho de menos. Pero esa misma tarde Angus llamó para decirle que tendría que prolongar el viaje una semana porque el país en el que estaba había sufrido una crisis que podía afectar a sus negocios.

Ella le dijo que se encontraba bien y que lo comprendía, pero en el momento de colgar pensó que no había cambiado nada.

-Nat -dijo Domenica el día que Natalie volvió del viaje-. He estado pensando que podía contratar a alguien que me sustituya cuando yo no pueda venir. ¿Qué te parece?

-Creo que es una idea excelente. No querrás pasarte la vida trabajando ahora que eres una señora casada -se detuvo y miró a Domenica-. La verdad es que me he preguntado si no querrías abandonarlo del todo.

-No -Domenica dudó-, pero ahora podemos permitirnos pagar a alguien que me libere de algunas tareas, bueno, ¡ya sabes!

-¿Las obligaciones matrimoniales? -se rieron-. ¿A Angus no le importa que trabajes?

-Angus me conoce y sabe que me volvería loca si no tuviese nada que hacer y también sabe -miró alrededor- lo que esto significa para mí. Pero tengo que poder viajar con él y, como sabes, eso puede surgir en el momento más imprevisto.

-Lo sé -Natalie accedió, pero con una mirada escéptica.

-¿Qué pasa? -preguntó Domenica.

Natalie se encogió de hombros y dijo que no pasaba nada.

-Angus me ha propuesto asociarse con nosotras y poner a alguien a cargo de la gestión. ¿Qué te parece?

-Si tengo que prescindir de ti...

-Yo seguiría ocupándome del diseño -interrumpió Domenica.

-Da igual, si se trata de deshacer la sociedad y buscar un socio nuevo estoy segura de que Angus es una buena elección, lo haría.

-Hmm -comentó Domenica.

-Es tu marido, Domenica.

-Lo sé -dijo ella lentamente-, pero antes querría intentarlo a mi manera, si estás de acuerdo.

El reencuentro con Angus fue maravilloso.

Angus volvió un viernes y pasaron el fin de semana en Lidcombe Peace aturdidos por la felicidad, como indicó ella una vez.

El comentario se produjo por lo que sucedió el viernes por la noche cuando se iban a acostar. Daba la casualidad de que ella llevaba puesto el vestido de gasa rosa que llevaba la primera vez que él se fijó en ella.

El se lo comentó y se dispuso a desabrochar los botones.

-Me acuerdo -comentó ella mientras él intentaba desabrochar cada botón-. También recuerdo que esa vez me miraste como si no llevara nada encima.

En los ojos grises de Angus se dibujó una mirada perversa,.pero no negó la acusación. Añadió que fue la primera vez en que se dignó a mirarlo por encima del hombro.

-¿No lo habrías hecho tú en mi lugar? -replicó ella.

Él dejó caer el vestido.

-Creo que tendrías que ser un poco más indulgente con los machos de tu especie, Domenica. Por otro lado..., estoy de acuerdo en que te muestres arrogante con cualquier otro hombre que te vuelva a mirar de esa manera.

Ella permaneció con el torso desnudo y estiró los brazos por encima de la cabeza.

-Y veo... -continuó él con cierta seriedad mientras miraba los pechos de Domenica.

-¿Qué ves aparte de lo evidente, Angus?

-Que voy a tener que pagar mis indiscreciones, que estás dispuesta a volverme loco o algo parecido -murmuró él.

-Algo parecido -reconoció.

Domenica se dio la vuelta, se sentó en la cama, se dejó caer, se extendió el pelo con los dedos, levantó una pierna para señalarse un dedo, bajó el pie hasta la cama con la rodilla doblada y lo miró con un brillo de desafío en el fondo de los ojos azules.

Él se sentó a su lado, pero no dijo nada.

Ella hizo una mueca, levantó las caderas y se quitó las braguitas.

Él apoyó la mano en el leve montículo del estómago de Domenica y luego la bajó hasta alcanzar los rizos oscuros que había debajo.

-A lo mejor resulté impertinente, pero tenía toda la razón sobre las maravillas que se ocultaban debajo de ese vestido.

-No lo puedo confirmar, pero si es cierto, estas maravillas necesitan tu dosis de maravillas antes de que se vuelvan locas -confesó con tono sombrío.

Se rieron para unirse acto seguido de una forma que la aturdió de felicidad, o al menos fue lo que ella dijo más tarde.

No sacó el asunto de la compra de acciones del negocio de Domenica hasta que pasaron algunos días.

Le enseñó todos los pisos que había visto y se quedó encantada cuando le gustó el que a ella le gustaba más. Uno justo encima del puerto con una terraza ajardinada. Angus le dijo que lo comprara inmediatamente y lo decorara como quisiera. El ático de Angus se iba a vender amueblado, exceptuando la colección de arte, y Christabel e lan estaban pensando en comprar el apartamento de Domenica.

¿No quieres opinar?

El lo pensó un instante.

-Me gustaría una habitación como esta y quiero un espacio para el cuadro, por lo demás es asunto tuyo.

Domenica le había regalado el cuadro del vaquero como regalo de boda y él le había regalado a ella un anillo de rubíes.

-Muy bien, me espera mucha tarea -dijo ella.

Estaban en el ático de Angus cenando algo después de un concierto.

-¿Has pensado algo sobre la propuesta que te hice acerca de Primrose y Aquarius?

Ella tomó aire y lo miró directamente.

-Sí, pero tengo otra idea.

Se la contó.

Él no respondió inmediatamente, luego se encogió de hombros.

-Es una decisión tuya -dijo como todo comentario.

-Acabas de decir lo mismo sobre la decoración de la casa nueva. Me da la sensación de que ese «es decisión tuya» significa que no lo apruebas. ¿0 me equivoco?

Él la miró francamente.

-Si no puedes abandonarlos, no pasa nada -dijo Angus con

suavidad.

-¿Podrías abandonar Keir Conway? Por cierto, siempre me he preguntado quién es Conway.

-Nadie de la empresa. Era el nombre de pila de mi padre.

-Pensaba que no te gustaba tu padre.

El agitó la cabeza y se quedó con la mirada perdida.

-En cualquier caso, era mi padre -dijo después de un rato-. No, no podría dejar Keir Conway, pero tampoco tengo que hacer dos trabajos.

-De esta forma, podré hacer dos trabajos, aunque es una forma bastante curiosa de plantearlo -dijo lentamente y con un escalofrío que le bajaba por la espina dorsal.

-Entonces, no hay ningún problema, señora Keir -se recostó en el sofá y la miró de pies a cabeza-. ¿Por qué no te sientas a mi lado? A lo mejor consigo darte una definición mejor del trabajo.

Ella dudó e hizo una mueca con la boca.

-Ya me han dado una para... ese tipo de cosas.

-¿No me digas? -parecía divertido-. ¿Cuál?, ¿quién te la ha dado?

-Natalie, lo llamó «obligaciones matrimoniales».

-Bueno, es una forma de llamarlo -se rio entre dientes-, pero, ¿te parece una obligación?

-¡Ah! -se levantó, se quitó los zapatos y se acurrucó junto a él en el sofá-. La verdad es que no -arrugó la nariz-. No, lo llamaría profesionalidad, una ocupación apasionante y ardua.

-Me apunto a lo de «apasionante», pero ¿qué tiene de ardua? -preguntó irónicamente.

Ella se lo pensó.

-A veces resulta arduo no saber lo que piensas.

-Yo podría decir lo mismo de ti.

Ella se rio.

-Creía que era un libro abierto para ti.

-Domenica -le tomó la mano y giró el anillo-, no creo que debamos darle muchas vueltas. Cada uno tenemos una personalidad diferente y creo que no está mal sorprender de vez en cuando a quien tienes al lado.

-Si tú lo dices, Angus... Haré lo posible por sorprenderte de vez en cuando -dijo con tono de broma. Aunque sentía un escalofrío que no sabía a qué se debía.

-Estoy seguro. Por cierto, he pensado en una definición de tu trabajo mucho más adecuada. ¿Qué te parece La Diseñadora de Moda que Acapara todos mis Sueños? Con mayúsculas.

-Yo... -comprendió que el humor era la única forma de salir del atolladero-, bueno es un poco pretencioso, pero me gusta. Yo he

pensado uno para ti: El Consejero Delegado que Hace que Pierda la Cabeza.

-¿Es cierto?

-¿No lo sabías?

-Lo sospechaba, pero creía que era algo ocasional, quizá debiera probarlo ahora mismo.

-Inténtalo -dijo ella sensualmente y con picardía en la mirada.

-No pretenderás resistirte... Hay un brillo en tu mirada del que no me fío nada.

-Tendrás que descubrirlo solito, Angus, pero, si lo haces bien, a lo mejor te asciendo.

-¿A qué?

-Se lo diré cuando llegue el momento, señor Keir -dijo inexpresivamente y se levantó. El despacho está por aquí.

Se dirigió al dormitorio.

-Dime.

-Angus -jadeó ella al cabo de un rato-. Si no terminas rápidamente puedo morirme.

-Y yo contigo -dijo él entrecortadamente-, pero tengo que saber si merezco un ascenso.

La había llevado hasta el límite varias veces y había retrocedido en el último momento. Lo que había comenzado como un juego había terminado en una pasión desbordada, pero ella percibía un aire viciado en todo ello. Como una competición o, incluso, como una lucha por el poder. ¿Qué quería él que reconociera ella?, se preguntaba Domenica mientras se estremecía y él excitaba sus pezones con los dientes.

Ella le agarró el cabello y jadeó.

-Basta, es demasiado maravilloso, me rindo...

El levantó la cabeza y la miró a los ojos. -¿Tienes algo que decir?

-Sí, tienes el ascenso.

-¿A qué?

-A... El Marido de mi Alma, con mayúsculas. Te quiero, Angus.

Domenica le oyó suspirar. La atrajo contra sí y llegó a la liberación que ambos buscaban.

-Domenica.

La agarró de la cintura mientras se preparaban para salir a trabajar la mañana siguiente.

Estaban en la puerta de la casa de Angus.

-Dime.

-¿Te pasa algo?

-No. ¿Por qué?

-La noche pasada fue -se detuvo-, un poco... excesiva.

Ella se encogió de hombros.

-No soy una frágil florecilla.

-No -reconoció secamente-, pero quizá me excedí un poco.

-Quizá yo tuviese algo que ver -dijo ella aunque no lo pensase.

Domenica se preguntaba qué había pasado en realidad. ¿Había algún motivo profundo para el juego tempestuoso que habían jugado la noche anterior? Juego que ella había perdido, aunque fuese en el último momento.

-Desde luego -murmuró él-. Siempre tienes algo que ver. Pero, si me excedí, lo siento. ¿Puedo invitarte a comer?

-Umm..., bueno, la verdad es que no puedo. Tengo una comida de trabajo. Pero puedo prepararte tu cena favorita...

Ella notó que Angus se ponía rígido por un instante, pero, al final, esbozó una sonrisa.

-¿Perritos calientes?

-Ajá, completos, como a ti te gustan.

-Es una cita -se agachó para besarla-. Vaya con Dios, señora Keir.

Esa noche tomaron los perritos calientes y unas cervezas. Todo recuperó una aparente normalidad, pero en el fondo del corazón de Domenica quedaba cierto desasosiego.

Se mudaron al piso nuevo, pero pasaban casi todo el tiempo en Lidcombe Peace. Había contratado un empleado nuevo y acompañaba a Angus en muchos viajes. Al principio, lo pasaba bien. Sin embargo, acabaron llegando al acuerdo de que, en los viajes que eran exclusivamente de trabajo, en los que ella pasaba mucho tiempo sola, sería mejor que se quedara en casa.

A medida que empezaron a pasar los meses Domenica empezó a sentir que nadaba contra una corriente invisible. Se dio cuenta de cuánto trabajaba y de lo difícil que le resultaba desconectar. Llegaba a la cama rendido y sin ganas de comentar nada.

Por casualidad, se enteró de que había evitado un intento de adquisición de una de sus empresas. Le preguntó a Angus qué había pasado y él le contestó que eran los riesgos de salir a Bolsa.

Recibieron muchos invitados en casa, sobre todo por motivos de trabajo, y se dio cuenta de que podía ser agotador, a pesar de la inapreciable ayuda de la señora Bush.

Otro motivo por el que se sentía agotada era que su empresa estaba en plena expansión. A pesar del personal nuevo, acababa destrozada. Era como un sueño hecho realidad o, mejor dicho, lo

habría sido antes de casarse con Angus Keir.

Sin saber cómo ocurrió, empezó a quedarse en casa cada vez más mientras él viajaba y a estar tan preocupada por el trabajo como lo estaba él. Todavía se excitaban mucho, todavía tenían muchas cosas en común, todavía eran felices en compañía del otro, todavía se querían y se reían juntos, pero la verdad era que hacían la misma vida que hacían antes de casarse. Más tarde, se dio cuenta de que, además, se habían producido señales de alarma, pero que ella no las había considerado como tales. La primera fue la noche que le dijo a Angus que quería conservar el control de Primrose y Aquarius.

-Angus, ¿te importaría ir a cenar fuera con esas personas? No me encuentro con ganas de estar sonriendo y atender a un grupo de desconocidos. Lo siento, querido -dijo Domenica con un tono caprichoso.

Estaban en la terraza ajardinada de su piso nuevo.

-Deja que la señora Bush se ocupe de todo -propuso él mientras la miraba por encima de unos papeles que estaba leyendo-. Lo ha hecho siempre.

-Lo sé... -Domenica dudó-, pero no soy capaz de abandonarla.

-Entonces, tómate el día de mañana libre.

Domenica se levantó y agarró su taza de café.

-Me encantaría, pero mañana tengo una, dos, por lo menos tres reuniones para preparar el lanzamiento de Pisces, la hermana pequeña de Aquarius -dijo con un tono jocoso. Pisces era la marca de ropa deportiva infantil que había creado a raíz del éxito de Aquarius.

-Domenica.

Ella dejó de tomar café ante el tono de la voz de Angus.

-Dime.

-Resulta que ese grupo de gente es muy importante para mí y no quiero llevarlos a un restaurante, quiero recibirlos aquí. No me importa mucho cómo lo hagas, pero se va a hacer así.

Domenica dejó la taza cuidadosamente y se levantó. Acto seguido se encontró gritando como una loca y llorando desconsoladamente. No paraba de repetir que no permitía que le diese órdenes, que no era su empleada y que estaba harta de dar cenas en casa y que, antes de casarse, por lo menos, tenía libertad para hacer lo que quisiera.

El dejó los papeles a un lado y se levantó.

-¿Sabes cuál es el problema? -dijo ásperamente-. Estas cansada, estás agotada porque haces demasiadas cosas, pero lo que no entiendo es por qué las haces. No creo que sea por dinero ni porque el mundo vaya a ser más desgraciado sin tus esfuerzos.

Ella palideció.

-¿Qué es lo que quieres que haga?, ¿que sea una anfitriona profesional para ti?

-En absoluto. Ya te he dicho que se lo dejes todo a la señora Bush.

-Si lo tengo que hacer, no quiero que la señora Bush se ocupe de todo. Quiero que se note que hay algo mío en todo ello, quiero que por lo menos parezca que esto es un hogar -miró furiosa a su alrededor-. Pero, ¿por qué tengo que hacerlo cuando no tengo ganas?

-¿No parece un hogar? -se arriesgó a preguntar Angus.

-¡No! La mayor parte del tiempo me siento como una mantenida -tenía la mejillas inundadas de lágrimas-. Nunca fuimos a Tibooburra, nunca hicimos la pista de tenis, nunca hemos hablado de tener hijos y no sé cuáles son tus pensamientos más íntimos. ¡No lo soporto!

-Porque no tienes tiempo y no quieres tenerlo. ¿Como quieres tener hijos si estás tan ocupada que no puedes ni siquiera saber lo que pienso?

-¡No es verdad! No quieres que sepa lo que piensas. Todavía sigues siendo el Llanero Solitario, Angus. Siempre lo supe y no creas que no me he dado cuenta de que por eso no me pediste que me casara contigo hasta que te dejé.

-Muy bien -dijo con voz cansina-. Si eres tan lista, dime por qué te casaste tú conmigo.

-Sabes por qué me casé contigo, la pregunta importante es por qué te casaste tú conmigo. Cuando llegues a una conclusión, podremos decidir si seguimos o no. Mientras, me tomo un permiso sin sueldo.

Domenica se fue con el bolso y las llaves del coche.

Él no intentó detenerla.

Capítulo 8

DOMENICA volvió a su apartamento con sensación de irrealidad y desesperación. Christabel e lan, que iban a casarse dentro de un mes, le habían pedido que se lo alquilase hasta que pudieran comprarlo. De forma que el apartamento estaba vacío, ya que Christabel seguía viviendo con su madre y el alquiler no empezaba hasta después de la boda.

Tenía los muebles esenciales, aunque sus objetos favoritos estaban en Lidcombe Peace o en el piso nuevo. La cama seguía hecha y tenía algo de ropa en el armario. Se hizo un té y se sentó en el salón a meditar sobre el futuro. Sin embargo, en lo único en lo que podía pensar era en que Angus se había ido alejando de ella y que la dejaría irse. Eso era lo que había hecho siempre; no hizo ningún esfuerzo por encontrarla cuando volvió de Europa.

Acabó yéndose a la cama a llorar las penas y sin nada resuelto. Sin embargo, cuando los primeros rayos del día entraron en su dormitorio, Domenica creyó ver cuál era la solución al problema.

Necesitó una semana para poner el plan en marcha. No supo nada de Angus, pero ella tampoco hizo nada por ponerse en contacto con él. Fue a Lidcombe Peace y se instaló, dispuesta a esperar lo que fuese necesario hasta que él apareciese.

Ocurrió cuatro días después y no pudo ser en un momento menos apropiado. Había pasado tres días sin salir de Lidcombe Peace; había cuidado el jardín, había dado largos paseos con Buddy, había ordenado los armarios y había hecho todo tipo de actividades caseras que le dieron una sensación de paz interior maravillosa. De repente, la mañana del cuarto día decidió cortar el césped, la pareja que se ocupaba de cuidar Lidcombe Peace estaba de vacaciones y Luke estaba fuera todo el día.

Ya había conducido la segadora mecánica. Era muy fácil y se ponía en marcha con solo apretar un botón. Diez minutos más tarde, se encontró con la segadora irremediablemente atascada en una zanja. Se bajó e intentó sacarla de allí. En realidad era una pequeña depresión, pero le pesaba tanto como si quisiera mover una pirámide. Acabó congestionada, llorando desesperada e insultando a gritos a la segadora. Iba a darle una patada cuando oyó la voz de Angus detrás de ella.

-Domenica, te va a hacer más daño a ti que a la segadora.

Se dio la vuelta y casi se desmayó. Toda la tensión borró de un plumazo la serenidad que había conseguido esos días.

-Ni se te ocurra reírte, Angus -le advirtió histérica-. Tampoco te

creas que eres un marido, nunca estás cuando te necesito.

-Estoy aquí y ahora, Domenica -señaló él.

-Sí -se puso en jarras-, ahora estás aquí y mañana te habrás ido. ¡Pues no te necesito! -lo miró fijamente.

Angus la miró detenidamente. La camiseta amarilla que llevaba debajo del mono vaquero, las botas, la oscuridad del pelo y las gotas de sudor en el rostro y el cuello. El, en cambio, tenía un aspecto frío y arreglado. Llevaba una camisa blanca, unos pantalones grises y una corbata de rayas azules y verdes.

-Ya, pero a lo mejor la segadora sí me necesita -como si se tratara de una pluma, levantó la rueda delantera, la sacó de la zanja, apretó el botón de encendido y resucitó-. Me parece que la habías ahogado.

Ella cerró los ojos y apretó los dientes, se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa. Oyó cómo Angus llevaba la segadora al garaje. Tardó unos cinco minutos en llegar al porche, donde ella estaba sentada.

El había dado la vuelta por la esquina de la casa y se había detenido frente a la silla donde estaba sentada ella. Sin embargo, ninguno dijo nada durante un buen rato. Ella porque tenía la garganta seca y el corazón se le salía del pecho por todo lo ocurrido con él. Él tenía un aspecto físico impresionante, como siempre, pero a Domenica le dio la impresión de que estaba más pálido y tenía algunas arrugas nuevas junto a la boca.

Ella miró a otro lado.

-Lo siento, ya sabes lo nerviosa que me pueden poner algunas cosas. Empiezo de nuevo: ¡Hola!

-Hola -se calló un segundo-. Sí, ya sé lo nerviosa que te ponen algunas cosas. Parece que tienes calor, ¿puedo invitarte a una bebida?

-Sí, por favor, te esperaré aquí.

-Iré por ella.

Domenica se abanicaba con el sombrero cuando apareció Angus con una bandeja con dos vasos de zumo helados y un plato con galletas.

-Gracias -tomó un vaso y dio un trago interminable-. Probablemente, no esperabas encontrarme aquí, pero...

-Sabía que estabas aquí -se sentó enfrente de ella.

Ella se quedó atónita.

-Luke me tiene informado, pero lo cierto es que he sabido dónde estabas desde que te fuiste.

-Pero... -se detuvo perpleja.

-Estuve ocupado con un par de cosas. ¿Puedo contártelas?

Ella tomó aliento.

-Angus, hay algo que quisiera contarte antes y, por favor, no hagas caso de lo que dije antes. Ya me conoces.

-Domenica... -la miró con unos ojos sombríos-, sí, pero quiero hablar yo primero.

Se quedó aterrada ante esa mirada.

-Preferiría...

-No -tomó las manos de Domenica entre las suyas-. Tengo que decirte que entiendo a mi padre por primera vez en mi vida -ella lo miró muda-. Es la segunda vez que tengo la sensación de pérdida que tuvo él, una sensación que te paraliza y que te deja como si estuvieses hecho de acero blindado, pero por dentro te notas tan frágil como un cristal de Bohemia. Ahora entiendo por qué era así. Por que, sin entrar a discutir quién tenía razón o no, él la quería de una forma que no le permitía querer a nadie más, ni olvidarla. Lo entiendo ahora porque a mí me pasa lo mismo -Domenica se pasó la lengua por los labios y sintió que el pulso se le disparaba-. El otro defecto que siempre he tenido es la incapacidad para depositar mi confianza absoluta en otra persona, supongo que por la vida que he llevado. Sí, hasta hace poco el Llanero Solitario seguía vivo, como tú dijiste con toda la razón.

Ella hizo un gesto y miró el vaso.

-He intentado ser indulgente con todo eso, pero -Domenica lo miró de repente- me ha resultado casi imposible no pensar que todo lo que querías o... necesitabas de mí era...

-¿Tu cuerpo? -dijo él con delicadeza.

-Sí -Domenica cerró los ojos-. Había veces en que todo era tan físico... ¿Era por eso por lo que en el fondo de tu corazón no querías casarte conmigo?, ¿para poder mantenerlo en ese terreno y no... desgastarlo?

-No. Quería casarme contigo en el fondo de mi corazón, pero no podía evitar sentir que... -se detuvo y suspiró-. Una vez juré que no me vería en la situación en la que se vio mi padre -Domenica no dijo nada y empezó a temblar-. Sin embargo, durante estos días, después de que la última noche no hiciese nada por evitar que te fueras, he llegado a darme cuenta de que tengo que luchar por conservarte. Y eso es lo que estoy haciendo.

Ella le escuchaba asombrada. Le dijo que había reorganizado todos sus negocios. Había nombrado un director ejecutivo en su lugar, aunque conservaba el puesto de presidente y la última decisión, y había reducido considerablemente la presencia del trabajo en su vida.

-Seré sincero y te diré, como ya te lo dije una vez, que eso es lo que llevaba mucho tiempo deseando. En mi corazón, podía oír el canto de una sirena que me llamaba a una vida mejor en la que no

me pasara el día contestando o haciendo llamadas de teléfono, tomando aviones o bajándome de ellos o haciendo tratos. Noté que había llegado el momento de tomar una decisión -dudó un instante y miró alrededor-. Por eso compré este lugar, pero faltaba algo. No tenía el valor de pensar que podría tenerte, Domenica.

Ella se secó una lágrima con el dorso de la mano.

-Sin embargo, ¿me equivocaría si dijera que tú también tenías tus reservas más o menos ocultas sobre nosotros?, ¿incluso algunas que no me mencionaste la última noche?

-¿Qué quieres decir? -dijo ella con un hilo de voz.

-Después de casarnos, no podía evitar pensar que el único motivo por el que querías seguir trabajando tanto era para tener una escapatoria.

Ella vaciló visiblemente y miró hacia las rosas.

-Y tengo que confesar que despertó todas mis viejas dudas. Dudas que se hicieron realidad cuando fuiste demasiado independiente como para aceptar un coche de mí.

Ella lo miró.

-No, no te equivocarías, Angus. Lo consideraba una escapatoria porque... ¿Puedo decirte algo?, ¿sabes cuándo supe por primera vez que quería casarme contigo? Cuando me regalaste ese coche en vez de un anillo de compromiso.

-Por eso... -él estrecho con fuerza las manos de Domenica y entrecerró los ojos.

-Por eso armé tanto jaleo. Podía notar que estabas en una encrucijada y que podía ser por mí...

-Lo era.

-Pero no salió nada de esa encrucijada y yo no podía entender que estuviésemos tan cerca y no se planteara el paso definitivo. Un día, me encontré con que Christabel e Tan estaban comprometidos y un capullo de rosa en la almohada, pero tú no estabas. Fueron dos tonterías, pero fueron la gota que colmó el vaso. Por eso me fui.

-¿No pudiste decírmelo?

-No. Si tú tenías tus temores, Angus, yo tenía los míos.

-¿No tenía nada que ver con entregarte completamente a un paleto del campo? -lo dijo con cierto tono jocoso.

-Sigues sin creerme sobre eso, ¿verdad, Angus?

-A veces veo cómo te mueves y hablas con la gente, la forma que tienes de iluminar una habitación con tu presencia, tu humor y elegancia, tu magnífica educación, y creo que hay una reserva esencial en ti que nunca podré romper. Entonces, me acuerdo de que tuve mi primer traje cuando tenía veintidós años y era de segunda mano. A veces no puedo evitar preguntarme si hay algún punto de contacto entre nosotros.

Domenica cerró los ojos porque no había estado tan conmovida jamás en su vida.

-La única reserva esencial que hay en mí -dijo sin que apenas se la pudiera oír- es el miedo de que no me quieras como yo te quiero a ti. Por eso me agarré a Primrose. No podía olvidarme de que no me pediste que me casara contigo antes, no podía evitar pensar que nada había cambiado después de casarnos, que, incluso, nos habíamos separado. Pero recuperé el sentido común y acabé dándome cuenta de lo que estaba haciendo. Yo también he hecho... algunos ajustes, Angus. No te lo había contado, pero hace unas semanas recibí una oferta por mi participación en Primrose y la he vendido.

El dio un gruñido y se levantó.

-No tenías que hacerlo.

-Sí tenía que hacerlo -dijo ella con calma-. Natalie está muy contenta con el socio nuevoo y yo seguiré diseñando, pero ya no hay escapatorias ni intentos de ser un ama de casa a tiempo parcial, me quieras o no.

Él la abrazó con toda la fuerza de su corazón.

-Que te quiera o no no es la cuestión, Domenica, te querré siempre. Así que -la miro a los ojospor fin estamos de acuerdo, pero no puedo expresarte lo mal que me siento por haber sido un estúpido durante tanto tiempo y por haberte obligado a que hicieras esto.

Ella pasó un dedo por la cicatriz de Angus.

-No tienes por qué. Cuando firmé los documentos, me sentí como una persona nueva. No me había dado cuenta de la carga que era, independientemente de que nos separara.

-Sigo sintiéndome fatal por haber estado tan ciego y tan centrado en mí mismo.

Ella lo besó.

-Angus, has conseguido tantas cosas y has trabajado tanto desde niño, que lo raro sería que no pagases un precio, pero si las cosas se vuelven a complicar y no puedes deshacerte del pasado, recuerda que me tienes y que te quiero.

-¿Qué te hace tanta gracia? -preguntó Angus unas horas después.

Habían hecho el amor y había sido diferente. Tuvo la misma intensidad, pero se encontraron más cerca después de haber dicho las cosas que siempre habían mantenido ocultas. Cuando se relajaron, ella empezó a reír.

Ella se frotaba sensualmente contra el hombro de Angus.

-Pensaba que he perdido mi compostura dos veces en el mismo

día.

-Ah -la miró con ojos burlones-. Bueno, hace tiempo que sé que las trituradoras de desperdicios y las segadoras te ponen un poco nerviosa, en realidad no se te puede hacer responsable de tus actos cuando entras en contacto con ellas -ella se volvió a reír-. ¿También eso te hace gracia?

-Sí, porque lo único que hace que sea irresponsable de mis actos eres tú.

Estaban recostados en la almohada y mirándose cara a cara. Él tomó el cuello de Domenica entre sus manos.

-Te quiero, aunque patees segadoras. Te quiero más, si cabe, cuando estás excitada y echas fuego por la boca. En cuanto a la segunda vez que has perdido la compostura hoy... -ella se puso a temblar-. ¿Ha sido hace veinte minutos en esta cama?

-Sí, Angus, pero es que, cuando te lo propones, es como si nunca hubiese tenido compostura.

-Domenica... -se detuvo y la abrazó con toda su alma-. ¿Sabes lo que hice cuando te marchaste?

-No...

-Llamé a un amigo para que me llevara en avión a Tibooburra al día siguiente. Fui a ver la tumba de mi padre. Luego volé a Newcastle, donde está enterrada mi madre, y les prometí a los dos que su semilla viviría siempre en mí y en ti, aunque tuviese que remover cielo y tierra para recuperarte. Y que todas la desgracias que ellos habían vivido se convertirían en felicidad para nosotros, porque tú y lo que has hecho por mí te convierte en la única persona de la que no podría prescindir.

Domenica pasó el nudo de la garganta, pero no pudo impedir que se le saltaran las lágrimas.

-Gracias, Angus. Una vez pensé que me habías convertido en una mujer distinta, pero no fue nada comparable con esto.

Era media tarde cuando salieron fuera. Era una tarde maravillosa y Domenica se sentía radiante.

-Parece un mundo completamente nuevo -dijo pensativa.

-A mí me parece como un reino. Y tú -la miró de arriba abajo- eres mi misteriosa princesa india y a la vez mi indomable gitana. Estás preciosa.

Ella extendió los brazos.

-Estoy preciosa gracias a ti. ¿Sabes?, una vez en este mismo sitio pensé que podrías ser un jeque árabe -él se miró desconcertado. Llevaba unos vaqueros y una camisa caqui-. No tiene nada que ver con la ropa, es tu atractivo irresistible. Conseguiste impresionarme,

aunque esa vez estaba bastante enfadada.

-¿Te refieres a la primera vez que nos conocimos? -Angus arqueó una ceja.

-En efecto -dijo ella muy seria.

-No lo demostraste...

-Acababa de conocerte -lo miró por encima del hombro.

Se rieron.

-Ya sé que hice esto una vez con consecuencias desastrosas, pero estas rosas no engañan. Cortó una rosa Peace perfecta y se la dio. Ella la tomó y olió su fragancia.

-Paz y amor.

Él la tomó de la mano.

-Paz y amor, Domenica.